

LAS GRACIAS Y LAS DESGRACIAS DE CHICO PERICO



0683
11g

CHANGMARÍN

CHANGMARÍN es el nombre literario de Carlos. F. Changmarín, nacido el 26 de febrero de 1922, en el caserío los Leones, Santiago de Veraguas, República de Panamá. Escritor, periodista y educador, ha obtenido el premio literario nacional de Panamá, Ricardo Miró, en novela, con El Guerrillero Transparente; en cuento con el libro Faragual y en poesía, con Poemas Corporales.

Obtuvo el Premio de poesía para niños y jóvenes "Esther María Osses", del Instituto Nacional de Cultura, de Panamá, año 2002, con la obra La Muñeca de Tusa.

En 1976 fue jurado del Concurso Casa de las Américas, en la rama de obras de literatura para niños y jóvenes. En esa fecha recibió el Premio Especial, Rubén Martínez Villena, de la Central de Trabajadores de Cuba y la Medalla Víctor Jara.

En el año 2000 fue merecedor del Premio Universidad de Panamá, "Por su extraordinaria contribución a las artes literarias y artísticas, dedicadas a enaltecer la identidad patria".

En el año 2004, recibió del Consejo de Estado de Cuba la "Distinción por la Cultura Nacional" y participó en la XXXVII Jornada Cucalambiana, de la provincia de Las Tunas.

OBRA LITERARIA.

POESÍA: Poemas Corporales, Dos Poemas, Crónica de Siete Nombres Memorables, El Gallo de las Horas, Versos Irreverentes, Socabón, Versos del Pueblo, Cantadera, (décimas).

Para niños y jóvenes: La Muñeca de Tusa, Las Tonadas y los Cuentos de la Cigarra y los Versos de Muchachita.

CUENTO: Faragual, Faragual y otros cuentos, Las Mentiras Encantadas, Nochebuena Mala, Cuentos para Matar el Estrés.

NOVELA: En ese Pueblo no Mataban a Nadie y El Guerrillero Transparente.

ENSAYO: Panamá 1903-1970 (con otros autores). Victoriano Lorenzo, víctima del imperialismo yanqui. Base Social de la Décima, Más de 100 años de la Décima en Panamá y Algunas áreas Folclóricas de Veraguas.

P.
863
Ch456

Changmarín, Carlos Francisco
Las Gracias y las Desgracias de Chico Perico / Carlos Francisco Changmarín;
Ilus. Lía Celeste Méndez Chang. -- Panamá : [s.n], 2005.
165 p.:ilus.; 25cm.

ISBN 9962-02-777-2

LITERATURA PANAMEÑA NOVELA 2. NOVELA *Infantil*
PANAMEÑA I. Título.

LAS GRACIAS Y LAS DESGRACIAS DE CHICO PERICO.
Novela para niños y jóvenes y para viejos niños.

Changmarín, Carlos F.
Primera Edición
Ediciones ENE.
Panamá, República de Panamá.
Imprenta Oceanía

*Portada e Ilustraciones Lía Méndez Chang.
Diagramación Germán Torres Acosta.*

*Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin
autorización escrita del autor.*

Derechos reservados.

1,000 ejemplares

Panamá, junio 2005.

CHANGMARÍN 
LAS GRACIAS Y LAS DESGRACIAS
DE CHICO PERICO



En Realidad..

Novela para niños y jóvenes y para viejos niños.



En especial para mis hisnietos:



*Lucía Cristina, Carlos Daniel,
María Gabriela, Germán David,
Andrea Denise y Aarón.*

Primera

Parte



1. EL CAMINITO Y LA MÚSICA SINFÓNICA DE LOS ÁRBOLES.

- Oye Abuelita ¿sabes una cosa?...

- Qué, hijo?

- Pues sucede que nadie me quiere creer, pero entre el ramaje del bosque yo oigo, de vez en cuando una música relinda. Lástima que mama no pueda oírla. ¿Acaso tú sabes cuándo volverá ella, para llevarla a escuchar el cantar de mis árboles?

- Niño cuentero... Los árboles ni tienen músicas, ni se oyen.

Que tales músicas eran las puras sinfonías, lo vino a saber, Chico Perico, mucho después de los seis años de entonces, cuando ya era grande. Mas fue cierto que para aquellos días él escuchaba cuerdas y flautas en la ronda de los vientos, por el laberinto del bosque.

En las mañanas, Chico Perico, de cazador, iba por el caminito angosto y azulenco del campo. Niño poeta y explorador escrutaba los árboles. Sorprendía los bayonetazos del sol, sus chispas de luz calentitas, en el rejuego de cada hora, con el ventarrón enredado en las alborotadas cabelleras de los palos, del ramaje y los bejucos, verdoscuros, y el verdinoso bajo del bosque y más al fondo, el verdinal cubierto de mariposas blancas y amarillas. Allá emergía un corpulento árbol de barrigón, también llamado, en otras partes, cubo. De tronco verde-amarillo, a diferencia de los demás árboles, lucía como una enorme botella. El barrigón subía con ese talante soberbio de botella gigantesca, y sus poderosas manos, y arriba, en la curumbita, casi en la azuledad del cielo y la blancura de las nubes, a veces, los pericos verdes cantaban, o mejor dicho, chillaban, alborotaban... en fin: ¡Oh pericos de la periquería!

Pero el encanto de Chico Perico consistía en sentarse en las anchas raíces del viejo barrigón a la espera de las caídas de sus flores blancas y olorosas; pues resultaba una ensoñación deportiva ver cómo bajaban los paracaídas vegetales de los diminutos copos blancos, desde lo alto de los barandales del inmenso árbol... Arriba los pericos con sus afilados y corvos picos cortaban las flores, para que Chico Perico las apañara. En ese juego, entre los pericos y el muchachillo, empezaban las sinfonías de Beethoven, de Rajmaninov, de Tchaikovsky o de Sibelius... Así transcurrían los minutos cortos y largos de la vida del pelado, entre pericos verdes y paracaídas vegetales, los que al descender se reventaban sobre las azuladas y negras piedras del suelo.

El sinuoso caminito, decorado de cascos de caballos, boñigas de terneros y otras huellas, serpenteaba bajo la fila de árboles. La mañana clara, de cuchillas encendidas, emergía detrás del barrigón, en la curva rosa y lila del sendero campesino y mañanero. Adelante de los pasos de Chico Perico reposaba un recodo de arenas atornasoladas, entre negro y rosa. Sobre la alfombra de aquellas arenas había rastros, ciertas patitas rojas, de palomas tierreras, palomas titibúas o rabiblanas; también, garabatos suaves de lombrices rosadas; borrigueros verdiazules, lagartijas pardas, mariposas rojas y caballitos del diablo, o libélulas escarlatas y azules. El camino era un pentagrama escrito con la música de los animalitos del mundo y del submundo de la tierra fresca.

Sobre el pentagrama empezaba el concierto de virtuosos violines, oboes, arpas, clarinetes del viento y de los árboles, cargados de lianas, hongos y helechos. De esa biodiversidad emanaban canciones de agrias y dulces frutas, y sonatas de maravillosas y sutiles orquídeas... Era el movimiento creciente de la sinfonía de Chico Perico.

- Oye, abuela, yo oigo música, te digo. Tatica ¿oíste?...es una música lindísima, mejor que la tuya, cuando floreas tu guitarra.

- ¡Jum!...todavía no conozco yo, por aquí, quién toque mejor que yo la socavonera.

Una ardilla alazana y otra azabache saltaban nerviosamente de rama en rama, sobre guabos y mangos. Detrás la perseguía un terrible gavián de amarillos ojos y pico asesino.- “ ¡Ay... qué susto!”

La pajarería, incluidos los pericos empezó su protesta chillona y solidaria. Pero en eso se desató el pánico, porque se presentó, sobre las copas de los árboles un poderoso gavián pollero y amenazó a todo el mundo de lasavecillas y desapareció la sinfonía de Jachaturian o de Debussy... El muchacho continuó su diario camino. Saltó el delgado arroyo. A la orilla, al otro lado, de la playa, en la fina arena había una concentración de mariposas multicolores. Quiso atrapar al cuerpo de ballet de las mariposas y quedó envuelto en el torbellino rojo, amarillo, negro, azul y blanco de los bichos.

- Abuelo, ¿tú sabes? cuando venía me topé, con un revuelo de mariposas. Yo me arrojé en el juego que traían y ellas me envolvieron en su remolino y me llevaron a pasear por los aires...Y yo les dije: -“muchachas... ¿por qué no me llevan a donde está mi mamá?”

¡Ah!...muchachillo embustero.

A lo lejos ladraban los perros: ¡jau...jau...jau!...El camino terminaba frente a las

chozas del campo. En los giros del aire venían los gritos y las salomas de los campesinos trabajadores, que en alguna roza desyerbaban el arroz. ¡Qué olor más sabroso de los meses de junio y julio!...El arroz limpio y verde. Pero ahora, a lo lejos, los perros ladraban. La mañana se expandía lúcida como el sol, y el sol, verde y rojo como los árboles resplandecía entre el apretujado y húmedo monte mojado por la lluvia de la noche anterior. Allá, sobre el horizonte se deslizaban distantes y apagados bramidos de los ajenos toros. En la lontananza, las lomas, la peonada y sus cantos y salomas; el caminito, la distancia humana y diversa de la inabarcable naturaleza: sol, árboles, mariposas, la quebrada de aguas transparentes y la vivaracha vida de Chico Perico.

El muchacho se miró en el espejo del agua; dejaba caer pequeñas piedras en la superficie, y círculos concéntricos aparecían, en espirales, que se ampliaban, rítmicamente. Luego advirtió que aparecía un retrato, era la figura de cierto niño delgado, rostro de mucha frente, cabellos cholos y castaños, y ojos chinos y se echó a reír:- “¡Ja...ja...ja!... Si soy yo mismo!”...Tiró una piedra grande al charco y rompió el dibujo del agua. Entonces metió sus pies desnudos y anchos, sus patas camineras, sin zapatos, ni cutarra, en el agua de quebradizos, sigzagueantes y transparentes reflejos de la quebrada.- “¡Oh! ¡qué felicidad!” Luego se echó sobre una laja azul y redonda, a la orilla del arroyo para pesquisar el universo de las sardinas plateadas y los camarones, de barbitas largas y sus grandes y maliciosos ojos. Y finalmente gritó: - “Chumbulún... allá voy” . Medio buzo y pescador metía las manos en las huacas, para atrapar los camarones.. Se mojaba todo. Era por gusto... los chiros se le escapaban de sus manitas... y hablando solito recordaba:- “Abuela dice: el que quiere camarones, que se moje el culito.- “ ¡ja... ja...ja!... Abuela es lindísima” . Entonces, para los días de los pericos, los paracaídas diminutos y vegetales de las flores del barrigón, todavía Chico Perico apenas si andaría en los seis años y no sabía cómo iban a subir y bajar las retorcidas curvas y lomas de su vida, y le preguntaba a la Abuela “- Abuela, ¿dónde está mama?”- Y la Abuela contestaba: “- Ya te he dicho, hijo, que por allí, cualquier día viene, y traerá muchos regalos” .

2. EL AMANECER Y ¡CÓMO SALÍA LA VIDA DE LAS CATARATAS DEL CIELO!.

Chico Perico no se daba cuenta, pero a las cinco de la madrugada despertaban los abuelos: la mamita pequeña, con su pollera de zaraza y su cabello cano y el tata, de fornido cuerpo y alegre talante.

El gallo rojo, con su cornetín rompía la cáscara del amanecer y la mañanita blanca de fría neblina, por allá descubría el caminillo musical, entre curvas, árboles y lomas, que llevaba al pueblo, por donde un día se había ido su mamá.

Del árbol donde dormían, las gallinas se echaban al suelo, una a una, como pelotas blancas, caratas y coloradas. El gallo rey las pisaba y volvía a cantar con galluna alegría...Y sólo entonces, cuando los perros ladraban, el ternero bramaba detrás de la mamá vaca y los pechiamarillos, arroceros y bin-bines piaban y cantaban; cuando el gato Michirre maullaba y luego de un salto subía al catre de su dueño, era el momento cuando Chico Perico advertía que amanecía dormido, y el muy haragán, de mala gana, se levantaba de su catre de cuero crudo, donde dormía. Aún sucio y perezoso del sueño iba, con el Michirre consentido, derecho para rogarle a la abuela, en el rancho de la cocina, que le diera un tejo de la dorada y olorosa tortilla de maíz, recién asada, y medio cubierta por chamuscadas y olorosas hojas de plátano.

- Cochinito- contestaba la querendona abuela- suelta el micho y vete a la quebrada a lavar esa cara fea y tu hociquito hediondo.

- El agua está ... ¡huy!... que fría... abuelita mala.

- ¿Y qué clase de hombre eres tú?... ¿Ah?

- Yo no soy hombre, sino chiquillo, abuela.

Pero todavía no había salido el sol con sus candelas y entonces el aletargado muchacho llamaba a los perros para que le ayudaran a matar el frío de la quebrada y apenas si tomaba, con sus manitas, algunas chispas de agua para untarse en los labios y rociarse la cara... y de una vez salía huyendo del arroyo.

- Abuela, ya me lavé.

- ¡Jum! -gruñó la abuela.

De vuelta a la cocina hallaba al abuelo que saboreaba el café de maíz. Chico Perico prefería la tortilla asada, pero delgada, de cáscara dura, para charrasquearla entre los dientes, y sacarle todo el gusto: él se acomodaba sobre los muslos del abuelo y empezaba

a pellizcar el huevo frito y a morder pedazos de la tortilla del viejo. Ya penetraban por entre la varazón menuda del rancho, los fogonazos de luz de los rayos del sol que iluminaban el bajareque de la modesta cocina rural.

-¡Caramba!... se me hizo tarde - apuntaba el muy disciplinado abuelo- y terciándose el bien afilado machete sobre el brazo izquierdo y encajándose el motete sobre los hombros, prendía la cachimba, se ajustaba el sombrero y partía por el camino de las sinfonías, culebreando en la derecha del sol, hacia la roza, al trabajo diario y temprano.

-Tatica, llévame- rogaba a veces el nieto.

Y no pocas veces el abuelo se lo llevaba al monte; iba el pequeño hecho el medio peón, con su pedazo de machete, lengua de zorra, caminando, buena mañana, sobre el lodazal, bajo las garúas, lloviznas, y rocíos, cuando aún el aire no había despertado sus dormidas canciones.

-Vamos, mijito, pa' que aprenda a ser hombre y peón entero- decía el abuelo.

En el mes de agosto se doblegaban las espigas de arroz, por el peso, a medio madurar, ya pintón. Arriba de los amarillos arrozales volaban los pericos, las casangas y loros, los arroceros y las bandadas millonarias de pajaritos de trueno, así llamados, porque aterrizaban con gran estruendo para devorar los arrozales. Por eso el abuelo colocaba espantapájaros, aquí y allá . Y Chico Perico se reía de ver a los cómicos y espantosos muñecos, hechos de viejos trapos, con horribles caras elaboradas de calabazos o tulas agujereados, y en los cuales las artesanas manos del abuelo daban toques fantásticos. En realidad, en esas faenas, Chico Perico se la pasaba pajareando, entre los surcos del maizal, bajo las anchas hojas de los otores morados, o persiguiendo grillos verdes y mariposas coloradas.

- ¡Trabaje... trabaje!... no sea retozón, niño- le gritaba el abuelo.

- Abuelo- contestaba el muchacho- si yo nada más soy medio peón.

Pero a la hora de comer, Chico Perico se acomodaba cerca de la olla olorosa y frente al tata, de par a par, cada uno con igual cuchara.

- ¡Ajó!...comiendo si eres peón entero...¿No es así? - exclamaba el abuelo, al mirar al nieto cuando metía con gran habilidad la cuchara, hecha de la fruta del calabazo, en el guacho de arroz con frijoles y carne salpresa, que la experta cocinera había preparado.

De ese modo Chico Perico comenzó a oler el sudor del trabajo, el perfume de la roza recién parida, las conversaciones de los compadres, peones y amigos; el sentir del trabajo colectivo de la peonada, o de la junta, al son de los gritos de las faenas, de las japiás, y las salomas, cuando llenaban los pequeños ranchos o trojes, con las mazorcas de maíz, las manotadas de arroz y las bangañas de frijol colorado. En el verano, al desaparecer el tiempo de las lluvias, parían los gandules fragantes; había en las huertas, dulces melones y rojas sandías, y en los árboles relumbraban los caimitos morados; en otros, las doradas naranjas. Gozar de todo esto, era la maravilla del trabajo.

- Te das cuenta, haragancillo, ¿cómo brota la vida de las cataratas del cielo, cuando llueve?

- Cuando llueve, abuelo, yo echo barquitos de capullos de maíz en las zanjas, y se van hasta la quebrada. ¿oíste? Y digo adiós a los barquitos... y grito: oye barquito, salúdame a mi mama y que venga pronto...

El niño iba al monte con su abuelo, tan sólo para jugar de trabajo y escuchar las nuevas sinfonías de los agricultores; ir detrás de los pájaros que se comían el arroz y dispararles piedras, que nunca daban en sus plumas y luego, para vengarse, les echaba palabras sucias, que los pajaritos, desde luego, no entendían.

Un día, entre el maizal, se encontró una culebra verde, larga, que casi volaba e iba sigzagueando sobre la cerca. Otra vez halló una araña negra, grande y peluda.

- ¡Ay! ¡iqué arañota, abuelo!

- Si no la molestas, no te hará nada, cobarde...

Pero el día que le soltó una pedrada a un pequeño congo, el cual parecía una pelota de chocolate engarzada en la rama de un arbusto de uvero... bueno... ¡para qué, fue aquello!

- ¡Muchacho del diablo!- reprendió la abuela, mientras le curaba la hinchazón del rostro, fruto de las pinchadas de las avispas de rayita. Ella empezó a frotarlo con el zurro de la pipa del tata, y luego le pasó unas manitas de sábila fresca.- “No lloré niño”- dijo para consolarlo.

- Déjalo, mujer- intervino el abuelo- para que aprenda a ser hombre de verdad. Ya sabrá lo que le pasa en la vida, a la gentes, cuando alborotan congos.

Pero él apenas tenía unos pocos años y aún no sabía cuándo vendría su madre.

3. EL MODESTO CASERÍO DE LOS LEONES.

Aquel caserío, apenas tenía unas veinte casas, ranchos de paja, con piso de tierra, separados y dispersos en la distancia y a veces ocultos por el bosque de las huertas y sólo había, en el centro un pequeño llano, alrededor del cual surgían unas cuatro casas, entre ellas, la del abuelo de Chico Perico, Valentín Marín y la abuela, Martina Hidalgo. Tres de los hijos habían salido del campo, entre ellos, Rosita y la pobre Emilia.

Aunque todavía en el lugar los trabajadores podían cortar un pedazo de monte, las más veces, eran rastrojos, monte bajo. Ya no existía la montaña y los árboles apretados y corpulentos. A una hora de camino, andando de a pie, estaba el poblado, en donde los campesinos vendían lo poquito que les sobraba de lo producido para sobrevivir. En la ciudad vivían los ganaderos, comerciantes, maestros de escuelas, oficinistas, policías, artesanos, gente común y los políticos.

Antes- solía decir el abuelo- por aquí pasaban los venados y saínos; cerca de aquella loma yo cazaba conejos pintados; hasta bandadas de loros y palomas torcazas, se posaban allá en aquel viejo árbol de jamaico. Pero ahora, los ricos vienen tumbando lo poquito que nos queda, para extender sus potreros.

Por esa razón ya para esos días, los jóvenes emigraban a los pueblos y ciudades, a veces lejanos, en busca de algún trabajo; o iban mucho más allá, hacia Darién, para hallar tierra fértil. La gente empezó a emigrar; de la familia de la abuela se iban hijos e hijas; y algunas, porque se las llevaron los poblanos.

La familia del maestro carpintero Pedro León era muy numerosa y eso determinó darle el nombre de Los Leones al pequeño caserío. Al mestro León, le decían así, porque, además de agricultor, sabía construir ranchos, elaborar cajones de muertos, mesas y otros muebles rústicos. Cerca de la abuela vivía el viejo Nicolás de León, pequeño, blanco de tez y ojos azules. Iba al pueblo, diariamente, a vender tomates y huevos de gallina y cuando fue joven - contaba el abuelo Valentín- junto con él, anduvo en la Guerra de los Mil Días, con las tropas de Victoriano Lorenzo. Ña Estefana vivía al otro lado de la quebrada, en su huerta había palmas de pixbae, árboles de mango redondos, y guabas. Ña Estefana era la partera del caserío. La abuela Martina, solía decir, que Ña Estefana, tenía en su dedo pulgar, de la mano derecha, una larga y filosa

uña, y cuando le tocaba ir a trabajar el parto, se lavaba bien las manos, y sobre todo, enjuagaba el dedo de la gran uña con salmuera y jugo de limón, y con esa uña, tras de sacar a la criatura...izas!... le cortaba la tripa, el cordón umbilical, que se dice. Chico Perico comentaba que eso era un cuento de la abuela. Y la abuela respondía:- “Es la pura verdad, y por eso tú estás vivo y molestando, porque ella te sacó de la panza de tu madre...¿oíste? Lo que sucede es que ahora las mujeres salen flojas para parir.” - Y se comentaba que antes, las gentes del campo nacían fuertes, porque tenían arroz, maíz, frijoles, y a veces, hasta una vaquita, como la del viejo Valentín, para darle alimentos a los niños y niñas, y ahora comían puras tonterías extranjeras llenas de grasas malas, azúcar y colores...Chutra Caparacho vivía allá, por el poniente, más lejos. Y los chiquillos le temían, porque se comentaba que era brujo. Siempre tenía un silbido y chiflaba así: fiiit.... Dispersos en otros sitios estaban los ranchos de los hermanos de la abuela, entre ellos José Félix, quien tenía una linda saloma, y sabía gritar en los San Juanes, entre los mejores gritadores de la región...El tío Anastacio, a quien nadie le ganaba en el deporte de la lucha campesina, y el famoso Salomé, campeón de las peleas de todos esos caseríos, el que se enfrentaba hasta con los policías del pueblo, para defender su hombría. Y entre toda esa gente trabajadora, resplandecía la hermosa tía Emilia; ella escribía versos, desde chiquilla y sin embargo, al salir del campo, por allá lejos, un poblano se aprovechó de ella. Dicen que fue abandonada por aquel hombre y ella enfermó y murió de soledad y de amor. Hubo otros familiares y vecinos que emigraron a la capital del país y no volvieron más. Porque allá vivían mejor:- “¿Para qué vamos a regresar al campo, si acá ya la tierra para sembrar una mata de arroz, casi toda se acabó?” - solían contar.

No obstante, clavados en su tierra aún estaban la abuela y el abuelo de Chico Perico. El abuelo, de mediana estatura, de rostro fino, y brazos musculosos, quien luego de regresar de la faena diaria, tomaba su guitarra socavonera, y antes de echarse a la cama, realizaba su concierto de puntos, cumbias y mejoranas. La abuela, pequeña, trigüeña de rostro, de pelo negro y ondulado, siempre andaba con su pollera de zaraza, a veces de tela morada o blanca, y con algún clavel en la oreja; dueña de casa, y como otras mujeres, encargada de hacer trueques y algunas ventas de sus productos en el poblado.

- Abuela- preguntó Chico Perico- ¿y tú no te irás de aquí?

- ¿Yo? Jamás ni nunca.
- ¿Y si tata se va?
- Pues se irá . Ya otras veces se fue.
- ¿Y tú te quedarías solita?
- No, yo quedaré con mis gallinas y mis perros...con las mañanitas, y las tardes amarillas, y todos los claveles y rosas que hablan conmigo... ¿No ves que tengo raíces en este suelo, como los viejos árboles?
- ¡Jo!...no te veo ninguna raíz.
- Bueno, porque eres tontito y medio.
- Ajá, y mi mama ¿ cuándo viene?
- Mañana, pasado mañana, o el otro mes, hijo...no lo sé, pero ya vendrá.
- Mentira, abuela, tú eres bien mentirosa...

4. EN LAS TARDES REGRESABA EL ABUELO.

Bueno, para aquellos días de los pericos y los paracaídas blancos y vegetales, Chico Perico vivía con su abuela, en el campo. Ella era del tamaño de una mata de rosa, de un matojo de margaritas o de jazmín del cabo. Pero Chico Perico la hallaba grandísima, con su pollera lila o azul, su corpiño blanco, el clavel, detrás de la oreja, entre los cabellos negros.

- ¡Oh!... ¡qué linda abuelita!- decía, cuando le daba miel, o concolón, acabado de hacer.

El abuelo era otra cosa, tenía su propio talante, y distinta configuración: realmente más alto que la abuela, sobre todo cuando en los crepúsculos amarillos regresaba como una silueta agrandada por el sol, su machete delgado y el gancho con el cual recogía la hierba cortada.

Así volvía, motete al hombro y el sombrero a la pedrada. De lejos y entre el lomerío, por el camino se escuchaba el eco de su fina saloma: “Ujé...ujé...ujé” ... y la acostumbrada redondilla:

“ El aire es una bandera

libre, que nadie acapara;
da de beber y no cobra;
hace el bien y no reclama.
¡Ay ombe morena...ay ombe!”

- Corra niño- mandaba la abuela- vaya a topar a su tata que viene del monte.
Detrás de Chico Perico corrían los perros. ¡Qué alegría de la tarde amarilla!...Retornaba su tata.

El abuelo saludaba, guindaba en la solera sus instrumentos de labranza. Ya en el rancho de la cocina humeaba el fogón, con un perfume de caldo de frijoles colorados, arroz con culantro, y a veces, algún tasajo asado en su chuzo de guayabo. Arriba del carcomido pilón velaba el gato. Las gallinas daban las últimas vueltas en el llano de afuera, después de hartarse de bichos y de afrecho de maíz, para luego subir, una por una, sobre una vara, al palo de limón, donde dormían.

En la sobretarde, más allá de las grandes rocas, y las puntiagudas piñuelas; al final de los chumicos y los árboles de harinos y de nance, el gallito de monte, una pájara tristoná, solía dar con su cantar, diariamente las seis de la tarde. De una vez el sol caía entre fulgores de una quema de fuegos artificiales, allá justamente detrás de las cercas. Chico Perico juraba que el sol se teñía de rojo, porque se rasgaba el pellejo con los filosos alambres de púas de los potreros. Pero el abuelo insistía en decirle que eso no era así, que el sol se hundía al fin de la curva de la tierra:- “Oiga niño, eso es lejísimo... allá ... por las misteriosas infinitudes”.

Siempre porfiado, Chico Perico, para comprobar su creencia, solía ir hasta una gran roca redonda y renegra, más alta y gruesa que un toro prieto. Eran grandes peñas de la cueva de los duendes, en el sitio de las lomas y allá, al otro lado de los alambres podía ver que, tal como le decía el abuelo, el sol se perdía una barbaridad en la lejanía, de las pálidas distancias.

Entre luces y sombras, Chico Perico acariciando el oro, la plata y todos los metales del atardecer, de nuevo escuchaba la música sinfónica. Ella provenía de las afiladas cuerdas del viento, justamente del sitio y los distantes árboles, ahora pintados de rojo y de amarillo.

En eso aparecía la vaca vieja con la ternera blanca y el muchacho se echaba de la gran

roca a corretear, detrás de la ternera, la que tapándose con el sol, se le escapaba por el entrevero de los reflejos cegadores, hacia el camino viejo de la quebrada, en donde un día hubo un corral. - ¡Niño!- gritaba enojada la abuela- te va a comer la noche, so demonio...

El perro salía a buscarlo. Y jugando, perro y muchacho regresaban al regazo de la vieja choza a esperar el gobierno de la noche, en la hamaca, para darse el gusto de oír al abuelo contar antiquísimos cuentos de los animales del bosque, de las abusiones, y de las estrellas profundas: las dos Marías, el Carro, la Cruz del Sur...A esta hora, mientras hilaba con el viejo huso las pelotas de hilo de algodón, la abuela solía, apagadamente, cantar viejas tonadillas :

“ Sol amarillo...

agua hasta el tobillo;

sol colorao...

verano entrao...”

Y Chico Perico se dormía y empezaba a soñar con los peces de colores de la quebrada, las mariposas, el sol, la vaca y la música de violines, arpas y guitarras mejoraneras de los altos y fragantes árboles de los caminos.

5. LAS POBRES GRULLAS VENÍAN DEL NORTE .

Una vez, antes de la caída del sol y la llegada de los luceros, el cielo se llenó de puntos oscuros y era como un manto que parpadeaba encima del campo. Chico Perico peló los ojos y gritó con sorpresa : “ ¡Tata, mira las sombras del cielo!”.

El tata, en su taburete, recostado del tronco de un coposo naranjo levantó los ojos, echó a un lado el humo azulado de su pipa y observó la profundidad lejana del cielo.

- ¿Qué pasa, tata?

- Son pájaros que vienen de otras tierras- respondió el viejo, con sabiduría.

- Tantos pájaros, tatita?

- Muchísimos...miles...

- ¿Y por qué vuelan tan alto, esos pájaros, y hacia dónde van?
- Van hacia el sur.
- ¿Y de dónde vienen?
- Del norte, dicen que huyen de los hielos fríos.
- ¿Y cómo lo sabes?
- Mi difunto papa lo decía.
- ¿Dónde queda el norte, tata?
- Si apuntas con tu mano derecha por donde sale el sol, el norte te quedará al frente.
- Qué pájaros más tontos!
- Buscan la vida, no son tontos- respondió el abuelo- y vuelan sobre las ruedas del viento.
- ¿Y el viento tiene ruedas?
- Sí y también, alas.
- Pero yo no las veo. ¿Son como las alas de los pájaros?
- No, las alas del viento son transparentes. El viento es un señor muy poderoso; mueve barcos, molinos, montañas...todo lo puede.
- No te lo creo, tú echas mentiras.
- ¿Y no dices tú que oyes música de los árboles?
- Sí..
- Bueno, yo veo y oigo las alas del viento.

Y esa vez, era el mes de agosto, un puñado de grullas cayeron de súbito, sobre las copas de los altos espaveces y barrigones. Fue en la tardecita, ya casi al oscurecer. Los tíos de Chico Perico, quienes vivían en el pueblo, habían venido a pasar unos días en el campo; al ver las grullas se entusiasmaron y rápidamente empezaron a preparar la escopeta del abuelo.

- Son las grullas del norte- dijo uno.

- Las grullas....- repitió el otro tío.

Los tíos partieron por el llanito, hacia la franja de árboles que rodeaban el potrero vecino, donde las grullas se habían posado. De pronto: ipum!...y luego, otra vez... ipum!...Cinco grandes grullas, como pavos de largas y poderosas alas, heridas y medio muertas cayeron de las altas ramas. Los tíos jubilosos, por la buena puntería, recogieron

las aves que servirían para varias semanas de alimentación de la familia. Pero Chico Perico no quiso comer ni una sola presa de esa cacería.

- Come, diablillo, que eso alimenta- ordenaba uno de los tíos.

- No tío... no como.

- ¿Qué? ¿Tu abuela no mata las gallinas y te hace el rico sancocho con ñame?

- No como, porque mataron a las pobres grullas y ellas venían de lejos. Tata dijo que las grullas iban en busca de la vida.

- Si no comes- dijo la abuela- no hay otra cosa en la cena.

- Déjalo- intervino el abuelo- el muchacho está triste.

Chico Perico no comió, sino que miraba hacia la totuma cristalina del cielo, por donde, tal vez, seguía el resto de las grullas, en su largo y misterioso vuelo de la vida.

Entre luces y sombras, como le decía el abuelo, el sol se perdía, una barbaridad, en la lejanía de las pálidas distancias.

6. ¿PERO, A DÓNDE SE FUE MI MAMA?.

- ¿Pero a dónde se fue mi mama?- preguntó Chico Perico, un día, a su abuela.

- ¡Ay mijito! ...Ya te he dicho que tu mama se fue a Panamá, a trabajar para conseguir plata.

- ¿Plata?...¿ Eso qué es?

- Los reales...lo que a veces trae tu abuelo.

- ¿ Las peseticas?

- Sí, tu mama, con esa plata te va a traer zapatos, pantalones y una pelota.

- ¿Y que, es pelota, abuela?

- Una pelota... pues, una bola grande, como un calabazo. Pero es de caucho y salta bonitamente; sirve para jugar. Son cosas de los pueblos, las venden en las tiendas. Bueno ya te he dicho, varias veces, que ella se fue a trabajar de empleada, en una casa de familia, allá por la capital..

- ¿Y por qué, no trabaja aquí, en tu casa?

- Porque nosotros no tenemos plata.
- ¿Y cómo se fue Mamatina, a ese lugar lejísimo?
- En un barco, por la mar.
- ¿Y qué, es la mar?
- ¿No te dijo el abuelo que es una gran poza de agua, grandísima? Además es azul y tiene olas... Tú no puedes llegar al fondo, así como haces acá en la quebrada. La mar, pues, es la mar...es como un llano grande, pero de pura agua y bien salada. Y los barcos navegan bien suavcito sobre esas aguas. Muy lindo es aquello.
- ¿Tú viste la mar?
- No.
- Entonces ¿cómo lo sabes?
- Lo dice tu abuelo. Él una vez anduvo por las mares.
- Ajá ...y mi mama, ¿cuándo viene?
- Ya te lo dije, preguntón, por allí viene.
- Tú siempre dices lo mismo y ella nada que viene.
- Vendrá y te traerá la pelota.
- Yo no quiero ninguna pelota, ¿oíste? Yo quiero que ella venga mañana.
- Bueno, pues, vendrá mañana. Ahora, toma la escoba y barre allá afuera, haragán.

Esta conversación se hacía, casi diariamente. Pero la madre, en realidad podía regresar cualquier día. Aparecería en el curvo camino, con la pelota, los zapatos, los confites de rosa y la maleta en la mano, como todas las muchachas campesinas que salían a trabajar de empleadas domésticas en los pueblos y ciudades. Era tan largo el viaje en barco y tan peligroso. Pero había que ir. La abuela lo sabía, pero le doraba el cuento al nieto. En tales barcos de cabotaje y de mala muerte, los pasajeros iban apretujados, entre mercancías y ganado, y sobre el bamboleo de las olas ni siquiera podían dormir. Dicen que una vez se hundió uno de esos barcos y de pasajeras iban unas muchachas ricas, que estudiaban en colegios de la capital. Todas se ahogaron... ¡Pobrecitas!... Por aquellos días de Chico Perico, aún no habían construido la carretera interamericana.

A veces, en las noches, la preguntas de Chico Perico se mezclaban con un viejo cuento, el cual no entendía mucho, acerca de un hermano suyo, que desde los primeros

meses de nacido se lo habían llevado al pueblo, donde las hermanas del padre, de quien el niño, allí en el campo, no tenía la menor idea.

- ¿Abuela, yo tengo otro hermano?

- Sí.

- ¿Y tengo un papa?

- Sí, niño.

- ¿Y cómo es?

- Se parece a ti... es como una sapo veranero.

- ¿Y yo soy feo?

- Sí, sapito preguntón.

- ¡Ajó!...abuela...

- Eres bonito, pues....

A esa edad de los pericos verdes y de los toros rojos, aún Chico Perico, no conocía a su padre. El papá real era el abuelo, y en cierto modo, la madre, su abuela.

Y éste era el mundo pequeño de Chico Perico, en el campo. La tierra, en lugar de aumentar, decrecía. Y los potreros de los ganaderos y terratenientes, por lo contrario, crecían de tamaño y poder. Las cercas caminaban... caminaban y caminaban...Las estacas de balo, de carate o de ciruelo, amarradas con el temible alambre de púas, se perdían, subiendo y bajando lomas, por allá, por los horizontes.

Los muchachos trabajadores y las mujeres jóvenes tenían que emigrar a los pueblos y ciudades a buscar la vida; como las grullas; a conseguir jornales y salarios, en los empleos o trabajos por su cuenta: lavar ropa, planchar, vender tortillas, hacer rifas... Por eso se había ido la Mamatina de Chico Perico.

Pero la Mamagüela era encantadora. Envolvía al niño en su pollera de zaraza lila, para quitarle la cabanga, la tristeza, de la falta de su madre y dar respuesta al sin número de preguntas y explicarle la confusa noticia de que además, él tenía un hermano mayor, el cual vivía en el pueblo, y también un papá feo...

La abuela cultivaba un pequeño jardín, y en cacharros viejos crecían lozanas matas de claveles rojos, canelas, blancos, rosados...claveles de pluma y matizados. Alrededor de las chozas, había matas de hierbabuena, de suspiros morados, abanicos rojos, mastranto, albahacas olorosas, cundeamores, cuyas flores eran exactas estrellas

de cinco puntas y rojas como el rubí.. Ella enseñaba al niño a conversar con las plantas. -
“Las flores hablan. ¿oíste muchacho tonto?” - solía decir la abuela.

- Ya lo sé.

- ¿Quién te lo dijo?

- Nadie...yo oigo la música de los árboles....

El chiquillo vivía arriba de los árboles como un mono, o una ardilla, y la abuela siempre le gritaba y lo amenazaba con darle una tremenda zurra....

- Oye, diablillo, baja de allí... que te vas a matar.

- Que, va abuelita...no me mato nada. ¿Quieres una guayaba madura o una pintona?. -¡Uh!... icómo huelen!...

- ¡Ni que, guayaba....ni qué guayaba, icaraste! Bájate ya, o te doy cuero del bueno...

- Es que estoy conversando con las guayabas. Tú me dijiste que las flores hablaban.

- Sí, pero no te dije que las guayabas platican...¡Bájate so demonio!

Cuando no trepaba el árbol de guayabas rosadas, era el de naranja agria, sino el viejo palo de calabazo. Cuando el totumo se llenaba de frutas verdes brillantes y redondas, Chico Perico las arrancaba de sus ramas y con ellas hacía toros y terneros:- “Vamos, toro, toro, torito, mee...¡Arre, condenado! Vamos para el corral:che...che...che... torito vamos”- Era el niño vaquero de sus propios juegos y sueños. Y ya, cuando se cansaba de jugar a los toros, volvía a la cocina y pedía algo a la abuela:- “Abuela linda, dame, aunque sea, una untada de chicharrón de tetita...”

- Tú... nada más pides y pides, muchacho... no sé cuándo estarás hecho hombre, para que te ganes los gandules...

- Yo siempre estaré chiquitito. Me gusta más, porque tengo una abuela que me da cosas, y es bien embustera, porque dizque las flores hablan y cuento.

Pero como la madre no venía con la pelota, Chico Perico, a veces, en las tardes claras solía ir por el camino de la loma, encima de la cual salía el sol, cada madrugada. Y allí esperaba la llegada de la mamá y se ponía a canturrear su propias tonadas:- “ Mar... mar... ¿qué, será la mar? ¿ Cómo irán los barquitos, por la mar salada? ¿ Y era grande el barco en donde viajó Mamatina? ¿O chiquito cual una cáscara de naranja, o grandote como la loma? Y mi mama no viene nada y yo voy a subir más alto, para ver si llega.

Pero, mejor yo quiero una mar dulcita, y que pronto venga mi mamita....¡Y ajé, y ajá!...”

Aquella loma, decía la abuela, se llamaba la loma de las brujas... ¡huy! porque, a veces, en las noches de luna, allí acudían las brujas a bailar, cantar y a dar unos horribles chiflidos. Chico Perico, temía mucho a las brujas de la loma, pero eso era de noche. Durante el día, si la abuela hablaba de ese cuento, él decía que las brujas eran bien tontas y que no les tenía miedo.

La dicha loma, por donde salía el sol y de noche bailaban las brujas, era un cerro achatado, que parecía una mesa. Allí, para el comienzo del verano, nacía una linda hierba atornasolada y suave, que los vecinos llamaban pajita del Niño Dios.

En las tardes, de mucho sol, Chico Perico subía hasta el mismo plan de la loma para buscar las huellas de las brujas; más cuando lograba asomar la cabeza sobre el borde del altozano, y se desprendían algunas piedras, y el viento movía las ramas de los pequeños arbustos, o cantaba algún raro pájaro, el valiente muchacho bajaba como un bólido fugaz. Y... “patitas, ¿para qué, las quiero?” Huía de regreso a la casa, pálido y con los ojos desorbitados.

- Hijo, ¿qué te pasó?- preguntaba, asustada, la abuela.

- Abuela... ¡las brujas!... vienen detrás de mi...

- Ajá... ¿no te lo dije?.

Esa noche el mocoso soñaba con su madre: ella tenía grandes, redondos y claros ojos pardos; ojos color de café, brillantes como luceros, pero también, ojos muy hondos. Y lo más extraño fue que al ausentarse la madre, se intensificaron las sinfonías de los árboles. Y cada vez que recordaba a la Mamatina ausente escuchaba cierta extraña melodía, muy triste para él... Y sólo cuando ya fue hombre se enteró de que la melodía aquella del bosque era casi igual a la danza árabe de Cascanueces, de Tchaicovsky, y a veces, a la sonata Claro de Luna, de Beethoven.

7. PAJARITOS NEGROS, PAJARITOS AMARILLOS, PAJARITOS AZULES Y TOROS BRAVOS.

Chico Perico se la pasaba vagabundeando por el prado verde, alrededor de la choza, con un pequeño biombo-honda, para cazar pajaritos negros, pajaritos amarillos y pajaritos azules. Pero una vez escuchó el cantar del bin-bin, un pequeño pájaro que tenía un arpa en su garganta: “bin...bin...bin..” era parte de su gorjeo. Vestía, el macho, de camiseta amarilla de oro puro, y su capa de un azul marino, casi negro. La hembra, sin embargo, lega que le decían, apenas llevaba un humilde traje verde-amarillento.

Oír el pájaro y saltar la cerca del potrero ajeno, fue cosa de un segundo; como sigiloso gato, se acercó a la pata del árbol de nance, sobre cuyas ramas de hojas doradas y ocre, y sus gajos de flores amarillas, cantaba su armonía el pajarillo: “bin...bin...bin...”

Pegado, como una lagartija al tronco estuvo, así quieto, para no espantar al pajarito. Solamente quería escuchar de cerca el canto y ver el tamaño y la forma de quien hacía tal música sinfónica, de arpa y clarinete. Mimetizado con el dorado follaje, el pájaro más pequeño que la mano del chiquillo, mostraba el pecho de amarillo quemado y sus alas de azul profundo. Era justamente un manto bin-bin, en su fase más adulta; pues estas avecillas, cuando aún son jóvenes, tienen un plumaje verde, como las hembras. Después, en su desarrollo, aparecen pintas amarillas; para entonces se les llama pintos; más tarde la pintas amarillas se hacen más brillantes y surgen también manchas azules alrededor del cuello; son nombrados, pintos-collar; pero luego las pintas se acentúan y logran el título de pinta-mantos, y en su etapa final, cuando ya se coronan dentro del más alto rango de su especie y poseen totalmente el ropaje de amarillo y azul, se les reconocen con el nombre de mantos.

Esa vez Chico Perico subió por el tronco y se encajó, a horcajadas en una horqueta. La mañana refulgía de amarillo y verde limón; el cielo parpadeaba celeste y blanco y sobre la yerba la sombra del nance era de tono violeta oscuro. El muchacho advirtió que había otro pájaro, el cual sólo piaba o pitaba, sin interrumpir el reguero de armoniosos arpegios del manto bin- bin. Era su compañera, la esposa del virtuoso cantor, la llamada lega. El chiquillo decía para sí : - “yo sólo quiero oír su canto; ver su piquito de oro; aprender su silbido, su chiflar bonito. Yo creo que su armonía se mezcla con la música del bosque, con las tonadas de mis árboles...” ¡upa! ¡qué lindura!”

En los aires y de las ramas venían pedazos de otros giros, de otras melodías y canciones de los azulejos, que vestían mamelucos celestes; de los carpinteros, que usaban gorras escarlatas; de las capisucias, cascuchas, o plataneras, que despedían el verano, en los días de abril con un cantar intenso y profundo. - “Niño- solía decir el abuelo- cuando esa pájara capisucia canta así, es porque está llamando las lluvias, para que nosotros sembremos el arroz”.

Pero el verdadero rey de las eufonías y cantos de los pájaros era el piquigordo, el cual, desde lo alto del espavé o de los palos de higo, solía enhebrar los cantos de todos los pájaros del entorno, incluido el del bin-bin. Otro pájaro, el chuío o canario tropical, hacía lo mismo, pero con otros gorjeos y no en la altura, sino a ras del suelo. Tanto el piquigordo, como el chuío, eran pájaros políglotas, capaces de imitar los gorjeos de otros pájaros que con ellos convivían en sus medios. Y para Chico Perico, quien viajaba entre la realidad de su vida y sus fantasías, los cantos de estos pájaros eran parte de la orquesta de los árboles: del higo que maduraba perlas rosadas y dulces, del espigado y dorado caimito, con sus hojas de dos colores: verde y oro; del torcido y regio algarrobo; del cañafístulo en flor, ya en el mes de octubre, todo rosado; del mango copudo, redondo, pleno de sombras y luces, y bien cumplido de flores rojas, ocre y escarlatas, en el luminoso mes de diciembre. -“ Los árboles tienen su hablar y sus llantos.” - solía comentar el abuelo- “los he oído en la montaña, cuando yo iba a cazar tigres”.

Y era ése el ambiente de Chico Perico, cuando nació y creció en el empobrecido campo de sus abuelos y de los pájaros cantores y libres.

Y ese día, cuando el bin-bin se fue a otro árbol con su verde-amarilla compañera, al bajar el muchacho de la horqueta del nance de repente fue acorralado por un reguero de toros y vacas bravos y a Chico Perico se le paró la moña de los cabellos. El muchacho, pálido del puro pánico, realmente, en la huida saltaba como un conejo- muleto para romper el cerco y librarse de la encerrona.

- ¡Abuela...abuela!...ime matan los toros bravos!...

El muchachillo ni se dio cuenta, de cómo saltaba matojos de chumico, de matillo y aún los arbustos de cuernitos, siempre llenos de venenosas hormigas y así cruzó, sin rasgarse el pellejo, entre las cuatro cuerdas de alambre de púas. Cuando llegó, casi volando, al regazo de la abuela, el corazón se le salía por la boca

. ¡Ay!... los toros mamita..

- ¡Ajá, me alegro! ...Esto te pasa por meterte en potreros ajenos- respondió la abuela, mientras le aplanaba las mechas del pelo y le daba un beso.

- Pero abuela, si yo sólo quería oír el cantar de los bin- bineš...

8. BULÚN...BULÚN...BULUNDRÚN...

Bulún...bulún...bulundrún... así rugían los truenos, en los meses del invierno, cuando llovía mucho y todo era agua, humedad, frío y lodazales.

- Es la octubrerita, niño- decía el abuelo, mientras echaba el humo azulito de la cachimba.

Octubre, un chis...chis... menudo, bajareque le decían. La neblina arropaba el aire y el suelo, como una espuma blanca, sedosa y transparente. En el campo, aquí y allá, entre las nieblas, el humo blanquecino subía en espiral y perezosamente sobre los dos ranchos de la familia. Los fogones, en rebeldía, se negaban a encenderse, porque la leña estaba mojada. Mas para Chico Perico, octubre era encantador, pues tenía excusa para levantarse más tarde, y sobre todo, para no ir a lavarse la cara en el arroyo, casi helado.

- Dame un poquito de café, mamita, que me muero de frío- rogaba el muchacho.

- ¿Y por qué hoy no te fuiste al monte con tu abuelo? ¿Ajá?

- Bueno, pues abuelita, porque el tío abuelo José Félix siempre anda cantando y yo digo lo mismo. Y yo me lo aprendí, escucha :

“De tres hermanos que semos,
yo soy el más jaquetón.
Ellos madrugan pa'l monte...
yo madrugo pa'l fogón”...

También resultaba la gran fiesta, cuando las lluvias, en cualquier día de abril o

junio caían con fuerza, a goterones limpios, después de haber amenazado a gallinas, pájaros y a los peones, en sus parcelas, con nubes grises y moradas, casi negras.

Entonces venía un viento del sur, provocador, vaquero que arreaba nubes, y como a las dos de la tarde, y a veces, con un sol de pura candela, hacía derramar las vasijas de agua, desde arriba del cielo, en donde están los orígenes de las lluvias. Chico Perico se quitaba el calzón y se echaba desnudo a corretear por el llano. Allá en la hondonada, en donde los aguaceros formaban una piscina, se zambullía, como un verdadero pez o duende de las aguas.

- ¡Muchachillo del demontre!... ven para acá, que te mata un rayo- gritaba la abuela.

Y era por gusto, pues el diablito no la oía, bajo el barullo del vendaval, cuyas goteras, entre plata y azul, salpicaban el changuatal del llano y corrían como verdaderos arroyos, hacia la quebrada que bramaba y entonces parecía ser un señor río, como el San Pablo o el Tuirá. Pero, ya al oscurecer, el aguacero se desataba con nerviosos centelleos culebreantes y sonaban pavorosos truenos: “bulún...bulún...bulundrún” ...La fiesta se transformaba en verdadera tragedia para el pequeño corazón palpitante y asustadizo del pobre Chico Perico, que igual a una pollita corría a recogerse debajo de los pliegues de la pollera de la abuela.

- ¡Sálvame de esos rayos que me van a matar, mamita!... ¡Ayúdame a no verlos!

- ¡Ajá!... ¿Por qué no sales ahora a jugar por el llano?

La lluvia arremetía con todo su poder, en una batalla tremenda entre los ejércitos de los vientos y las aguas. Las llovederas locas, con sus enormes espadas eléctricas y sus aparatos invisibles, entre las nubes, se fajaban a ver quiénes eran más guapas... y izas!...las chispas, los relámpagos, de azul y oro, se enrollaban y desenrollaban sobre los negros horizontes, y luego, otra vez el “bulún...bulún...bulundrún... de los feroces truenos, como enormes bolas que recorrían el tablado del cielo raso infinito de las alturas y las lluvias.

- ¡Santa Bárbara bendita!- rezaba la abuela.

- Mamita, agáchate. ¡huy... los rayos!...

- No seas llorón, muchacho- rezongaba el abuelo- no pasa nada. A su lado la abuela acurrucaba al nieto, y le daba valor, al niño y a sí misma. Allí la familia humana, hecha un montón de trapos, amanojada en un solo haz de miedo, se defendía de la

tormenta. Afuera, los gallos y las gallinas, en el arbusto de limón, resistían la tempestad.

Cuando, al fin, amainó la borrasca y sólo se oía el rumor de la quebrada, Chico Perico, ya estaba dormido al lado de la abuela consentidora.

Pero más que las amenazadoras noches de lluvia, relámpagos fluorescentes y azules, truenos y rayos de verdad, la abuela temía tales noches largas en las fiestas campesinas, cuando el abuelo, músico de la guitarra socavonera y poeta decimista, se perdía, dos y tres días con sus noches ¿quién sabe por dónde? En esas cumbias, para darle gusto a las gentes de su mundo, el pueblo suyo. En esos caseríos, por aquellos andurriales, el abuelo punteaba la guitarra criolla y prendía los bailes. De vez en cuando, los bailadores y festejadores campesinos terminaban en bravas reyertas, de las cuales, algunos salían apaleados y hasta apuñalados y muertos, otros.

Durante aquellas parrandas del tata, la abuela escuchaba los pájaros nocturnos, entre ellos, el cocorito. Decían los viejos que esta avecilla, cuando cantaba, era el aviso de la muerte de algún vecino. Pero el abuelo, al fin, llegaba, en las madrugadas; regresaba tranquilo, sereno, soñoliento y engomado, y con el tufo de la chicha fuerte. Pedía un poco de caldo, bien aviado de ají picante y se dormía.

Buena mañana, Chico Perico, se asomaba maliciosamente y con el rabillo del ojo, echaba una mirada hacia el camastro del tata.

- Abuela... llegó el abuelo.

- Sí- contestaba ella- Y ahora ¿qué quieres que yo haga?...¿que le lave los pies, como si fuera un obispo?

- ¡Ay!... Estás bravita, ¿no?

- No. Estoy muerta de la risa...¿oíste?

En realidad la abuela, en esos casos, amanecía celosa.

9. CHICO PERICO EN MEDIO DE LAS LLAMAS.

En el verano, durante los meses secos, en los calurosos días sin lluvias, los hombres se reunían en la temprana noche, en algunos de los ranchos dispersos en el pequeño llano del caserío, para hablar de muchas cosas, pero principalmente de los trabajos pendientes. Ya, cuando el verano iba a concluir, trataban sobre los desmontes, y las quemas, sistema tradicional para limpiar la tierra y luego sembrar. Había que hacer las quemas de los árboles y matojos derrumbados con hachas y machetes, antes de que llegaran las lluvias de abril, cuando cantaba el coro de las pájaras capisucas, hasta languidecer. Como los campesinos carecían de otra técnica más avanzada, por ejemplo, no sabían usar el arado, era menester recurrir a esta costumbre indígena, porque de otra manera, en esos tiempos, ellos no podían preparar la tierra.

En esas reuniones, los peones palabreaban, entre ellos, sobre los nuevos compromisos de las faenas que se pagaban unos y otros, no mediante salarios, sino con sus propios servicios. Ésa era, para entonces, la linda y muy justa tradición de la peonada. En sus encuentros los trabajadores establecían los calendarios de las respectivas tareas y peonadas. Así, por ejemplo, el lunes sería la limpieza del arrozal, donde mano Pedro; el martes, trabajarían donde mano Juan, y el sábado era la faena de Norberto, para sacar unas varas, con el fin de hacer la cocina de su casa.

- ¿Abuela, para qué pila ese maíz?- preguntó el nieto.

- Para hacer chicha.

- ¿Pero tanto maíz?

- Sí, niño, porque a la quema del monte de tu abuelo vendrán como veinte peones; veinte hombres de trabajo a quienes tu tata les dio, a cada uno, un día de trabajo, hace algún tiempo. Ahora ellos tienen que pagar tales días de labor, o sea, esos peones.

- ¿Gentío? ¿un montón, abuelita? Oiga, ¿y yo voy a esa peonada?

- No, niño, ése es trabajo de hombres. No de los haraganes que sólo madrugan para el fogón. Claro, viene mucha gente, porque le deben peones a tu abuelo. Ya sabes cómo es eso: hoy por mi, y mañana por ti...

- ¡Ajá!...¿Es el juego de que lo mío es tuyo y lo tuyo mío?

- Parecido, pero no es el juego del compañerito pío de ustedes. Aquel de: que lo

mío es tuyo y lo tuyo... mío... Pero dime, ¿tú le debes algún peón a tu tata?

- Yo creo que sí, abuela...

- Entonces, reclámale, para que te ponga en la peonada, pero cuidadito, con andar en tus locuras...

- ¿Sabes Mamagüela? Yo quiero que me hagas un atolito fresco para el día de la quema.

- Te haré tu chichemito, niño.

Ya el monte bajo, los chaparrales y los árboles talados, caídos y recalentados por los solazos de febrero y marzo lucían resecos: El abuelo hacía las debidas rondas, pelando bien la tierra de esas franjas que separaban la roza de los terrenos vecinos, con el fin de que las candelas no se pasaran a otros predios.

La tarde de la quema llegaron muchas gentes: los peones con sus esposas y niños. Era el espectáculo de la vida. Unos trabajadores llegaron con gabazos secos de caña, para prender las primeras fogatas. Los capitanes, responsables de los grupos distribuían a sus peones, a lo largo de la roza, por las rondas abiertas con el fin de cuidar que el fuego desatado quemara muy bien lo propio. Había que oler bien por donde soplaban el viento con el fin de evitar que las candelas jugaran con pasarse de los límites precisos. Una chispa cualquiera podía alzarse en un descuido y cientos de metros cuadrados de otras parcelas de monte virgen, o bien, las casas del caserío quedaban hechas cenizas en un santiamén. Más para aquellos días, en que los campesinos no tenían casi nada propio, la quema resultaba un acontecimiento festivo. Los peones daban gritos de trabajo, muy alegres; ellos se unían para dirigir las lenguas de fuego y atajarlas si se pasaba; gozaban con el estruendo de las ramas y las hojas resecas, cuando eran derretidas por el fuego. Los troncos negros y cenizos, reventaban como enormes tizones encendidos. Las mujeres iban de uno y otro lado, con las tulas de chicha, la cual servían en rebosantes totumas, entre la peonada.

Aquella tarde uno de los capitanes de la peonada gritó:- “allí voy, muchachos- “... y metió la mecha del gabazo de caña, bien encendido, entre pajas y hojas secas. La candela con suma rapidez fue consumiendo la hojarasca, aquí y allá, en donde otros trabajadores iniciaban el fuego al mismo tiempo. Crujían los ramajes cortados y resecos, los troncos, las semillas. De pronto, entre las llamaradas huían borrigueros, conejos, armadillos, culebras, pájaros, mariposas, grillos. Las escarlatas llamas, al subir al cielo,

se convertían en blanca y gris humareda. De repente, cientos de golondrinas llegaban, dizque a beberse el humo, según los campesinos, pero realmente acudían para devorar a los despavoridos insectos que saltaban sobre las llamaradas. De lejos, otros campesinos de distintas comunidades, advertidos por la tromba del humo que levantaba hacia el cielo la quema, y por las partículas de hojas y briznas chamuscadas que viajaban varios kilómetros con los vientos, se daban cuenta de que en aquel lugar, los compañeros agricultores realizaban ya la quema, para la próxima siembra de arroz y de maíz..

Y esa vez todo parecía muy bien hecho, pero de pronto...

- ¡Niño!... - gritó la abuela, al no ver al chiquillo- ¿En dónde diablos estás?
¡Anastacio!- le gritó a su hermano- ¡búscame, por Dios, a ese carajito!-
¡Chico!...¡Chicooo ! - gritaban algunos peones.

¡Ay! Santa Bárbara bendita ... hombres... ¡ busquen a ese criatura!...

El viejo Anastacio corrió a la quebrada; se empapó con agua y rápidamente se cubrió con lodo todo el cuerpo, y apartando, con un manojo de ramas y hojas verdes las lenguas de fuego hizo una trocha, allá entre un chaparral, en donde todavía no había llegado la candela, estaba el maldito chiquillo, como si nada.

Cuando Anastacio lo trajo cargado, entre sus duros brazos de machetero, la peonada enardecida empezó a gritar de júbilo .

- ¡Ay! Gracias a Dios...

- Sí, hermanita y también a tu hermano Anastacio... Eso no fue nada, Martina...vainas de muchachillos...

Esa noche, luego de las nalgadas que le propinó la abuela, para que se durmiera el angelito pirómano en su hamaca, ella lo calmó con sus besos de siempre. Y esa noche calurosa de marzo, Chico Perico soñó con su lejana y ausente madre. Iban sobre caballitos de papel, galopando sobre las nubes y arriba restallaban millones de cocuyos y luciérnagas como estrellas de mentira.

10. EN DICIEMBRE LLEGA MAMATINA CON LA PELOTA.

Cuando la abuela Martina fue al pueblo a llevarle huevos de sus gallinas a su hija Rosita recibió, de ella, la noticia que la llenó de alegría: - “ Mamá-`dijo Rosita- un vecino de Puerto Mutis me contó que un barco había llegado, lleno de pasajeros y que entre ellos vio a Faustina. Así que de seguro pasado mañana vendrá, en una de las carretas, que hacen ese viaje”.

Y ese domingo llegó; día de diciembre, buena mañana, el abuelo se fue al pueblo. Cuando la abuela dejó de arreglar la casa y empezó a vestir al chiquillo con la pieza de ropa mejor que tenía, Chico Perico asombrado le preguntó: -“Oiga ¿y para qué me pone esa ropa?”

- Para que no te veas tan flaco, porque hoy tenemos fiesta, preguntón.

Luego se arregló ella misma: después, cantando una tonadilla, fue al rancho de la cocina a desatizar el fogón y le dijo al nieto: -“Vamos muchacho a la loma de las brujas, porque hoy llega tu mama” ...Chico Perico, dio un salto y gritó: -“¡Mentira... abuela! tú siempre dices que mi mama viene y no llega nunca. Mentirosa.

La abuela trató de aplanarle las paradas mechadas del salvaje pelo castaño, y hasta le aplicó un poco de polvo, en los curtidos cachetes.

- ¡Ajó, me echaste polvo en los ojos! Protestó el nieto.

- Mejor, así no se verán tan chinos.

Tomó de la mano al recién vestido y dijo: -“Vámonos.” Detrás seguían dos perros.

La mañana estaba clarísima. Pechiamarillos saltaban sobre la copa del harino, de las puras alegrías; daban un salto arriba, piaban y volvían a las ramas. Un viejo árbol de cañafístulo, a la orilla de la quebrada, estaba lleno de flores granates; en la cerca del potrero, macanos negros florecían pomos amarillos. Una tenue brisa del norte avisaba que el verano había entrado plenamente.

- ¿Viene Mamatina?

- Ya te lo dije.

- ¡Cucho!...¡Tigre!...¡Michirre!... vengan, que ahora sí llega mama...- gritó con alegría el muchacho.

Después de varios meses regresaba la de los ojos claros. La abuela madrugó para tener el rancho limpio, las flores en sus tiestos; los animales, cumplidamente

alimentados. La abuela solía decir:- “No porque somos pobres debemos estar sucios...¿oíste?”. En medio de la humildad de sus vidas, quería que todo brillara como el sol y especialmente el niño, ahora cuando, al fin, regresaba su hija. Ella se empeñaba que su camisa blanca tuviera el olor de la albahaca; que el único pantalón sin parches, al menos, pareciera nuevo, y que el chico mostrara los pies sin pizca de lodo, aunque no llevara zapatos, ni siquiera un par de cutarras. En efecto, el muchacho lucía hermoso, sano y sobre todo, se notaba que de los ojos le brotaba un jubiloso torrente de vida...bueno, sí, porque al fin venía su mama... ¡cuánto amor! “¡Ya viene Mamatina!... ¡Ya viene mi Mamatina!” - gritaba Chico Perico.

Y así, al pie de la loma de las brujas esperaban la abuela, el nieto y los perros cuando pesquisarón, a lo lejos, y en una curva del camino rosado, entre los dorados caratales, a la pareja: el abuelo y la madre.

- ¡Mama!...¡Mamatina! - gritó Chico Perico y echó a correr, seguido de los perros.

Y aunque entonces todos los árboles del sendero: carates, lagartillos y espaveces se alzaron, con el viento, en un movimiento vivace, sus ramas y flores con la marcha triunfal de Carmen, de Bizet, inundaron los horizontes, esta vez el niño no captó la música vegetal, porque ya estaba en la cálida sinfonía de los brazos de su madre, quien sobre sus mejillas derramaba lágrimas agrias y dulces, como las ciruelas traqueadoras.

- ¡Ay!...¡qué lindo, mi hijo!

- ¡Mamatina!- alcanzó a decir el muchacho, azoradamente.

El abuelo traía la maleta y los fardos. La madre sacó de una bolsa la pelota de varios colores.

- ¡La pelota! ¡qué linda!-gritó Chico Perico al descubrir el maravilloso y desconocido juguete- No pesa nada... mira abuela, y cómo salta....

- Ya te lo dije.

La abuela abrazó a su hija; el muchacho a su madre; los perros daban vueltas y olfateaban a la que regresaba de tan lejos; era un amasijo humano, en la mitad del camino. El muchachillo disparó la pelota; salieron a recogerlas los perros; abuela e hija soltaban algunas preguntas. El viejo ordenó seguir el camino...

Ya Chico Perico se había perdido en la curva del angosto azul y pardo sendero, con la bola y los saltarines perros.

La mañana superaba solidariamente su hermosura, porque había llegado, de su triste y larga ausencia, la poderosa estrella de los ojos claros...

11. LA MAESTRA DEL CIRUELITO.

La cristalina quebrada bajaba en su curso rápido, entre rocas; luego, en un recodo, bajo un viejo árbol de carate, también llamado ciruelito, se formaba una pequeña poza circular, en cuyo espejo se reflejaban las ramas, las nubes y el cielo celeste. Sobre las lajas negras que circuían la quebrada, en ese sitio, las mujeres del caserío lavaban la ropa. Las mañanas transparentes, los mediodías de ardientes soles, el mujerío al conversar y reír, llenaban el ambiente. El agua de espumas y el sol blanqueaban la ropa de los trabajadores del campo sobre los pequeños arbustos.

Y por el añoso árbol de rojas y casi cobrizas ramas, aquel trozo de la quebrada lo llamaban: el ciruelito.

Cuando la mamá llegó de la capital, advirtió la necesidad de que el niño, que no sabía la “J” por lo redondo, al menos aprendiera a contar. Por eso, cuando iba a lavar la ropa al ciruelito, llevaba a Chico Perico con ella; lo acomodaba sobre las rocas, a su lado, y de la bolsa sacaba una hermosa totuma, la cual contenía un puñado de granos de maíz.

Mira muchacho, aquí dentro de esta totuma, hay granos de maíz ¿los ves? Tú vas a contar, para saber los números. Sacas un grano y a la vez dices: uno; tomas otro y dices: dos; continúas y con tu manita sacas otro grano de maíz y cuentas: tres...o sea, niño, que dices: uno, dos, tres....¿Entiendes?

- No...

- Ya me lo había dicho tu abuela, que eres terco. Repite, chiquillo; sacas de la totuma un grano de maíz y dices: uno...

- Digo uno....

- Que saques primero el maíz de la totuma y luego dices: uno. Pones el granito acá, a este lado, agarras otro y cuentas: dos, y lo juntas con el primero.

- Digo dos...

- Tonto...saca el grano de la totuma, así: uno; después, dos....
- Uno, después, dos...
- Payaso, no te digo que repitas, sino que saques de la totuma el grano, o te levanto por una orejita... ¿ah? Vamos, empieza.

Al fin, el rebelde muchacho empezó la tarea, tal cual le había explicado la maestra de el ciruelito.

- Uno... dos....tres... contó Chico Perico.
- Muy bien...muy bien... Ahora continúas y dices: cuatro, cinco, seis.
- Uno...dos, tres, cinco, cuatro...
- No, advirtió la maestra- te equivocaste, después de tres viene cuatro y no cinco.
- Bueno: tres, cuatro, cinco, seis... ¿y qué más?
- Vas bien, hijo, después del seis viene el siete, el ocho, el nueve y el diez.
- Mira, mama, un pajarito.
- ¡Ni qué, pajarito, ni qué, pajarito!...Vamos: uno, dos, tres...Sigue tú.
- No puedo. Estoy cansado.

La mañana era una verdadera escuela de luz, de mariposas, de agua verde que navegaba entre las rocas negras, hacia la poza, en la cual Chico Perico le echaba granos de maíz a las hambrientas sardinas plateadas. Así transcurría el tiempo con la pedagogía de la totuma y los maíces.

- Repite- insistía la mamá - toma el grano y cuando ya cuentas los diez maíces de la totuma, los vuelves a echar en ella, y no a las sardinas. ¿Oíste?
- Pero Mamatina, las sardinas tienen mucha hambre.
- Déjate de necedades, niño. Vuelve a la totuma.
- Uno, dos tres... Mira mama, una mariposa amarilla.
- Que cuentes, te digo...
- ¡Uh!..
- No me vengas con eso. Ya me lo había dicho tu abuela, que te has puesto tan perezoso, porque, claro, ella vivió consintiéndote en todo. Si anduvieras correteando pájaros, no estarías bostezando. ¿No?
- Contar maíces aburre. ¿No?
- Si no aprendes a contar serás un burro, una mula.
- ¿Qué es burro y mula?

- Son bestias más tontas que el caballo.

- Los caballos no son tontos. Me gusta mucho el caballo colorado de mi tío, corre una barbaridad.

- Si no aprendes, serás un pobre diablo, un pobre burro.

De pronto, ¡chumbulún!... el chiquillo se zambulló en la poza, salpicó a la madre con una espesa cortina de espumas; el nadador manoteó adelante; volvió a bucear y salió con las manitas llenas de arena dorada...

- Mama, ¿cuento con arenitas?

- Chiquillo, caraste... ¡ven acá! - gritó la maestra.

Chico Perico salió del charco chorreando agua y se echó a correr por el camino, hacia el llano, mientras gritaba: “ uno, dos , tres, cuatro cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez maíces... dieeee maicitos, Mamatina...Yo quiero ser un burro, burrito, burrote... una mula, un pobre diablo, un pobre burro... ¡ja...ja...ja!” - y los números se enredaban con la ronda de las mariposas, que revolvían un remolino con las manos de la brisa y luego enredaban las tupidas cerbulacas, los bledos, escobillas, ortigas y las piñuelas del prado. Y chico Perico, seguía gritando, con la maestría de los entrenados en este cantar de los peones, y con atiplada voz repetía: uno, dos, tres, cuatro burros; cinco mulas, diez pobres diablos...Mamatina, yo quiero ser tu burrito...

Y en el ciruelito, la mamá , con el jabón de barra enjabonaba la percutida ropa, en el azul remanso de la poza, traspasada por los fulgores mañaneros y se echaba a reír, con sus grandes y redondos ojos claros y decía para sí: - “ Yo sé, mi amor, que tú no serás un pobre burro”- La maestra de el ciruelito, continuaba en su lavandería, y en el charco, las sardinas y los dorados camarones, se reían también con ella.

12. LA COSECHA DE ARROZ Y EL TACO DE HOMBRE.

- Niño- dijo la abuela- mañana es la cosecha de arroz de tu abuelo. Hay una junta.

- Del arroz de mi abuela y de mi arroz.

- Sí, muchacho presumido.

Esa noche, Chico Perico no podía agarrar la mecha del sueño y se movía de un lado para el otro en su catre de cuero de vaca. La alegría le brotaba por todos los poros, porque esta vez, ya era medio peón, y tenía su jaiba lista y bien afilada, para cortar las doradas espigas.

En la casa había un gentío inusitado, porque del pueblo habían llegado los tíos y tías, para estar presentes en la junta, y también algunos primos y primas. La abuela escogía el arroz y las verduras, para la gran comilona. La chicha estaba lista y había de dos clases: la chicha fresca, llamada también chicha blanca, para las mujeres y la chicha agria, para los hombres. Y como a todo puerco le llega su San Martín... debajo del árbol de naranjo gruñía el lechón, bien cebado y destinado por el abuelo, para tal actividad, y el cual sería degollado en la madrugada, para preparar la comida de los junteños.

El arroz sembrado en abril, después de la quema, ahora amarillaba y estaba a punto de cosechar. Olía a arroz maduro, por doquier, pues ya el abuelo había cortado una manotada, que la abuela, había puesto sobre la cazuela grande para asarla, después pilarla y luego hacer el famoso arroz fututeado.

Ya pintada la noche empezó a caer una llovizna indecisa.

- Mejor es así- reflexionó el abuelo- mañana hará un sol repelado.

- Vamos a preparar un café de ñajú- le dijo la abuela a las mujeres que recién habían llegado. Empezaron a arder los capullos y tusas secos, en la oscuridad del rancho de la cocina en donde se había reunido la pequeña familia; la luz intermitente, perfilaba los rostros de los tíos y tías, que conversaban de todas las cosas y cuentos del lugar.

- Yo también voy a cortar arroz mañana- dijo Chico Perico, quien acariciaba a su preferido gato negro. ¿Saben? yo tengo mi jaiba lista para cortar un montón de manotadas de arroz...

- ¡Ja...ja...ja!... rieron los familiares, en coro.

Pero esa noche el sueño se le resbalaba de las pestañas, no podía agarrarlo y se movía como una chinche de uno y otro lado. La alegría le brotaba del mismo corazón: ipum...pum...pum!... porque esta vez iba a ser un junteño y gritaría a la par de los hombres enteros: ¡Jay...jay...jay! ¡Ay, ombe!

Y esa vez, Chico Perico se levantó con el lucero moledor a la par de la abuela y de su madre y sin que le ordenaran, corrió a lavarse a la quebrada; luego, como siempre, se

arrimó al fogón, en medio de la algarabía de la gente. Allí los chispazos de la candela de cuatro fogones iluminaban el rostro del muchacho ansioso de que aclarara el día, para probar su medra. El abuelo amolaba, como todos los días, su machete y preparaba las cosas de la junta; los tíos arreglaban el destasado lechón, debajo del viejo naranjo.

- ¡Ay!... abuelita- mendigaba con pedigüería el chiquillo- yo quiero que me des un chicharroncito con un pedazo de tortilla.

- ¡Jum!...exclamó una tía- este junteño todavía no ha cortado ni una espiga de arroz y ya quiere chicharrones.

- Buenos días, compadre- saludó el primer hombre, al llegar.

- Buenos días, compa.

- Buenos días, abuela...¿ya está la comidita?

- Buenos días, compadre, muy pronto estará.

Los junteños iban llegando, cada quien con su jaiba o aeroplano, cuchillas filosas, que se adaptaban con una liga de caucho a las manos, para segar las espigas. La junta de la cosecha, como las de embarra de casa, eran las grandes fiestas campesinas. Los hombres y las mujeres asistían para demostrar su maestría en esas labores, el amor a su gente, la solidaridad y cooperación humanas. Los junteños no cobraban por esa labores de juntas, a diferencia de las peonadas, que se pagaban, con trabajo y otros servicios. Los junteños asistían, porque el trabajo para aquellos tiempos era un orgullo y los muchachos querían demostrar a las muchachas su hombría y las mujeres, su capacidad de igualar a los hombres, en el corte de las espigas. Era realmente un desafío, un reto, un juego para determinar a los mejores. En la bolina del trabajo mientras más se empeñaba, cada quien, en sobrepasar a su compañero de labor, los agricultores emitían, de sus formidables gargantas diferentes gritos, especialmente el montañero, hecho con gorgoriteos de altísimos tonos, en lo cual eran maestros el abuelo de Chico Perico y su tío abuelo, el famoso José Félix. Todo lo cosechado: arroz, maíz, frijoles, se guardaba en un pequeño rancho, de vara en tierra, que se levantaba en las rozas. Cuando la familia requería de esos alimentos, para el diario comer, o para llevar a vender algo al pueblo, iba tranquilamente a buscarlo a los rústicos depósitos o trojes. En el campo, nadie se atrevía a sustraer, tomar, o robar lo que había en dichos ranchos; era el sagrado respeto al sudor ajeno.

-Para entonces- solía quejarse, mucho más tarde el abuelo: ¡era tan hermoso el

trabajo!

- Así, luego del succulento desayuno de la abuela, los junteños se encaminaron a la roza, cruzaron la quebrada de las sardinas; tomaron el rumbo de la loma del sol y de las brujas, y Chico Perico, iba al lado de su abuelo, con un trozo viejo de machete en su mano derecha, y en la zurda, el gato Michirre.

- Oiga amigo- preguntó junteño- y ¿ para qué lleva ese micho?

- Para que se coma los ratones del monte- contestó el medio peón.

Fresca la mañana transparente y sobre la tierra húmeda, los junteños empezaron a cosechar. Entre el mar amarillo de espigas de arroz, resplandecían las camisas y los sombreros blancos de hombres y mujeres que terminaban la tarea de recoger el fruto de la tierra cultivada. Arroz para mantener a la familia durante un año. Los junteños cortaban rápidamente, hacían el puño de espigas, y con varios puños, la manotada, la cual amarraban con una cuerda de majagua.

- Yo también corto, Mamatina... ven al lado mío...mira, una dos, tres manotadas de hombre...¿Viste, mama?

- Sí, hijo mío, eres un taco de hombre.

Al medio día llegaron otras muchachas con las ollas de la olorosa comida y los cosechadores se hicieron alrededor de las vasijas, a la sombra de una palma de corozo repartían el guacho, la tortilla, las presas de puerco, a todos por igual...-“¡que lindo!”- exclamó Chico Perico ...

- Yo también quiero mi pedazo de costilla, abuelita- gritaba el medio junteño.

Como a las cuatro de la tarde, con un solazo tan amarillo como el arroz, la junta terminó el trabajo. Los hombres recogían las manotadas de arroz y las llevaban al ranchito construido previamente, a la parte más alta del terreno, para guardar la comida del año. Al terminar el almacenamiento de las manotadas de arroz recién cosechado, el abuelo sacó la cachimba, la relleno de tabaco, la prendió, chupó y echó al aire la bocanada de humo azulado.

Había terminado la faena, y los junteños amablemente se retiraban, para volver a encontrarse en la próxima junta de otro vecino, con los mismos fines de cosechar lo suyo.

- ¡Mujeres!...- alertó la abuela- los hombres han gritado, pero no he oído cantar a ninguna muchacha. ¡Vamos!...

Entonces, la mamá de Chico Perico para demostrar su clase, tomó la tonada y la desplegó con la afinación y el temple de un caracol y cantó:

“Ven a volar....ven a volar,
paloma blanca del arrozal...
Sobre mi pecho, ven a volar,
paloma blanca del uveral...”

Y las demás mujeres repitieron el coro, que se perdía entre las lomas, y las enramadas del camino. Detrás y pegado a la chamarra de su abuelo venía el medio junteño, Chico Perico, quien ya había hecho su pública participación en el trabajo productivo, de la poderosa junta... Era pues, el taco de hombre.

13. LA CARRETA AMARGA.

Cuando la carreta tirada por un buey colorado y otro negro, con el chirriar de sus ruedas bajaba por entre el angosto camino de los pájaros y de las sinfonías, Chico Perico se alegró tantísimo, porque nunca había visto una carreta en su campo. En esa carreta se iría del lugar, la pequeña familia de la Mamatina, talvez para siempre.

A Chico Perico, la mamá le decía, a su regreso de la capital, que el pueblo tenía luces eléctricas, que no se apagaban como las guarichas campesinas; en las calles vendían raspados, que era algo muy frío, pero con dulce sabor; que había autos, bicicletas y muchas cosas más. También, de seguro, en el poblado iba a conocer a su hermano, del cual la abuela le hablaba a menudo.

- Todo eso que dice mi mamá, es verdad, abuela?

La abuela prefería no hablar, porque en el fondo sentía que ahora le arrebataban al nieto. Ella sabía que su hija había regresado de la capital, porque no resistía la cabanga, la prisión del trabajo, como empleada doméstica, casi como una esclava, además al sufrir la lejanía y de que el salario no alcanzaba para casi nada. Sin embargo, de nuevo volvía a dejar el rancho campesino, sin explicarle toda la verdad de su decisión.

- Yo hallo- le comentaba el abuelo a unos de sus hijos que estaba de visita en el

campo- que la ciudad no es mejor que acá. Allá todo cuesta y nadie da nada por nada... Lo digo, porque en los pueblos están los señores amos.

- Sí, es cierto respondió el hijo, quien ya se había ido del campo y trabajaba de empleado en un negocio. Pero hay otra cosa, papá, en el pueblo hay escuela, hospital, tiendas, talleres, oficinas, cine, y cuántas cosas más. Mire, que a su hija Rosita le va bien con su tienda y panadería; mejor que las mujeres de la compañía. Y además, para nosotros ya aquí, en este culito del mundo, ni siquiera hay un jeme de tierra libre... Usted lo sabe mejor que nadie.

Y era así, pues no hacía un año que habían llegado al campo peones forasteros, con un capataz y el nuevo dueño del potrero vecino.

- Acá, señalaba el capataz- tiren el alambre por este lugar, la nueva línea, que así está en el plano.

Los trabajadores empezaron a cavar los nuevos huecos para la cerca, dentro de la huerta del abuelo. La abuela mandó a Chico Perico a buscar al tata quien, en un monte vecino, sacaba unas varas para arreglar el rancho.

- Abuelo- gritó el muchacho- corre, que unos hombres te roban la tierra.

El abuelo, machete en mano, se enfrentó al pelotón de extraños.

- ¿Quién les dio permiso para meterse en esta tierra?- preguntó, muy furioso.

- ¿Qué tierra?- respondió amenazadoramente el capataz.

- Mire, allí en donde está parado ¿acaso no es ésta mi tierra, desde los tiempos de mis bisabuelos? ¿Quiénes son ustedes?

- ¡Ajá! - respondió el mandamás- El papel dice que toda esta tierra, incluso en donde usted tiene esos ranchos, está en el plano. Mi amo tiene la escritura.

- Pero yo no tengo amo- contestó el abuelo.

- Si quiere, ponga su abogado- respondió el capataz- Lo que les pasa a ustedes, señores manutos, es que no saben ni en dónde viven, ni les preocupan las leyes, ni las escrituras y siempre vienen con los cuentos de los bisabuelos... ya ellos no existen, lo que existe es este plano y el título, debidamente inscrito, en el Registro de la Propiedad.

- No crea que por ser un campesino soy un bruto... Antes de nacer usted, y su señor amo, ya estaba esta tierra aquí... Antes de todas esas leyes y las autoridades, estaba la tierra con árboles, pájaros y animalitos. Ninguno de ustedes hizo esta tierra. Ella es de todos nosotros y no de ningún amo, por muy bellaco que sea.

- Bueno, señor, allá usted si quiere creer en pajaritos preñados... La ley es la ley y usted tiene que cumplirla.

- Ese cuento se lo puede echar a otro- contestó con valentía el abuelo- y enfrentando a los intrusos agregó con fuerza- primero pasarán por encima de mi cadáver, antes de que puedan tumbar mi cerca... y levantó el afilado machete, dispuesto a la pelea.

Y frente a la tremenda decisión del abuelo, los hombres sintieron temor y se fueron.

- Aquí volverá la misma policía a buscarte- gritó el poblano.

La abuela, con los puños crispados, junto a su marido lloraba, pero sin lágrimas. Chico Perico, con el ceño fruncido y la mirada de tigre invencible, mostraba las manos llenas de piedras para dispararlas.

- Abuela- comentaba después el muchacho- ¿viste al abuelo como un sol echando chispas?.. Se parecía a mi gatico Michirre, pero bien bravo. Nadie se gana a mi tata ¿verdad? Pero ahora la madre iba al pueblo con su venta de huevos, tomates y otras verduras y regresaba en la tarde, con algunas cosillas y sus preocupaciones. Chico Perico en la noche, hecho el dormido, oía conversaciones, en las cuales no podía participar.

- ¿Sabes, niño?- le dijo una mañana la madre- tú y yo nos vamos a vivir en el pueblo... pues allá irás a la escuela.

- ¿Sí?

Pronto nos vamos. Tenemos que ganarnos la vida. ¿Tú conoces qué pasa con los pajaritos?

- Sí, ellos cantan y vuelan.

- Bueno, pero mamá pajarita y papá pajarito dan de comer bichos y frutas a sus pichones, así... de pico a pico. Eso es al principio, cuando están pollitos y ellos ni siquiera tienen alas, sino que están pelones y muy feos. Eso lo sabes tú. Y sólo tienen una boca ancha para poder tragar.

- Y también los pichones chillan.

- Si, para pedir comida. ¿Pero sabes?, más tarde crecen, echan plumas, endurecen las alas y aprenden a volar dando saltitos fuera del nido. Brincan aquí, saltan allá y la mamá pájara va detrasito.

- Sí... yo los he visto. Arriba de aquel macano, había un nido de bin- bines.

- Bueno, y un día, cuando ya los pichones son fuertes, los pajarillos vuelan del nido y se van a formar otra casa, a buscar la vida y así es el mundo... así es la vida... y por eso ahora nos toca a nosotros: vamos a volar, pajarito...

Cuando llegó el carretero, los perros ladraban: ¡jau... jau...jau!...Ya la madre tenía listos los pocos bártulos y el abuelo empezó a subirlos a la carreta. A Chico Perico le pusieron la ropa nueva que la madre trajo de la capital. El niño reía, hablaba, preguntaba y tenía un gran contento, porque se iba al poblado. La abuela hacía las cosas con seriedad, pero desgánadamente. Cuando ya lo poco que poseía la familia había sido acomodado en la carreta, el abuelo cargó al niño y lo subió.

- Bueno, taco de hombre... adiosito, que te vaya bien...
Subió el chiquillo con su gato Michirre y el verse en la carreta le pareció algo tan fantástico.

- Abuelito- le gritó- esto sí es sabroso.
El carretero puyó a los bueyes, dio vuelta a la carreta y echó a rodar. En el rancho quedaron solamente el abuelo y los perros Cucho y Tigre. La mamá iba sentada en un banquillo. La abuela caminaba detrás de la carreta.

Subieron por las curvas del camino; cruzaron la quebrada azul de los camarones amarillos; pasaron debajo de la fila de árboles musicales. Chico Perico miró la copa del palo de barrigón y le dijo adiós. Los emigrantes se perdieron por la ruta de las mariposas y las sinfonías. A lo lejos aún se oía el chirrear de las ruedas y el viento, cuando avanzaban. Ya cerca del poblado, se anunciaban las bullas del poblado. Chico Perico advirtió que la pobre abuela empezaba, disimuladamente a llorar detrás de la carreta amarga.

De pronto fue como si una flecha helada le hubiera partido el corazón de pajarito, aún sin las suficientes alas para volar, como los pájaros de verdad.

- ¡Ay Mamá! - le dijo Mamatina a la abuela - déjese de llorar...¿acaso nos vamos a morir? Si nosotros, cada vez que podamos, vendremos a visitarte.

A Chico Perico se le cayó la alegría al suelo como una flor rota. La vida no era tan alegre nada, como lo había sentido, y supo que las gentes mayores lloraban cuando las carretas se llevaban a las familias a otros lugares y ciudades, y dejaban el puñado, la pizca, la ceja, la miga de tierra en donde un día nacieron. Y entonces cubrió con las manitas sus ojos y empezó a hacer cucharitas y también comenzó a llorar.

- ¡Vamos negrito!- gritó el carretero- ¡Vamos colorado!...ya llegamos.

- Niño- dijo la madre- ven, querido, bájate. - Le dio un beso, y agregó con temblorosa voz: - “ No llore, mi taco de hombre.”

El carretero empezó a bajar las pocas cosas que del campo traían los emigrantes. La puerta, en lugar de candado tenía una amarra hecha con alambre. La madre abrió y entraron.

- ¡Ju!- Exclamó el muchacho- allá en el techo, mira mama, todo está sucio y lleno de telarañas.

Segunda Parte



14- NIÑO, ÉSE ES SU PAPA.

Chico Perico, varias veces, había acompañado a su abuela, al pueblo, para vender tomates, huevos de gallinas y naranjas. Ya conocía el mercado y la casa de su tía Rosita, la madrina. Sin embargo, esta vez vino en la carreta, con los modestos alijos de su propiedad a buscar fortuna, como pensaba la madre.

El mundo del pueblo no se parecía a lo que pintaba la madre. Era cierto que, en lugar de guarichas tímidas, alumbraban focos fantásticos que llamaban la atención del chico, porque no se apagaban con el viento; pero la vieja ciudad metía miedo, ya que pasaban a todo forro, los autos y las chivas de pasajeros, perseguidos por los perros vagabundos. Y a diferencia del campo, la casa de acá no tenía flores, ni pájaros, ni quebrada para nadar.

- Acá no hay árboles, ni música de árboles, mama... ¿Por qué no regresamos al campo adonde el abuelo?

Al despertar en la mañana, el muchacho se equivocaba, porque iba con los ojos semicerrados a buscar el calor de la abuela en la cocina del ranchito; a ver, en la madrugada los azules tizones, sobre cuyas lenguas de candelas, se cocinaba el oloroso café. El mundo era otro y todo parecía estrecho y miserable.

Un día, al amanecer, observó que en el cuarto de su madre, separado por una cortina del suyo, se levantaba, de la cama, un hombre. ¿Acaso soñaba? Se hizo el dormido y con el rabillo del ojo le escudriñó la cara al extraño. Después, cuando al salir, el hombre tiró la puerta, el muchacho le preguntó a su mamá: -“ Mama, ¿quién es ese hombre?”

- Hijo, ése es su papa.

Para esos días, Chico Perico no había llegado aún a los siete años, o andaba en ellos. Fue cuando vio por primera vez a su padre y no se le borró el rostro de su mente. Al mes de vivir en aquel cuartucho, de las telarañas, la madre decidió cambiarse a otra casa de mejores condiciones, mientras los tíos y el abuelo del campo traían la madera para construir la casa propia, en un terreno que el padre del muchacho había ofrecido. Para salir de su confusión, entre querer regresar al campo y tener que vivir en el pueblo, el muchacho se consolaba con las visitas que hacía a su tía-madrina, porque en su casa

hacían pan, y se hartaba de galletas y él, hasta chupaba los papeles sobre los cuales se colocaban los bizcochuelos para ser horneados. Y bueno, cuando luego de meses, al fin la casa estuvo terminada, Chico Perico se sintió mejor porque al menos, tenía un patio grande, con palos de mango, guayabos; un árbol de guabo de flores blancas, parecidas a los pomos del barrigón y de los pequeños paracaídas vegetales, de allá de su querido campo y un florido y coposo limonero.

El padre de Chico Perico, de vez en cuando, pasaba por la casa. Tal vez dormía allí con su madre y el muchacho no lo advertía o lo dudaba.

En sus nuevas andanzas, cierto día, mientras jugaba con los nuevos amigos, en un abandonado parque, no muy lejos de su casa, lo llamó una señora en forma muy cariñosa.

- Oye muchachito...tú, ven acá. ¿Acaso te llamas Chico?

- Sí, señora- respondió el chiquillo, mientras la miraba de arriba a abajo.

- ¿Tú vivías en el campo?

- Sí, pero ahora vivo acá con mi mama, en una casa nueva, allá, por aquella calle.

- ¿En una casa nueva?

- Sí, señora.

La dama le brindó una fresca vasija con chicha de maíz, llamada chicha loja.

- ¿Por qué está tan fría?- preguntó el muchacho.

- Porque tiene hielo. ¿No habías visto nunca el hielo?

- No.

- Bueno, si vienes por acá, otro día te compraré un raspado de rosa o de limón.

- Mi mama me dijo que mañana me va a comprar un raspado.

A los pocos días de aquella chicha helada, una tarde entró en la casa el hombre que su madre había dicho que era su padre. Sin decir nada tomó a Chico Perico por una mano, sacó la correa del pantalón y le dio cuatro rebencazos. Era la primera azotaina, la única cuera que le habían dado en su vida, y el pobre torturado, como un ternero herido, huyó al fondo del patio a recogerse debajo del árbol de guabo, sin saber por qué el señor lo maltrató en esa forma. Si ese hombre era su padre, “feo cual sapo veranero”, como decía la abuela, ahora lo conocía. Pero además nadie le había advertido que los padres podían pegarle a los hijos.

Muchos días después, ¿quién sabe cómo?...le dijeron a la mamá de Chico Perico lo que

había ocurrido en el parque, en donde el muchacho jugaba con otros niños. Era que la chicha fresca, con hielo, se la había regalado, nada menos, que una de las otras mujeres que su padre tenía en el pueblo. Y de eso se había enterado el señor.

15. EL VENDEDOR DE AREPAS.

El tiempo, al parecer, corría o volaba más en el pueblo que en el campo de la abuela Martina. Pero ahora, con los meses y los años, Chico Perico tenía compañeras en la familia: unas hermanas, muy pequeñas todavía, pero igualmente juguetonas y pizpiretas como él.

- Mama, esas chiquillas, no sirven para nada... son unas dormilonas.

- Lo mismo eras tú ¿o se te ha olvidado?

- Sí, pero menos mal si hubieran sido hombres como yo; pues ellas son unas tontas y no saben hacer nada en la casa.

Cuando tú estabas chiquito, también decías que no eras hombre, sino niño...Ellas también son apenas niñas.

Temprano, como era su costumbre en el campo, Chico Perico ya estaba despierto, al lado de la madre, quien entonces y para redondear las pequeñas entradas, se dedicaba a freír tortillas y arepas dulces, que Chico Perico vendía en la calle. Ya el muchacho sabía lavarse la cara en una palangana y como el rebelde pelo lacio no se le aplanaba fácilmente, la madre aún lo peinaba y él salía, buena mañana, con una batea llena de esponjosas y redondas tortillas de maíz doradas, olorosas, calle arriba, hacia el mercado, en donde la gente acudía a comprar carnes, verduras, arroz, pan y otras cosas. Primero llevaba la encargada tortilla de maíz asada en cazuela, a su tía y madrina Rosita. Y luego empezaba los pregones:

- ¡Tortillas calientes!... ¡Arepas acabadas de hacer-gritaba el muchacho.

- Dame un real, chiquillo.

- ¿De tortilla o de arepa?- contestaba el vendedor.

- ¿Y qué, tienen de distinto?

- Bueno, señor, mi mama dice que la tortilla se hace con masa de maíz y sal, pero

a la arepa se le echa un poquito de raspadura.

- Dame las arepas.

La gente compraba rápidamente las tortillas del muchacho, para combinarlas con chicharrones calientes, que a la orilla del mercado, un viejo freía, todas las mañanas, en una gran paila.

Chico Perico, muy alegre regresaba corriendo a casa. Traía los ocho o diez reales de la venta.

- Plata, mama, toma tu plata.

- ¡Ay!...gracias, mi amor. Ya eres un verdadero hombre, porque traes plata a la casa.

- Sí, pero esas chiquillas haraganas, todavía están dormidas- advirtió Chico Perico.

- Bueno, mi hijo, porque son chiquitas, ya te lo he dicho. Después, al igual que tú, ellas harán su parte.

- Oye mama, dice el hombre de las cometas que mañana le mandes una tortilla, pero asada y grande, de a cuatro reales, ¿oíste?

- A esa hora, de lejos sonaba la campana de la escuela. El muchacho tomaba su bolsa y corría, con los otros compañeros, jugando entre pasajes y callejones, pero sin perder el rumbo de la escuela. Un lunes, la maestra lo llamó delante de sus compañeros, para que asistiera, en nombre del salón, al saludo de la bandera. Mientras la bandera roja, azul y blanca era izada, al son del himno nacional, él y otros niños de notas sobresalientes saludaban como soldados de la patria. Así lucía Chico Perico: con la mano firme, sobre la frente ancha, el pelo lacio, los ojos achinados, el cuerpo delgado y bien firme, junto a todos los alumnos y maestros de la escuela. El no entendía realmente el tamaño del honor que recibía.

- Pero, maestra- exclamó la directora de la escuela- ¿por qué, viene esta criatura, al saludo de la bandera, sin zapatos? Oye niño- le dijo a Chico Perico- ¿tu padre no puede comprarte un par de calzados?

El niño bajó tímidamente la cabeza y no respondió... A la madre no le alcanzaba el dinero para zapatos, pero aunque los tuviera Chico Perico prefería andar, como era su costumbre, con el pie en el suelo, tal como vino al mundo, allá en el campo, cuando correteaba delante de sus perros y saltaba alambres huyéndole a los toros, o al subir

sobre las ramas más altas de los árboles, para recoger caimitos maduros, guayabas rosadas, o mamones boborés, los que tenían dos pepitas en cada fruta, y demostrar así que era muy guapo en todo. El muchacho deseaba andar con las plantas marcando el suelo, en el barro, a la carrera, para ganar las canchas a sus amigos; ser más hábil en el juego de trepar muros, al salir huyendo del viejo, en cuyo patio los chicos robaban cerezas maduras y mangostines verdes. Chico Perico quería sus pies ágiles, como alas, para volar, atravesar las cercas y no dejarse agarrar y huir de los policías, cuando fuera necesario, ya que por las noches, en el pueblo, los guardias perseguían a las galladas de muchachos callejeros.

- Mama, es mejor andar con la pata en el suelo, para jugar la lleva, el compañerito pío pío, y para trepar los caballos del llano y correr hasta el fin de la bolita del mundo.

- Pero te voy a comprar unas alpargatas- le dijo la mama aquel lunes de la bandera, cuando supo que su taco de hombre ya había demostrado que no iba a ser un pobre burro.

16. EL LORO VERDE.

En la casa de la señora que planchaba ropa, colgado en su jaula o mordiendo la estaca sobre la cual jugaba había un loro hablantín. Todos los días que Chico Perico pasaba hacia la escuela oía al loro verde, de copete amarillo, el cual gritaba palabras sumamente obscenas y cantaba coplas de tamboritos.

Chico Perico acostumbró al loro a comer pequeñas pelotas de masa, de la que su madre usaba para las tortillas y las arepas. Preparaba el muchacho una o dos bolitas de masa de maíz con sal y miel, y muy socarronamente le decía al pájaro: - Canta “panameño, panameño, panameño vida mía”...a ver..lorito real, “para España no...para Portugal”. Oye, loro pendejito... di carajo, marica...si no, hoy no hay masa rica...¡Vamos!

A veces el loro respondía , pero también se hacía de rogar.

- Pues me voy- amenazaba el muchacho- y hoy te morirás de hambre, porque no te doy masita. ¡hum!...Está bien sabrosa. ¿Por qué no te cantas el tamborito que dice: “adentro y afuera... adentro es que tiran balas?” ...Entonces el loro respondió: “Adentro y afuera, adentro es que tiran balas... ¡ajá!” ...

Y Chico Perico le regalaba las pelotitas de sal y miel. Pero estos cariños y halagos entre el loro y Chico Perico terminaron, porque un día, el chiquillo le hizo una mala jugada al loro. Con picardía inventó darle, en lugar de la masa con sal y miel, una bolita de masa de jabón de barra. El loro, la agarró con su corvo y duro pico y la tragó.- ¡uf!- Al sentir aquella amargura resbalosa, se limpió el pico, miró al muchacho con sus ojos amarillos, llenos de odio y le improvisó esta tonada:

“-Chico Perico
mató a su mujer,
la hizo chorizo
y la puso a vender...”

Y desde entonces, los muchachos le dijeron al vendedor de tortillas y de arepas: “Chico Perico” .

17. EL PÁJARO SANGRETORO Y LA ESMERALDA.

Aunque ya Chico Perico tenía cierto tiempo en el pueblo, llevaba el monte con sus árboles, pájaros y mariposas por dentro de su alma. Muy de mañana, los domingos estaba listo, luego de la venta de tortillas y de arepas, con su biombo-honda de caucho- la chácara llena de piedras redondas y nada más.

- Mama, me voy a pajarear...
- ¿Cómo es la cosa? ¿Pides permiso o me das una orden?
- No, digo que deseo ir a pajarear, si tú me dejas.
- ¿Y a dónde vas?
- Un poquito más allá del matadero.
- Bueno, puedes ir, y cuídate de las culebras.

Pero la madre estaba enterada de que el muchacho conocía bien el mundo del

monte y no temía a las culebras, ni a las arañas peludas, aunque sí le tenía miedo a los duendes. Él sabía ya a dónde ir por esos rumbos. Bajo el diverso y múltiple verdor y brillante arboladura de un árbol de higo se escuchaba toda clase de cantos de pájaros. El higo maduraba sus pequeñas, rojas y dulces frutas. Más adelante, de un palo de guayabo levantó el vuelo un pájaro sangretoro. El muchacho le siguió el giro. Era como el vuelo de una rosa púrpura, tenía el pico blanco y al detenerse en una rama, movía de un lado a otro la cabeza, para llamar al resto de la parvada, la cual, en coro repetía el canto. Tras de ese piteo, ya el muchacho cazador y pajarista, sabía que los pájaros levantarían el vuelo y...adiós. Apuntó con su biombo, brevemente, y ¡zas!... disparó el proyectil, una piedra redonda y amarilla. Ya el sangretoro había iniciado el vuelo y la bala pasó rozando sobre las alas bermejas. Se le escapaba el pájaro rojo al cazador.

Entre los muchachos era prueba de ser un buen pajarero y cazador el acertado escogimiento de las mejores piedras, para la cacería: redondas, no muy livianas, ni grandes, ni chicas. Piedras rojas, amarillas, veteadas, negras, pero que cupieran en el cuero de la honda, para los disparos efectivos.

Sucedió que una vez Chico Perico, con su chácara de piedras pasó por la casa en donde vivía un viejo, de piel oscura y de blanca cabellera, quien trabajó en las minas de Cocuyo, por lo cual había aprendido muchas cosas de mineros y de geólogos canadienses, quienes eran los propietarios de aquellas minas de oro y otros minerales.

- ¿Qué llevas hoy en esa bolsa, muchachito? -preguntó el anciano.

- Piedras para pajarear, señor. Son buenísimas.

- Déjame verlas, yo sé algo de esto. Vamos a examinar si en verdad eres un experto cazador de pájaros. ¡Ah!, no está tan mal, niño- agregó el minero al repasar los proyectiles- Oye, ¿en dónde conseguiste esta piedra verduzca?

- Allá, por el salitre y a la orilla del río.

- ¡Ajá!...mira, ésta es una piedra de cuarzo- dijo el anciano- a veces en el cuarzo está el oro; la otra casi chocolate es una ágata... ¿pero la verde?

- Sí, señor... parece verde de botella. ¿Verdad?

- ¿Sabes, pelado?... tal vez sea una esmeralda, todavía en bruto, o sea, sin pulir.

- ¿Una esmeralda? ¿Qué, es eso? Yo conozco una niña del salón mío que se llama Esmeralda.

-Las mujeres tienen sortijas y aretes de esmeralda, es una piedra muy preciosa,

vale mucha plata. ¿Cómo se te ocurre pajarear con esmeraldas? Tómala, pero todavía no es una esmeralda cabal, apenas es una piedra.

Chico Perico le contó a su mamá la historia de la esmeralda.

- Niño, ese viejo minero es muy fantasioso.

- Pero él me dijo que era una esmeralda y que sabía mucho de todas las piedras, porque es colombiano, y antes estuvo en su país, en el trabajo de buscar esmeraldas.

- Está bien, guarda tu esmeralda- dijo la madre.

Chico Perico contó el asunto a sus compañeros de clase y desde luego, nadie le creyó, porque la maestra dijo que estas tierras no podían producir esmeraldas. Él mostraba la piedra a sus amigos y la llevaba todos los días en sus clases y en los ratos de recreos y de juego.

- ¿Quieres decir- le cuestionó un compañero- que eres rico, porque tienes una esmeralda?

- No, yo sólo la quiero para mi biombo. ¿Sabes? La guardo para el día en que vuelva a encontrar otro sangretoro, o algún pájaro azul que nadie ha visto.

Las clases terminaron y Chico Perico pasó a segundo grado con el primer puesto. Ahora vendrían las vacaciones y podría regresar al campo a ver a sus abuelos y pajarear de lo lindo. Y ese deseo fue bien cumplido. En el campo, ahora era él, quien en las noches, contaba cuentos de todo lo que había visto en la vida del pueblo, y le añadía sus mentiras. Durante el día recorría los sitios conocidos: la quebrada de los camarones, la loma de las brujas y del sol, el potrero vecino y ajeno, de los toros bravos y sobre todo, se echaba en las frescas lajas, por donde transcurría el arroyuelo, y en el lugar en que la maestra de el ciruelito le enseñó a contar con una totuma de granos de maíz y de pronto, volvía a escuchar las canciones de los árboles.

Cuando regresó de las vacaciones contó muchas cosas a su madre y a las hermanas, las que tampoco creyeron que en realidad Chico Perico oyera músicas de los árboles.

Pero lo más interesante fue la extraordinaria cuestión del sangretoro y la esmeralda.

- Oigan esto... oigan esto...ven acá mamá- llamó la atención Chico Perico una noche, antes de acostarse- ¿Recuerdan mi piedra de esmeralda?

- Ya viene con el mismo cuento-dijo su hermana, la Ñata.

- Está bien, si quieres, tápate las orejas. Pues iba yo por el caminito de la loma, ¿te acuerdas, mama?

- Sí, hijo.

- Bueno iba yo y, izas!.. me pasó por encima de la cabeza un pájaro sangretoro macho, de color rojo púrpura y pico blanco.... “ ¡ buena esa!”- me dije...era el que yo andaba buscando para mi piedra de esmeralda.- “Esta vez no te vas a reír de mi”- El pájaro se detuvo en la rama de un pequeño árbol. Me le fui acercando, sin ruido, como una gato y le solté el tiro. ¡púcutu! Le pegué en el pecho. ¿Pero saben qué sucedió? El pájaro tomó la piedra con el pico, vino muy cerca de mi; se posó en una rama que me rozaba la cabeza y me dijo: -“ toma tu piedra de esmeralda, muchachillo maluco”.- Y cuando expresó eso, me echó la piedra en la mano y voló rápidamente como una flecha roja. ¿Y saben qué me agregó el sangretoro?

- ¿Qué?...so embustero- respondió la hermana.

- Pues el pájaro me dijo:- “chiquillo, guarda esa esmeralda...con ella, cuando seas grande, conseguirás una bella esposa...- y empezó a cantar y a reírse... ¡ja... ja...ja...!

- ¡Jo!...Chico , tú si eres bien mentiroso- dijo la Ñata.

- ¿Verdad, mama, que eso es la pura verdad?

- Sí hijo, pero vete a dormir.

- Viste, Mamatina- respondió la niña Telita- por eso es que Chico es tan mentiroso, porque tú misma lo apoyas.

- Ya dije, duérmanse y sueñen con pajaritos de colores y piedras de esmeraldas.

18. LOS CABALLOS DEL LLANO DE LAS BATATILLAS.

Al norte, el poblado se extendía, por un llano largo, que terminaba, a lo lejos, en un lugar denominado Cantollano. Sobre la grama verde, aquí y allá, crecían las batatillas, plantas rastreras que florecen hermosas campanillas moradas. Los señores más viejos contaban que en ese sitio, en tiempos muy viejos, allá por 1868, ocurrió una terrible guerra en donde muchos hombres se mataron y aún quedaban por allá, rastros

de lo que fueron las trincheras. Fue la Guerra del Llano, en los tiempos de Colombia, cuando Panamá era un departamento de aquel país. Y se comentaba, muchos años después, que en las noches lluviosas... ¡huy!.. salía la luz del llano. Era, nada menos que el fulgor de las almas fluorescentes, del fuego fatuo de tantos muertos.

Pero el llano de las batatillas lilas, además era el sitio en el cual los animales sin dueños, sobre todo, caballos y algunas vacas, pastaban por la libre. Y el gusto de la chiquillería era fugarse a la llanada, para corretear los caballos que merodeaban con absoluta libertad. Allí iba Chico Perico con sus camaradas de juego a ver quién era el jinete más hábil. Agarrar un potro por la crin, o enlazarlo con sogas hechas de los bejucos de batatillas y montarlo en pelo, ésa sí era la verdadera gracia.

Había caballos viejos, abandonados; yeguas paridas con sus potrillos, una que otra mula jubilada y potros jóvenes, sin amansar.

Los chiquillos hacían sus apuestas: ir a todo galope, de la boca del llano, hasta la lomita, en donde se encampanaban las cometas, a ver quién llegaba primero. A carrera limpia, taloneando y azuzando a las bestias con látigos de ramas de calabazo o de chumico.

- Yo me apeo de este caballo, no sirve para nada.

- Es que debe tener gabarro... ¡ja... ja!

- No, es que está capado y maltrecho. Voy a enlazar a mi potro negro que monté, en estos días. Míralo allá.

Tal eran las conversaciones de los caballistas improvisados y en esto los cogía el tiempo del sol amarillo, rojo o negro, cuando se derrumbaba en el ocaso trasparente del verano, con una o dos nubes

- ¿Tú sabes?- comentaba Chico Perico- cuando me echo sobre el llano, patas arriba, y veo el cielo así, me parece que es el mismo mar.

- ¿Oye, y tú has ido al mar? le preguntó el compañero.

- No, pero mi abuela me ha dicho cosas del mar. Y dizque hay caballitos de mar, pero también peces como del tamaño de una iglesia...

- ¡Ajó!... ¡Qué abuela más embustera!

Los jinetes, envueltos en lampos de luz del crepúsculo llanero, después de las carreras, se solazaban ahora como poetas de la tarde, sobre la pequeña altura de izar las cometas y echaban cuentos e inventaban las fantasías más increíbles. Entonces se

prendía el mundo rojo, justamente a las seis y treinta minutos del verano, sobre la tropilla de caballos colorados, blancos, rosillos, bayos, azules, grises, negros y manchados. Los animales, entre uno que otro relincho, seguían lentamente a toparse con las ráfagas de la noche. En las penumbras y fognazos morigerantes del desaparecido sol, se escuchaba el lejano campanario, y el eco del batir de alas de las palomas torcazas y pericos que se dirigían tardíamente, aunque con toda precisión, a sus viviendas.

Era el momento en que los bandidos y vaqueros del llano de las batatillas, los ladrones de caballos regresaban a sus casas, antes de que se les ocurriera a los muertos de la guerra salir con su espantosa luz del llano.

Chico Perico, con la camisa rota, amarrada a la cintura, con el pecho desnudo entraba por la puerta del patio, para que la madre no lo descubriera y a hurtadillas, buscaba otra camisa para asaltar el lomo de su catre.

- ¡Jum!- runruneaba la madre- ya sé por donde andabas... hiedes a caballo.

- Yo soy un caballito.

- Claro, ya lo sabía. Anda a lavarte esa máscara caricha que traes en lugar de cara... y aplánate el desordenado pelo de puerco espín, antes de echarte en la cama...muchachillo salvaje.

- Por gusto, mama, ya me dormí, yo soy un caballito... un potrillo del llano, hijo de la yegua caballa... caballito, caballero, tu caballero, mama, se te durmió... mira como relincho: iji...ji...ji...ji..ji!...

El soñador iba corriendo en su caballo veloz; el potro era negro, de crin dorada, de ojos verdes, cascos de oro y llevaba en la formidable nuca, una corona de flores campánulas, de batatilla. Detrás venían sus compañeros.

- A que te alcanzo, Chico Perico...

- A que no... gallinita.

- Vamos, caballo azul, como el relámpago. Vamos ¡ea!...rápido a patearle el buche a Chico Perico...

- Jala, potro negro, como el mismo rayo... ¡huy!

- A que te alcanzo, Chico Perico...

- A que no, bocón...

Y cuando ya el caballo azul, lo alcanzaba, Chico Perico gritó a su potro: -“Vamos negro,

ivuela!” Al potro de la crin dorada le salieron poderosas alas de plumas rojas, de puro fuego y empezó a volar y a volar, y a volar, sobre las distancias serenas y de un tono celeste-dorado, de la infinitud planetaria.

Después Chico Perico, sin embargo, alcanzó, la luna, la que reía a carcajadas. A la luna también le habían salido alas. Pero abajo, lejos, lejos, lejísimo... como un mojoncito apenado venía su pobre compañerito pío pío, en su caballo azul, y casi desteñido por la derrota.

19. ¡COGE EL PANDERO... QUE SE TE VA!...

Era tiempo de verano; en el norte, de la cordillera quebrada y azul soplaban los vientos alisios.

Un día Chico Perico regresaba de vender las tortillas pasó por el taller del hombre que hacía maravillosas cometas.

- Buenos días, maestro- saludó el niño.

- Buenos días, niño, bien educado- contestó el señor, que sajava por la mitad los virotos o birulíes, de las flores de caña, con sus artesanas manos, para formar la armazón de aquel juguete de aire y color, lleno de fantasías que los muchachos llamaban cometa.

El maestro cometero tenía en su cuarto rollos de papeles finos, de los que las señoras usaban para envolver los dulces llamados huevitos de leche. Papeles blancos, rojos, verdes, azules, amarillos...

- Mira muchacho, el secreto de una buena cometa está en los tirantes. Tienes que medirlos muy bien, pues si un tirante queda más largo que otro, la cometa se ladea y no se mantiene arriba, sino que anda como vaca loca.

- ¿Y el runrún maestro- ¡Ah! bueno, el runrún es importante, para que la cometa hable con el viento y tenga una buena tonada, sepa cantar bien fino. Allá en las nubes todas las cometas cantan, si tiene un fino runrún.

- Bien, maestro, yo quiero que me haga una cometa linda, con papeles rojos y negros, dos estrellas amarillas y que tenga un runrún bien clase, para que cante como

los árboles de mi campo.

- Perfecto, niño, ¿pero de qué árboles cantores hablas tú?

- ¿No sabe usted, señor, que los árboles tienen música?

- ¡Ah!...Claro...sí, los árboles cantan...Yo tenía una palma muy alta que tenía una música como de violín...Pero ¿sabrás?...un rayó la mató...Bueno, hijo, así será, pero este viejo tiene que comer, y comprar goma y papeles...¿acaso tienes algún dinerito?

- Sí, maestro- respondió el chico mientras sonaba el menudo que traía en el bolsillo- yo le pedí, a mi madre platita de la venta de las tortillas.

- Eso es, así se hace; eres un hombre honrado y de trabajo, no como otros pelados que se la pasan jugando y vienen aquí de pedigüños, a que les haga cometas, de gratis... Hoy mismo confecciono esa cometa.

Chico Perico soñaba con aquella cometa, para elevarla al cielo, con una carretilla de hilo de doscientas yardas. Pensaba hablar con el hijo del secretario del juez municipal, para cambiarle un biombo, por una cinta usada de máquina de escribir. Así con un rabo tal, la cometa era lo máximo.- “Una cometa con cinta azul y roja, de máquina de escribir... ¡para qué, les cuento! Allá arriba, ágil y bella, moviéndose como una culebra de aire transparente y cantarina, nadie me gana.”

Del mágico taller del cometero, esa mañana salió Chico Perico, con sus bolsillos llenos de reales y de ilusiones, para su casa.

- Mama, quiero que me compres una cometa.

- ¿Cuánto vale esa cometa?

- Nada más, dos reales, pero tienes que darme también, para la carrucha de hilo número dos. Son cuatro reales.

La madre recibió el dinero del vendedor de tortillas y le dio, esa mañana, como todos los días, un beso en la frente.

En la tarde soleada y fresca, por el viento del norte, aquel día sábado, el niño se vistió de limpio. La madre le pasó el peine con el fin de bajarle las mechas pardas del pelo lacio, le pasó la mano por la frente y le dijo:-“ eres tan frentón y feo...”- Y así vestido, como un pequeño dios del barrio corrió velozmente hacia el viejo taller del maestro cometero y empezó a repasar las cometas que colgaban de un hilo.

- ¿Esta es la mía?...¿verdad maestro?

- Sí, la misma. ¿Te gusta?

- Es lindísima...tome los dos reales.

- Cuidala y no le pongas cuchillas de vidrio, porque se te puede caer, es muy liviana y no vale la pena pelearla con los otros muchachos más grandes que tú.

Con su trofeo en la mano buscó a sus compañeros y se fueron a la loma del llano de las batatillas a encampanar las cometas. El viento era bueno, venía de las azules serranías del norte. Rico viento cometero del mes de diciembre, de enero y de febrero. De repente... izas!...subió la cometa de Chico Perico.

- ¡Miren mi culebrita de aire!- gritó alborozado.

El cielo empezó a llenarse de cometas de todos los colores y tamaños. Al mismo tiempo, jóvenes mayores levantaron un pandero enorme, como de dos metros.

- ¿Sabes? Le dijo Chico Perico, a su compañero, el señor de las cometas, me dijo que cuando él era chiquillo, con su gallada hicieron un tremendo pandero, más grande que una carreta.

- Ajó!

Y cuando lo encampanaron, vino un viento más fuerte que un huracán y se llevó a los muchachos que jalaban la soga con la cual arreaban al pandero. Oye, y tú sabes el pandero subió y subió, con la piña de chiquillos, más alto que las nubes.

- ¡No!...

- Y entonces, dice el señor cometero, que la gente mayor del pueblo salió a buscar a los muchachos, por si acaso, el pandero había caído más allá de los montes y los campos ¿Y sabes?

- ¿Qué?

Después de algunos meses, al fin, los exploradores, hallaron a los muchachos. ¿Y sabes?

- ¿Qué cosa?

- Estaban en una isla, en el mar.

- No puede ser, ese cometero es un mentiroso.

- Los chiquillos dijeron, que el pandero había caído en el mar, sobre las olas.

- ¿Y no se ahogaron?

- No. Porque en eso llegó una gallada de bufeos...

- ¿Bufeos?...¿Qué es eso?

- Me dijo el cometero que dizque son peces salvavidas, y también les llaman

delfines.

- ¿Y entonces?

- Entonces los bufeos llevaron a los náufragos a esa isla.

- ¡Vaya, tremendo cuento de tu cometero!

- Mi mama dice que el señor es una persona muy seria... ¡Oíste?

Y diciendo esto el pandero que ya movía su rabo, en el aire, como un dragón, rompió la cuerda y ¡Ay!...se fue.

- ¡Oigan... muchachos!... ¡se fue el pandero!...¡se fue el pandero!.. Gritaron las voces de la chiquillería.

Allá iba tambaleándose, como borracho, sobre las palmeras y los mangos, el gran pandero, la más grande cometa que Chico Perico había visto en su vida.

Y entonces, la voz lejana de un viejo y alto árbol de corotú empezó a cantar:

“Coge el pandero
que se te va...
que se te va
y no vuelve más”...

Los chiquillos, además de correr las cometas, de echarlas de un lado a otro, y manejar las cuerdas, competían en altura, en el runruneo y a veces ataban filosos y finos tejos de vidrio a las colas de las cometas, para cortarles los hilos a las otras. Era el combate entre los muchachos más avispados.

Así en la sobretarde de las cometas, bajo el crepúsculo de rojos desvaídos y en el llano de las moradas batatillas se oía una verdadera sinfonía de runrunes como violines, clarinetes, contrabajos, violas, oboes y gritos de niños escolares. A veces, en el horizonte desaparecían ladridos de perros, hasta las horas tardías, cuando de pronto, sin darse cuenta la chiquillería percibía la mancha de la noche que venía con pedacitos de estrellas y cuernos de la luna creciente.

- Ese muchacho grandote, ¿oíste, mama?- comentaba a la hora de dormir, Chico Perico- ese que vive allí donde la señora que plancha, deja su cometa de noche, amarrada de un árbol y óyela: runrún... runrún... ¡cómo se queja la pobrecita!

Toda la noche arriba del rocío, esa cometa gemía, cual una lejana barcarola de Chaikovsky. Y Chico Perico oyéndola, casi agarrando las mechas del sueño, medio que

garrapateaba imaginaciones de cometas, de llano inacabables, de crepúsculos y panderos que se iban... y se iban...y se iban....hasta las barbas del mundo, de su mundillo, bajo cuyo infinito techo azul de cobalto, azul ultramarino, azulenco, azulado, azuloso, azulino, azulito y casi negro, el muchacho encantado por la barcarola, al fin se derrumbó sobre la suave almohada.

20. LA FIESTA DE TOROS.

Le encantaba a Chico Perico la hora de dar dibujo en su salón, porque entonces garrapateaba en los papeles y le metía todos los colores posibles con lápices de cera: que si árboles azules y musicales, caballos lilas, caimitos dorados, verdes espaveces, pájaros multicolores, duendes y diablos. El muchacho hacía hermosos retratos de su madre, con los ojos grandes y claros.

Cierta vez, cuando pasaron las fiestas patronales, la maestra, en la clase de dibujo, pidió a los niños que dibujaran algo relacionado con las fiestas, pues había un concurso y los mejores trabajos ganarían premios.

- ¿Qué, pinto maestra?

- Lo que más te gustó de las fiesta.

- ¿Los toros, maestra? - preguntó un alumno.

- ¿Los diabolicos, maestra?- preguntó otro.

- Yo no sé, pero el tema es la fiesta patronal; hagan lo que quieran y vamos a trabajar.

Chico Perico, a grandes trazos diseñó la barrera de la fiesta de toros, del tamaño de la página. Era una especie de vista aérea, tomada desde algún helicóptero. Y después concretó los detalles: las varas de la barrera yacían derribadas en el suelo y hacían un círculo. Luego, agregó el gentío que observaba el espectáculo, igualmente acostado sobre los palotes de la barrera. Asimismo lucían toros y toreros, tendidos sobre la arena. En los palcos, el cura, el alcalde, la murga y demás funcionarios pueblerinos. Afuera de la barrera, en un pequeño rincón del papel dibujó la vara ensebada, y los muchachos que subían la pértiga, para ganar premios. Aparecían toros y vacas, al salir

del torín; los jinetes en sus caballos, los diablicos que perseguían a los chiquillos y hasta los policías ocupados con los borrachos que rempujaban a la gente para meterse en la barrera, a torear las vacas bravas.

Concluido el dibujo, el pequeño Picasso lo entregó a la maestra.

- Niño - opinó la maestra- pero tú has dibujado los palos de la barrera, las gentes y los toreros, todos acostados en la tierra...

- Bueno, maestra, así era ¿no?

Pese a los criterios de la maestra el dibujo titulado: “la fiesta de toros” y firmado por Chico Perico, del segundo grado “B”, ganó el primer premio y la obra fue exhibida en un tablero de la escuela. El pintor recibió como premio una pequeña caja de lápices de colores. La madre del alumno fue invitada a la entrega de los premios, aunque no asistió al acto, apenada porque todavía no había podido comprarle los zapatos al muchacho.

21. EL CIRCO MEXICANO Y JUAN EL MATAGATOS.

De madrugada, en el viejo mercado, señores comentaban cosas.

- Sabe, Don Bonifacio...este pueblo me está hediendo a tigre de Siberia, o de Bengala...¿No le parece?

- Pues, señor alcalde, a mi me huele a león africano.

Era que en la alta noche cuando la chiquillería dormía profundamente, había llegado al poblado un famoso circo mexicano. Temprano, gente afuereña, levantaba una gran carpa en el centro de la placita. Un enorme letrero anunciaba: “ El Atayde, Gran Circo Mexicano”; con letras medianas aparecía lo siguiente: “Vean los tigres y leones asesinos, que tratarán de comerse a la famosa domadora francesa, de fieras salvajes, madamoiselle Lili Pin; aprecien al Maharajá de la India y sus elefantes bailadores, la sierpe de siete cabezas, los monos saltimbanquis. No se pierdan las increíbles hazañas del hombre come- candela, la gringa que camina sin cabeza, los maromeros chinos, los extraordinarios payasos mexicanos, y el famosísimo charro “el Güero”, que canta rancheras mejor que Tito Guizar. Adultos, 5 pesos; niños, un peso.”

A las cinco de la tarde, salió el desfile del circo, precedido de bombos y platillos.

Un reguero de chiquillos, aparecía por todas las esquinas. En el segundo paso del desfile iba una mujer pelirroja, vestida con telas de colores encendidos y llenas de lentejuelas. Detrás, muchachas semidesnudas, saltaban y hacían volteretas; finalmente marchaban los animales: Caballos, jirafas de largos pescuezos... En una jaula gruñía un león, y posteriormente se bamboleaban dos elefantes; uno cojeaba y de vez en cuando se detenía, para descansar.

De pronto, en medio de la turbamulta excitada, Chico Perico oyó una voz que gritaba, desde la acera:

- ¡Criminales, están matando de hambre a esos pobres animales!

Era el maestro Bonifacio. La gente no le hizo caso. Adelante siguió la fiesta del circo.

- Viste, Rambau, esos leones están flaquísimos, parecen perros viejos.

- Claro, de seguro que tienen días de no comer. ¿Y qué comerán?

Un señor de rostro acholado y que parecía extranjero comentó:

- ¿Qué comen? Pos igual que la gente...comen carne. Carne de caballo, de perro de gato...parece que a los leones les encanta los gatos.

- Y ¿por qué usted dice eso?

- Porque yo lo sé. ¿No tienen ustedes en sus casas, cualquier animalito, como decir, un perro viejo o un gato musicato? Pos me los traen, y según el tamaño y el peso, eso no más, yo les consigo un boleto para entrar a la gran función.

- Y usted, señor ¿quién es...el dueño del circo?

- No, hijito, yo soy el mero Juan el Matagatos...Así que me traen esos gatitos, o me los como a ustedes... ¡Huuuyy!...

Los muchachos arrancaron a huir por un estrecho callejón del poblado. Horas después ya de noche regresaron, temerosos, a la carpa. Buscaban algún agujero para sapear la pelea de los leones con la domadora o cualquier otro número. Sin embargo, cuando ya esperaban ver algo apareció un policía que les dijo:- “Si quieren ver los leones, so bribones, tienen que pagar. ¡Lárguense o los llevo presos!”

Al día siguiente cada quien tenía noticias del circo. Las buenas, bonitas y las malas. Y la mala era que Juan el Matagatos andaba muy disgustado, porque escaseaban los perros y los gatos, y por eso los animalillos domésticos del poblado corrían mucho peligro.

Chico Perico estaba descontento, porque, a falta de dinero, no había podido ir al circo y por otro lado sentía temor de que, en cualquier momento, se apareciera el terrible Juan el Matagatos a llevarse a Michirri, su gato, para echárselo a los hambrientos y flacos leones.

Y esto último ocurrió. Por la callejuela donde vivía Chico Perico, detrás de un hombre que avanzaba a grandes pasos, mientras buscaba, con la mirada, aquí y allá, venía gritando una turba de chiquillos: -“¡Fuera Matagatos...fuera!”

En ese momento Chico Perico estaba en el patio; Michirri jugaba con una pelota en el portal. Juan el Matagatos, al descubrirlo, intentó atraparlo, pero no pudo y Michirri huyó y luego trepó velozmente al árbol de marañón. El Matagatos con una vara que tenía un lazo trataba de cazar al gatito. En eso salió Chico Perico, al percatarse del peligro que corría su gato allá en el árbol, corrió, subió al árbol y lo tomó en sus brazos. Los chiquillos seguían la gritería: -“¡Fuera de aquí Matagatos!” Pero entonces los muchachos emprendieron la batalla a las pedradas y el malo de Juan el Matagatos se dio por vencido y desapareció del lugar. Entonces Chico Perico bajó del árbol protector con su gato. Y la multitud de compañeros enardecidos por su triunfo gritaron otra consigna:

- ¡Viva Chico Perico!...¡Viva el gato Michirri!

22. EL DÍA MÁS DESGRACIADO.

Cada nuevo día, Chico Perico, luego de vender las tortillas y entregar a su mamá el dinero, apurado buscaba la bolsa para dirigirse a la escuela. La madre volvía a peinarle los hirsutos cabellos, le daba un beso y el chico echaba a correr, para alcanzar a sus compinches de salón. Ahora estaba en segundo grado; sabía leer y escribir y había ocupado el primer puesto el año anterior.

Pero ahora en la casa ocurría algo extraño que dañaba la alegría escolar de Chico Perico.

Una tarde llegaron los hermanos de su madre y se encerraron con ella en un cuarto, para conversar algo. Luego de una larga entrevista, los tíos se fueron. Ese mismo

día la madre fue a visitar a su hermana, Rosita, la madrina de Chico Perico.

- Sabes, Ñata - dijo Chico Perico a su hermana- yo creo que mama estaba llorando.

- ¿Qué dirían los tíos?- Preguntó Telita, la otra hermana. ¿Será algo malo.?

- Sí, dijo Lola- mamá estaba llorando.

La madre quería ocultar sus enrojecidos ojos a los hijos, pero desde esa tarde ella no tenía gusto para tararear las coplas de los viejos tamboritos como lo hacía siempre, ni parecía vivir, ahora, con ningún asomo de alegría. Aunque los chiquillos le preguntaban, ella trataba de fingir y ocultar la verdad que le había pinchado el corazón con una mala noticia.

Un día, Chico Perico halló ropa nueva en la mesa del cuarto: pantalones y camisas.

Mama- preguntó- ¿esa ropa es para mí? ¿ La compraste tú?

- Es para ti, pero yo no la compré, te la mandan de donde tu hermano. El quiere que te vayas a vivir allá.

- ¿Yo?

- Sí, hijo.

- ¿Y las chiquillas? ¿Y tú también te irías conmigo, para esa casa donde vive mi hermano?

- Ni ellas ni yo, niño. Es que tú eres hombrecito, como tu hermano, y ellas son mujercitas. Tu hermano dice que desea un compañero para que lo ayude a jugar. El vive solito, con las tías.

- ¿Y por qué vive solito?

- Porque allá no tiene otro hermano como tú.

- ¿Y por qué es hermano mío?

- Porque yo lo parí y es también hijo de tu padre. Él fue el primogénito.

- ¿Primogénito? ¿Así se llama?

- No, primogénito es porque nació primero que tú.

- Entonces yo le voy a poner el nombre de Primogénito, es una palabra bonita.

- Pero si yo me voy ¿vendreé acá a verte todos los días?

La pregunta quedó sin respuesta definitiva. La madre le vio vueltas al asunto, pero otro día, en que el chico volvió con el mismo asunto, ella hizo de tripas corazón y le contó al

muchacho algo que él desconocía.

Ellos, junto con las niñas, eran hijos del mismo padre. Pero su madre, una muchacha hermosa, cantalante de tambor, trabajadora, al igual que otras mujeres del campo, sólo era dueña de sus hijos, y la vida era muy insegura.

- Mira niño, tu padre es un señor fuerte y nosotras las mujeres pobres, mijito, nunca podíamos ganarle a un poblano y nos dejábamos enredar...El llegaba y se iba; traía unos regalos y no volvía más; hacía promesas y yo las creía. Tu hermano te lleva dos años, en ese tiempo tu padre iba y venía...La verdad, hijo, es que fui muy tonta...¿Pero qué íbamos a hacer entonces?

~~Así la madre se atrevió a contar los detalles acerca del misterioso hermano.~~

- Tú no conoces al primogénito, tu hermano todavía, porque a él se lo llevaron del campo, a unos pocos meses de nacido. Y no fue que yo lo regalé, sino que no pude hacer otra cosa...

Ocurrió que un día, en su caballo, se apareció el hombre al campo y sin bajarse de la silla dijo que venía a llevarse al niño. Según él, “no podía dejar a su primer hijo varón en una choza, junto a puercos, perros y gatos...” -“Y entonces- contestó el abuelo- ¿por qué no se casa usted con mi hija? ¿Acaso ella era buena para hacerle un hijo, pero no para esposa legítima?” - Pero el hombre contestó que eso no podía ser. El padre seguía montado en su caballo; el abuelo afuera del rancho, frente a él; la madre, dentro de la cocina, apretaba al hijo contra su pecho, como la gata a su gatito, como la perra a su cachorro, como la gallina a sus pollitos, cuando aparece un gavilán... Y la decisión de no entregar a su hijo era tan fuerte, que el poblano optó por retirarse, pero dijo: - “Me voy ahora, mas si tú no me llevas el niño, otro día volveré, y entonces sí...”

Y el hombre volvió, y esta vez, acompañado por un señor quien dijo ser autoridad de esos asuntos, y además vino un policía armado; los tres en sendos caballos. El padre, aún sin bajarse del caballo expresó con mucha arrogancia :- “Como te dije, vine a buscar a mi hijo. Para que sepas, yo me comprometo, ante estas autoridades, a traerlo cada quince días”.

- ¿Y quién cuidará a esa criatura por allá, si apenas acaba de nacer? -preguntó la madre.

- Eso no es problema, aquí los señores saben que en el pueblo sobran manos para eso. Sus tías lo adoran, todavía sin conocerlo y se mueren de ganas de atenderlo y

darle, incluso lo que tú no puedes ofrecerle por acá. Nada malo le pasará bajo el cuidado de aquellas tías, pues vivirá como un rey y no como lo tienes aquí en esa chinchorra, pues ni siquiera tienes una cuna.

-Los hombres responsables -contestó la Mamatina- le dan las cunas a sus hijos.

Si los señores eran o no autoridades verdaderas y responsables para estos casos, la madre no lo sabía, pero a la hora de discutir y de negarse ella a entregar al recién nacido, el afuereño, con altanería expresó: “Yo soy el padre de esta criatura, distinguidas autoridades; yo lo he reconocido ya en la alcaldía; ustedes lo saben, por lo tanto exijo a esta mujer que me entregue al niño, so pena de que usted, señor policía, en ejercicio de sus funciones, se vea obligado a llevarla arrestada...- Y dirigiéndose a la madre agregó amenazantemente: -“a la cárcel irás a parar...¿No es así, señor juez?”

Desde luego el que hacía de juez dijo que así decía la ley. Ante eso, el abuelo intercedió y le aconsejó a la madre que diera el niño al padre, por los quince días, y que él mismo, como su abuelo y junto a ella, los dos irían a las autoridades.

La pobre abuela, para adentro renegaba y repetía :-“ ¿ No te lo dije yo, a tiempo, hija mía, que esto iba a pasar?”

La madre no le dio el niño al hombre, pero acompañada del abuelo, fueron a llevarlo al pueblo, y a dejarlo en manos de las tías paternas, para convencerse de que el niño estaría en buenas manos y que el trato de los quince días se cumpliría.

Pero tal compromiso nunca se cumplió y las autoridades correspondientes no hicieron caso a las reclamaciones de la pobre familia campesina.

Le amargaba mucho a la mamá contar toda esa tragedia a su hijo de apenas unos ocho años, sin saber si comprendía plenamente sus cuestiones.

Yo tuve que seguir con tu padre, creyendo que así, no me arrebatarían del todo al niño. Por eso naciste tú y luego las otras niñas. ¿Qué iba a hacer? Hijo, ahora debes ir a vivir con el hermano. Es verdad, allá vivirás mucho mejor que conmigo. Mira que yo no podría comprarte ropa de esa clase que te han mandado.

Pero ella no se atrevía a contarle lo peor del asunto, porque estaba totalmente desmoralizada.

Era claro que Chico Perico no entendía la magnitud de todo cuanto la madre pudo decirle, ni mucho menos, lo que en realidad ahora pasaba en la vida de su madre y el destino cruel de sus ojos claros.

La campesina indefensa, la que un día le arrebataron el primer hijo de sus brazos, con serias amenazas, tuvo que irse a la capital a buscar trabajo, para traerle al segundo hijo, aunque fuera una pelota y un par de vestidos nuevos.

Tienes que irte con tu hermano, y yo, mi hijo, no puedo hacer otra cosa. Algún día serás un verdadero taco de hombre y me defenderás.

- ¿Y por qué, mama, no vivimos todos juntos: nosotros, las chiquillas mi hermano y mi papa?

Esa pregunta tuvo respuesta para el niño, unos días después. Una madrugada sucedió algo muy extraño y malo. Las gallinas aún no habían bajado del arbolillo de limón, en el cual solían dormir. De pronto, al patio entró un hombre, con un machete en la mano; se dirigió al arbusto y empezó a darle de machetazos en la pata. Las aves alborotadas bajaron del tronco y huyeron despavoridas. Cuando la mamá se asomó por la ventana, a ver qué ocurría, ya el maldito hombre había derrumbado el limonero.

- ¿Qué pasó, mama? ¿Quién es ese hombre y por qué tumbó el palo?

- Yo no sé, hijo...no sé.

Sin embargo ella sí conocía al intruso y también la razón por la cual, a esa hora del amanecer, había talado el árbol en donde dormían sus gallinas. Desde entonces aumentó su angustia, sus llantos escondidos, sin que nadie pudiera ayudarla. Al amanecer ella cuidaba sus lágrimas; de nuevo iba al fogón a preparar las tortillas y arepas, para que Chico Perico fuera a cumplir con su primera tarea del día. Pero ya su rumbo parecía estar trazado. Ella era solamente una mujer pobre y campesina, sin otra cosa que sus manos para trabajar. Medio escondida empezó a vender las gallinas.

- ¿Por qué vendes las gallinas, mama?

- Mijo, si ya no tienen en dónde dormir, entonces se me van a otros patios, y se las robarán las malas gentes. Yo voy a mandar algunas al campo, donde tu abuela.

En la noche, la madre, terminaba de pegarle los botones a las camisas nuevas que le habían traído, de la casa de las señoritas tías madrastras, en donde esperaban ahora a Chico Perico para que ayudara a jugar al que estaba solito, según dijeron.

- Con tu hermano vivirás muy bien, porque él tiene muchos juguetes- comentó la madre.

- ¿Y tú crees que me los preste?

- Él te quiere.

La madre entusiasmaba al niño, y así, la posibilidad de conocer al hermano desconocido, tener ropa nueva, juguetes y otras cosas que la madre repetía, el muchacho se ilusionó y cambió de parecer. Ahora quería irse ya, para la casa del hermano mayor, con el mismo entusiasmo con que se comportó la vez que le hablaron de venir al pueblo. El le enseñaría a su hermano, cómo hacer toros de calabazos y el arte de cazar pájaros en el bosque y muchas otras cosas y diabluras que había aprendido en sus andanzas, por esos montes. Pero sólo su madre sabía la verdadera razón por la cual en las altas noches, daba rienda suelta a sus llantos, por el momento desgraciado que pronto iba vivir.

Y ese momento llegó...Pero hay que decir que algunos años antes, luego de haber llegado del campo, y de andar en casas alquiladas de un lugar a otro, en estrechos cuartuchos de mala muerte, la madre había conseguido, que el padre, del muchacho accediera a darle algunos pesos, y un lote de tierra, para que ella pudiera construir una casa propia, con los aportes y la ayuda de los tíos maternos de Chico Perico. Al pasar los meses, la casa blanca, de tejas rojas se había levantado del suelo como un mundo nuevo, en el patio, además de otros árboles, se destacaba un coposo y verde arbusto de limón. - "aquí- dijo la madre- van a dormir mis gallinas." -

Y así los emigrantes del campo, se sintieron felices, porque, al menos, tenían la casa y el árbol de limón para las gallinas... Durante esos días, el sol salía más brillante; las mañanas, frescas y las noches con millones de luceros y estrellas rutilantes.

Pero entonces vino el cruel momento y todo se vino al suelo, como un cataclismo. Era la nueva partida, de un lado a otro de las talanqueras en el pequeño mundo de la familia pobre. Un señor tocó la puerta, muy temprano, en la mañana.

- ¿Qué se le ofrece señor?- preguntó la madre al abrir la puerta.

- Nada, señora, yo soy la persona que viene a buscar al niño, para llevarlo a casa de sus tías.

-¿Pero no era su propio hermano, quien iba a venir?

- No sé, señora, el jefe me dijo que le recordara, que ya tiene usted, casi más de mes y medio, tiempo en el cual debía cumplir la entrega de este niño y también, la orden que el señor le dio, de irse de esta casa.

Los niños, que ya estaban despiertos acudieron junto a su madre.

- ¿Dónde está mi hermano?- preguntó Chico Perico.

- ¡Ah!...- exclamó el mensajero- éste es el niño, muy parecido al otro. Pero bueno, señora, el dueño dice que usted fue muy bien informada por sus hermanos, sobre todo esto. Así que debe entregarme el niño ya... Yo no quiero arrancárselo a la fuerza...¿sabe? yo sólo soy un mandadero.

- ¡Mama! - gritó horrorizado el muchacho- ¡yo no voy!

- ¡No te vayas!...gritaron las chiquillas.

El muchacho se metió entre los pliegues de la falda de la madre, lleno de pánico, y fue en ese momento cuando vino a comprender la razón de los llantos escondidos de la mamá; que no sólo tenía que entregar al otro niño, sino también desalojar la casa, que sus tíos habían ayudado a construir.

- ¡No!- repitió el chiquillo- Yo no voy a donde ningún hermano!..

Entonces las hermanitas rompieron a llorar.

- Váyase niño, vaya con el señor; así podrá seguir en la escuela- rogaba la madre, como arrancándoselo del corazón. Y además acá está Rosita, su madrina, ella le quiere mucho, y le ayudará.

- ¡No!...¡Ni qué escuela!...¡ni qué escuela!... ¡Yo me voy contigo!...

- Vaya con su hermanito, hijo, y seguirá la escuela, para que no sea un burro, mi niño - clamó la madre, a punto de que se le reventara el llanto y brotaran las amarguísimas lágrimas. Ya ella, que sabía el asunto, tenía todo arreglado, lo del niño y las pocas cosas que se llevaría al campo y las que después en otra carreta, mandaría a buscar con sus hermanos, para la derrotada vuelta al viejo lugar campesino.

- Venga niño, sus tías son muy buenas personas, y si no vienes conmigo, te irá peor, pues su mamá ya sabe cómo es el señor...Aquí vendrá la policía...

- ¡No... no... no!- gritaba el muchachillo.

Pero la madre había tomado en sus manos, las mucas de ropa y besando al niño, echó a andar, por la calle, del amargo regreso a su lugar, por el caminito de las mariposas y la música sinfónica de los árboles.. El hombre trató de agarrar al muchacho, pero éste se le escapó como un venadillo y corrió, con sus hermanas, al lado de la madre que avanzaba cual una vaca herida, como si, en realidad fuese envuelta en una pesadilla terrible. Era indudable que sus ojos claros lloraban para adentro y ella ocultaba el dolor, sin mirar a ningún otro lado, que no fuera al frente de su destino impuesto, aún disimulando, para que las vecinas, que la miraban, no supieran que el marido la había

dejado y sacado de su casa.

Así, en ese andar de mujer destrozada, la madre adelante, con las tamugas de ropa y los niños detrás, y siguiéndoles el paso, el mandadero del padre de Chico Perico llegaron al matadero del poblado; de allí partía uno de los caminos hacia el campo.

- Quédese, mijito, yo vendré a verlo. Mira, mi amor en esta bolsa llevo a “Michirre”, su gatito, para que no le pase nada. Vaya con el señor, para que siga en la escuela y mañana sea un taco de hombre y me defienda.

- No, Mamatina, yo tengo miedo.

- No hijo...usted podrá ir al campo, todas las semanas. ¿Verdad señor?

- Mentira, mama, lo mismo te dijeron, la otra vez, cuando te quitaron a mi hermano... tú me lo contaste.

El mensajero esperaba pacientemente el desenlace triste de los llantos, sin mucho ánimo de cumplir tal misión, en medio de la dolorosa despedida. Eran como las nueve de la mañana y ya, en el patio del matadero mugían los toros.

Al fin, la madre arrancó con sus bártulos, tal como pudo, y el niño quedó, como paralizado, asido a un viejo poste de macano, en donde solían amarrar el ganado que sería degollado. Allí pasó largo rato la criatura con la cabeza recostada al duro madero, llorando y llorando...

- Ven niño... no llores más, yo te llevaré a donde tu hermano, que tiene una pelota para jugar contigo- dijo amablemente el enviado.

Chico Perico se acordó de su abuela y de la pelota que le trajo su madre de la capital. Y cuando advirtió que ya la mama se había perdido, allá en la curva del camino, y que de verdad, no volvería... De pronto, de lejanos árboles el chiquillo oyó aquella rara melodía, la danza árabe de Cascanueces y arrancó a huir velozmente, dejando allí la bolsa que traía y cruzando calles fue a dar a la casa de su madrina, la tía Rosita. Allí, en sus brazos, parecidos a los de su madre, el pelado continuó llorando y gimiendo con sus entrecortados suspiros de niño infeliz. Así pasó muchas horas durante los quince días que estuvo en dicho regazo. Una vez más había quedado sin madre.

Pasados unos días, sin embargo, apareció, al fin, el mencionado hermano y le trajo la pelota.

- Niño - dijo la madrina- ése es tu hermano, mira que él te quiere.

Chico Perico miró fijamente al hermano, comiéndoselo con los ojos, sin tomar el regalo

de la pelota.

- Soy tu hermano, vengo a buscarte, si yo no te llevo, me van a pegar a mi.

- ¿Tú te llamas Primogénito?

-No.

El hermano le dio su mano y Chico Perico se fue con él.

Mucho después, cuando ya era casi hombre, el muchacho supo que el sujeto que de madrugada había derribado el arbolillo de limón, en el cual dormían las gallinas de su mamá , era uno de los hermanos de su padre, enviado por él, con el fin de obligarla, a ella, a desalojar su propia casa, para luego meter allí a otra mujer.

Tercera

Parte



23. DAME UN BESO.

Iba como un torito, haciéndose arrastrar, y así llegó Chico Perico, llevado por la mano de su hermano, a la misteriosa casa de sus tías paternas. Se detuvo frente al portal. El torito, de pronto, se resistía para no entrar al corral.

- Entra... entra... - le rogó con tono fraternal el hermano.

Chico Perico había captado, entre los helechos colgantes del portal, las caras enharinadas de sus nuevas tías. Aunque, en realidad, no eran físicamente feas, las halló horribles, como si en lugar de personas humanas, hubiesen sido pálidas y ojerosas máscaras de una macabra función de títeres. Eso fue lo que lo paralizó. Era el miedo, casi el pánico. Todas, según se comentaba en la pobre familia de Chico Perico, se parecían al hombre que una vez llegó al patio y taló el arbolito de limón, en donde dormían las gallinas de su mamá .

- Ven...ven...- insistía el hermano, sin soltarle la mano. Pero el torito no se movía.

- ¡Ay!- expresó una de las tías madrastras, la más joven- si es monísimo, miren la figura de su padre, la frente... no lo puede negar.

- A ver- dijo la más alta, acercándose al muchacho- ¿cómo te llamas?

Chico Perico bajó la cabeza y no respondió.

- ¿ No tienes lengua?- intervino otra de las tías- ¿te la comieron los ratones de tu mamá? A ver, niño- dijo cambiando el tono, casi con dulzura -¿ cómo te llamas?

El muchacho temeroso y huraño no levantaba la cabeza.

- Vamos- interrumpió la tercera tía- aquí nadie te va a comer. Dame un besito- La tía se agachó para recibir aquel primer beso del nuevo sobrino, pero el torito apartó el rostro a un lado, se mordió los labios y no hubo beso alguno.

- Llévatelo, para que vea su cama- ordenó la tía mayor.- Es un salvaje- agregó, cuando el niño se había ido con el hermano- pero lo amansaremos.

Ya adentro de la casa, el hermano lo conducía cuidadosamente, entre los antiguos muebles de caoba negra, de la lustrada y bien ordenada sala. Todo allí le parecía grande, muy diferente a los tugurios en donde antes habían vivido, o a la modestia de la casita de su madre. Acá cada cosa estaba en su lugar, armónicamente bien distribuida, con gusto y seriedad. No había ni pizca de polvo. Se esparcía un refinado olor a limpio, a jabón, a bolas de alcanfor. Ni una telaraña en las paredes, ni en las soleras y travesaños

del techo. Afuera, al frente de la casa había un jardín de rosas, algunas traídas del exterior y helechos gigantes; pequeños potes con violetas africanas y matas de hojas de color. De lado y lado de la sala, con sus muebles grandes y negros, varios cuartos espaciosos. En la parte trasera, un portalete que limitaba con la cocina grande y finalmente, el patio. Al fondo, una vieja caballeriza, de cuyas soleras colgaban algunas sillas de montar y otros aparejos.

Pero en esa casa solamente vivían mujeres solas y solteras y ahora, además del hermano, que le llevaba dos años, venía Chico Perico, el salvajito.

- ¿Dónde están los caballos?- se atrevió a preguntar, al fin, el invitado, cuando vio, allá en la caballeriza las monturas y jáquimas.

- Por allá, lejos - contestó el hermano- en un potrero están los caballos. A veces, un señor llamado Cachiflo los trae. Hay un caballo colorado y más viejo, lo usa ese hombre, pero el otro es mío y es rosillo, pequeño.

- En el campo- respondió Chico Perico- yo montaba un caballito de un tío.

- ¿Y tenía silla?

- No, lo montaba en pelo. Era un caballo colorado.

- Bueno- acotó el hermano- si tú quieres, vamos a mandar a buscar los caballos.

Había llegado, de afuera, el compañerito para ayudarlo a jugar. Empezaba el otro mundillo.

24. PRIMERO...MIEL SOBRE HOJUELAS.

Los primeros días en la nueva casa, para Chico Perico, todo fue miel sobre hojuelas.

Cuando las tías madrastras se dirigían al niño lo hacían con cierta dulzura; le regalaban pastillas, y hasta permitían que fuera a jugar con su hermano, fuera de la casa, con otros muchachos del barrio.

El hermano le ayudaba a soportar la brusca separación de la madre. ¿Cuándo volvería a verla? Él prefería no hablar de ella, aunque no se le apartaba de la mente.... La veía perderse con las tamugas, o líos de ropa en la cabeza, como sobre brumas

moradas y hundirse en la tierra. Algo así solía soñar, a menudo. Esa imagen, de su madre, al aparecer sobre los rostros extraños de las tías, le producía al chiquillo, una repulsión que se concentraba en una especie de ardor en la boca del estómago. Poco a poco, sin embargo, el pequeño salvaje, tanteando aquí y allá, como el tigrillo, bajo el rigor del amansamiento progresivo empezó a adaptarse a la incómoda vida en la jaula grande y limpia.

Detrás de la caballeriza empezaba un monte bajo, de lote abandonado. Un día saltó la cerca y anduvo por el desconocido lugar, un buen rato. Pero los pequeños arbustos no tenían música sinfónica, y desde que él salió del campo, en aquella carreta, nunca más pudo oír tal encanto, acá en el pueblo. Tal vez, pensaba el muchacho, más allá del lote, habría pájaros, boricueros, arañas, mariposas, gusanos y abejorros. Alguna vez se escaparía muy lejos. Pero cuando regresó del paseito escuchó una potente y chillona voz que le gritó, desde la ventana de la cocina: - "Oye, chiquillo... ven aquí!"

El muchacho no se movió de la caballeriza. Se agarró a un horcón y con el dedo gordo del pie empezó a amasar una boñiga vieja de caballo.

- Que vengas acá, te dije ¿o eres sordo también?- gruñó la tía madrastra, la de mayor edad.

El niño no se movió. La tía llegó a buscarlo.

- ¡Horror! Mira cómo traes los pies de enlodados... y esa camisa llena de pega-pega...¿Andabas por el monte?

El niño bajó la cabeza y no respondió. La tía lo agarró fuertemente por una oreja y lo empezó a arrastrar hacia la cocina.

- Claro, toda chiva tira para el monte. Eso es lo que sacamos de criar hijos ajenos. Sabrás carajito, que en esta casa no es como en la de tu madre. Aquí, para moverte una pulgada tienes que pedir permiso ¿oíste, vagabundillo?

Ese día, su hermano no estaba en casa. Chico Perico, con el zumbido en la oreja hubiera querido volar, como un halconcillo, pero carecía de alas. A él nunca le habían jalado las orejas.

- Toma este trapo y con el jabón, pero sin gastarlo todo, ¿me oyes? Lavas las pailas. Quiero verme en ellas. Nada de cochambre. Pero limpias primero tus inmundas patas. Y no pringues el piso, ni gastes el agua. Ya lo sabes, chivato.

Después de arreglarse los pies, el muchacho empezó a fregar las pailas... Había, pues, comenzado el oficio para lo cual verdaderamente fue llevado allí.

- Tienes que ganarte lo que comas- sentenció la tía, con el ceño fruncido- esta no es la pocilga de tu madre.

Y en esta forma concluyó el corto momento de la miel sobre las hojuelas de su vida, en *aquella extraña casa*.

25. EL VENADILLO DE LAS PINTAS BLANCAS.

El patio de la casa se comunicaba con un lote vecino en donde había cañas, matas de guineo, rastrojo y más al fondo, un pequeño monte bajo, bastante tupido. Chico Perico se escapaba, cada vez que podía, hacia el bosque. Iba como siempre detrás de los pájaros. Los oía cantar o los cazaba con las jaulas de trampa que ya había aprendido a elaborar.

En esas fugas descubría pequeñas quebradas, lomas y algunos precipicios; árboles de guayacán, que florecían en el verano, cubriendo totalmente su arboladura con brillantes flores amarillas: robles de floración morada o blanca; guayabos llenos de frutas rosadas; maquencas, higos, chaparrales.

En esos paseos solitarios, de salto en salto, aparecían iguanas verdes, culebras que huían entre las raíces de viejos matillos y espaveces; arañas gigantes, perdices asustadas; palomas torcazas que bujeaban en las copas de enormes corotúes y palomitas tierreras. Era su mundo encantado, su entorno misterioso en el cual buscaba pájaros azules o rojos que nunca había visto o mariposas tornasoladas y vivaces. Era el mundo del miedo, cuando, de repente, en una oscura oquedad, creía hallar la cueva de los duendes y palpaba, tras de sí, desmoronarse peñas y pedruscos que los duendes le disparaban, desde los taludes y barrancos cubiertos de helechos.

Mientras otros chiquillos jugaban en calles y plazas, Chico Perico sentía la atracción magnética del bosque. En la calle había otro mundo que le recordaba la amargura de vivir separado de su madre, a quien las tías no le permitían ver, y le amenazaban con terribles castigos si algún día trataba de hacerlo. Aparte del cariño de

su hermano, en aquella casa, el diario vivir daba la impresión de perderse en un laberinto diabólico de gentes muy extrañas, como su padre, quien sólo, de muy en cuando aparecía por esa casa, para algunas celebraciones familiares.

Vivía en ese mundo enredado y confuso, que le desgarraba el alma, sobre todo a la hora de dormir y entre nieblas veía a su madre que le decía: -“ No llores, porque tú eres un taco de hombre”...- y la visión, de aquella mujer de los ojos claros y de sus tonadas dulces, se le perdía y no lograba, de nuevo, volverla a traer. Tal vez, por eso, en lugar de acompañar a su hermano en los distintos juegos de la calle, prefería perderse en su propio mundo del bosque, en donde nunca se hallaba solo, sino que todo allí lo envolvía, acurrucándolo, apretándolo en su regazo verde y oloroso, como si fuera su madre.

Un día aconteció algo maravilloso para sus ojos. Un viejo campesino trajo a la casa de las tías una hermosa venada domesticada. Chico Perico conocía los venados, porque cierta vez su abuelo trajo uno, de la cacería que realizaba con sus amigos. El abuelo solía echar los cuentos de sus aventuras con sus amigos cazadores. Pero ahora el muchacho tenía una venada viva y mansa en el patio. “ - ¡Qué lindo animal! ”

Él sería su protector. Tendría excusa para ir al bosque a buscarle el sustento apropiado: fruta de guásimo, de espavé; haces de verde paja; hojas nuevas de frijol de palo. Y así, cada vez al regresar de la escuela o de los mandados y oficios de la casa, cuando terminaba la limpieza de los cuartos, el riego de las flores y el fregado de platos y pailas, atendía a su venada.

- Te llamarás Lucero- le dijo el muchacho a la venada, mientras le acariciaba el lustroso lomo- ¿porqué tienes ese lucero en tu frente? A ver Lucero, mira esta linda guayaba. Cómela, preciosa.

Algunos, de los nuevos amigos, entre los pelados de la calle acudían al zoológico de Chico Perico, a ver la linda venada. Chico Perico se lucía al realizar piruetas con Lucero, a la cual le ponía lazos y otros adornos en la cabeza.

Pero también Lucero tenía sus misterios. Una noche Chico Perico fue al corral y ella no estaba ¿Cómo saltó las cercas de alambres? ¿Adónde fue? No sabía.

Y a la mañana siguiente, Lucero estaba allí, cumplidamente, siempre vivaracha, saltarina, como si nada hubiera ocurrido la noche anterior.

- ¿Qué te hiciste anoche, bandida? ¿En dónde estabas? -“Fui al bosque a mirar

las estrellas”-dizque respondió Lucero.- Mentirosa, no podrías dar saltos tan altos.-
“pues me puse alitas y volé... ¡qué rico!” ...

A los pocos meses de aquellas fugas nocturnas el misterio se aclaró. Un campesino curioso quiso ver la venada de esa casa, porque él también era cazador. Chico Perico, muy orgulloso, le mostró a Lucero.

- ¡Jum!- acotó el señor- te voy a decir, muchachillo...esta venada está preñada.

- No puede ser, señor- respondió el muchacho.

- Va a parir un venadito, dentro de algunos meses.

- Pero si ella no tenía venado macho aquí.

- Las venadas, son como las mujeres, niños, buscan a sus esposos...son cosas naturales de la vida- argumentó filosóficamente el campesino. Y Chico Perico, halló que la forma de opinar del cazador se le parecía a la de su abuelo.

Y tal como dijo aquel hombre, así resultó. Mas para esos días había llegado el mes de octubre lluvioso. Todo el patio de aquella casa se volvía lodo. Chico Perico le hizo una enramada, cubierta con cogollo de caña, para que Lucero se resguardara de los chaparrones.

Una mañana, el muchacho, cubriéndose con un saco de henequén, corrió a ver a su Lucero, y ¡qué sorpresa! Descubrió al lado de mamá venada, la hermosa criatura de un venadito de pintas blancas sobre su piel parda; era el recién nacido de las entrañas de Lucero. Pese a la llovedera, el nacimiento de Lucerito resultó una fiesta para Chico Perico. Pero las condiciones del suelo mojado, el lodazal y la octubrería resultaban muy malas para el recién nacido.

Chico Perico, ponía mucha atención en mejorarle las condiciones, pero las lluvias de octubre continuaban sin descansar. Y una mañana, al regresar de la escuela, el muchacho dejó la bolsa en su cuarto, fue al fondo del patio y halló al pobre Lucerito muerto. ¡Maldita suerte! Dentro de unas semanas:

- Miren- les dijo- por las lluvias se murió Lucerito.

- Vamos a enterrarlo- opinó un chiquillo.

- ¿Dónde?- preguntó otro.

- Allá, al otro lado del cañaveral, cerca del bosque- dijo Chico Perico.

Y así, entre todos llevaron al animalillo muerto, cavaron su hoyo, al lado de un gran árbol y allí guardaron a Lucerito, y se apagó realmente como un lucero fugaz.

- ¡No importa- se consoló Chico Perico- su madre Lucero tendrá otro hijo, pero será en el verano, para que no se muera.

26. LA REVOLUCIÓN Y LOS PRIMEROS BESOS.

La nueva casa parecía grande, muy bien arreglada y sumamente limpia, pero había algunas cosas raras. De vez en cuando llegaba el padre con aquel pariente que fue a buscar a Chico Perico, a la casa de su madre y además, los dos tíos varones. Uno era el que había derribado el arbolito de limón en donde dormían las gallinas de la Mamatina.

Cuando ocurrían estas visitas la familia se encerraba, por largas horas; a veces hacían discusiones, pero no se sabía de qué hablaban.

Una noche el clan de tías y tíos dispuso irse a dormir a la casa del mencionado pariente. Las mujeres llevaron algunos sacos con ropa, sábanas y almohadas. Chico Perico iba detrás y le parecía extraño que a la hora de ir a la cama, las tías, con otras señoras de la casa empezaran a colgar sábanas, para cubrir las puertas que daban a la calle.

Como había un gentío y las camas no alcanzaban, sobre todo, los chiquillos se echaron sobre el piso, en petates y cartones. La noche metía miedo.

¿Qué ocurría? ¿Por qué se habían ido a dormir a esa casa? ¿Y para qué colgaban las sábanas?

Al llegar Chico Perico a la casa observó una niña mayor que él, quien lo miraba con curiosidad.

- Oye- le preguntó la niña- ¿tú eres Chico Perico?

- Mi nombre es Francisco Javier- respondió el chiquillo

- Sí... ¿pero te dicen Chico Perico?

- Sí- contestó el muchacho.

- ¿Sabes? Dicen que yo soy prima tuya.

- Ajá.

- Pero tú eres medio chinito, ¿no?

- No sé... ¿y tú eres medio negrita ¿no?

- ¿Negrita?...¿estás loco? Bueno, ¿pero tú conoces a mi tío, que también es mi

padrino?

- No.

- Mira, es el que está en la mesa.

Chico Perico reconoció al señor que lo había ido a buscar, cuando echaron a su madre de la casa.

- ¿Lo conoces ¿no? So tonto...

- No, so tonta.

- ¡Ah! ¿te las das de muy vivo?

- Tú me dijiste tonto.

- Y tienes cara de tonto.

- Tú no eres mi prima.

La niña tenía hermosos moños negros, bien tejidos. Chico Perico la miraba fijamente.

- ¿Qué me miras? ¿Me vas a comer?

- Yo no como gente- contestó el muchacho.

- ¿Tú no sabes porqué vinieron a dormir esta noche acá?

- No.

- ¿Tú no sabes nada?

- Sí.

- Dice el tío que hay una revolución- comentó la chiquilla- ¿Tú sabes qué es eso?

- No.

- Tampoco yo sé. Pero el tío habló que dizque hoy van a echar tiros y cuento... Y dice que a tu padre lo buscan los revolucionarios para matarlo. ¿No te da miedo eso?

- No. ¿Y tú no tienes miedo? - preguntó el muchacho.

- ¿Yo? Nadita de miedo. Pues a mi padre no lo andan buscando para matarlo.

Oye, ¿y por qué quieren matar a tu padre?- insistió la niña en su interrogatorio.

- Yo no sé.

- Yo sí lo sé, tonto.

- ¿Y tú por qué lo sabes?

- Porque yo no soy tonta; te dije que el tío habló de eso.

- Oye, ¿y por qué pusieron esas sábanas? - preguntó el muchacho.

- Bueno, mamá dice que las balas no pueden atravesar las sábanas.

- Y de verdad- insistió Chico Perico- tú no tienes miedo.

- ¿Yo? ¡Ay!...realmente sí me muero de miedo. Oye, ¿por qué te dicen Chico Perico?

- Porque sí...

- Yo me llamo Teresita, y estoy en tercer grado, con la maestra Pepa.

- Yo sé, que a ti te dicen Teresita Moñitos... ¡Ja...ja...ja!

- Oye, ¿y de qué te ríes, tonto? ¿Quién te dijo?

- Los chiquillos.

- ¿Qué chiquillos?

- Los chiquillos... pues.

- Esos niños, que se callen la boca... vamos a rezar el rosario- ordenó una voz grave de señora.

- Esa es mi mamá- dijo la Moñitos.

- Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros... - empezó el rosario.

- Oye ¿tú sabes? - musitó la Moñitos- mi mamá es bien regañona.

- Ajá.

- ¿Y tú, no tienes mamá?

- Sí.

- ¿Y por qué no vives con ella?

- ¿Quién te lo dijo?

- El tío lo dijo un día aquí.

- Teresita...¿de nuevo eres tú? No interrumpas el rezo.- volvió a llamar la atención la rezadora - "Ruega por nosotros los pecadores" ...-continuaron los rezos.

Al finalizar el rosario dejaron a media luz las lámparas.

- Si tú oyes algo de tiros, me llamas. Yo estoy durmiendo aquí, a tu lado- dijo Teresita Moñitos.

Esa noche, pese a la revolución, Chico Perico soñó que iba con la Teresita Moñitos, agarrado de las manos, por un bosque hermosísimo, lleno de orquídeas olorosas y jazmines blancos. Había pájaros de todos los colores y dice que de pronto, en el aire azul empezó el concierto sinfónico de los árboles y él le dijo a ella:- " Oye, Teresita Moñitos, dame un beso" - Y dizque ella le contestó:- "Oye, Chico Perico, no te lo doy" - y en eso afuera sonaron las balas y el sueño se terminó.

27. EL CURA LE DIO DOS REALES POR BESARLE LOS PIES.

A Chico Perico le gustaba y no le gustaba la iglesia. La cuestión consistía en que las tías le obligaban a ir al rosario, en la prima noche, y sólo después de cumplir con este ejercicio, en medio de señoras y señores de avanzada edad, le daban permiso, por unos cuantos minutos, para ir a jugar en los terrenos de juego de sus amigos quienes no iban a ningún rosario.

Pero la Semana Santa, Chico Perico la hallaba lindísima. El Domingo de Ramos solía entrar Jesús, bien montado en su caballito. Pasaba orondo, moviendo cómicamente la cabeza, al son del caballejo. Venía bien condecorado, con todas las sedas del pueblo y papeles de colores y pasaba debajo de la gran puerta, hecha con pencas de palma real y adornos de flores de caracuchas blancas, amarillas y lilas. ¡Qué hermosura!- El caballito parecía realmente de mentira, de juguete, pero era de verdad, y los niños sabían, que todos los años lo traía don Calancha Pérez. Y cómo gozaba de ese espectáculo la chiquillería del pueblo, mientras hacían sonar sus pitos hechos de cogollos amarillos de la palma real.

Además de la entrada de Jesús en su caballito, a Chico Perico le gustaban las procesiones. Temía a los soldados romanos, montados en sus hoscos caballos, porque ellos se comportaban altaneramente con sus lanzas puntiagudas.

Al pobre señor don Jesucristo lo conducían con aquella enorme cruz, casi al igual que un campesino que Chico Perico vio una vez, cuando lo traían a la cárcel, dos policías; el hombre sin camisa, amoratado de los palos que previamente le habían propinado los gendarmes, y amarrado con una soga. Los policías venían montados en caballos y lo arreaban como a un novillo al matadero.

Pero en las procesiones salían lindas muchachas, algunas de las cuales Chico Perico conocía, porque eran sus compañeras de clases, y una vez la Rosita Pérez, quien era de su salón y nieta del viejo Calancha Pérez, el dueño del gracioso caballito, hizo de la Virgen María; la compañerita iba supremamente bella.

Para una Semana Santa, era miércoles, un compañero de la clase le comentó: ¿sabes?...el cura paga dos reales si tú dejas que él te bese los pies. Eso es mañana jueves. Mentira- respondió Chico Perico- ¿Besar los pies con nigua y todo y también pagarme?

- ¿Y tú tienes nigua?

- Sí, oye, me gusta tenerlas, porque me pican y las saco...
- ¡Eres un puerco! Pero, bien... ¿por qué no vamos mañana a ganarnos los dos reales?
- Porque eso es puro cuento, para fregarme.
- Yo no digo mentiras, en Semana Santa.
- Y después de la Semana Santa, ¿sí?
- ¡Uh!.. Pego cantidad de mentiras, pero chiquitas, así- y el pelado las midió con un gesto de los dedos pulgar y del corazón- Vamos Chico Perico, no seas ahuevado.
- ¿Y puedes decir palabras sucias en Semana Santa?- preguntó Chico Perico.
- No, pero se me fue ésa. Yo todos los jueves de la Semana Santa me gano los dos reales y me los harto en pan de dulce y chiricanos, que son a dos por medio... riquísimos.

- ¿Y qué es eso de chiricanos?

- Unos bollitos de maíz que tienen raspadura, coco, queso y anís, y los hacen en el Chorrillo, donde la señora Nata.

- Bueno, yo voy a ir contigo, les diré a mis tías que iré, a rezar a la iglesia, pero si lo que tú me dices es mentira, yo te desafío, a puro mongo, mañana mismo.

- ¡Uh...tonto!... el Jueves Santo no se puede pelear, porque te vuelves mojón de perro.

Los dos amigos fueron a visitar al padre, el cura los apuntó en su libreta. Claro para cualquier muchacho, dos reales, era una fortuna. Y Chico Perico, casi nunca tenía un real. Salvo cuando vendía botellas, o los vecinos le daban algo por algún mandado. Para esos tiempos, Chico Perico acostumbraba a recoger papel de estaño, que venía como envoltura, dentro de los paquetes de cigarrillos, con los cuales elaboraba una bola que negociaba con los agentes vendedores, que surtían las tiendas.

Una mañana, cuando iba al mercado, recogió un paquete vacío de cigarrillos y se halló ¡oh milagro!- una brillante peseta de a cinco reales... ¡qué riqueza!- Con ese tesoro compró galletas de sal, huevitos de leche y hasta le regaló a sus amigos y amigas del salón, para darse tono de muchacho elegante.

Ese Jueves Santo, a las tres de la tarde, doce mocosos, se presentaron a la iglesia. El padre leyó su lista y procedió, con refinada humildad a lavarles, con jabón de olor, los pies a los chiquillos. Cuando llegó al puesto de Chico Perico, el muchacho se sentía

avergonzado de ese asunto. No entendía la razón por la cual el cura debía hacer ese oficio el Jueves Santo.

- Muchacho- le dijo el cura a Chico Perico- tienes esos pies llenos de cicatrices y verrugas. ¿No usas zapatos? ¿Por qué?

- No sé- respondió el muchacho.

Luego el cura con muy educada sumisión fue de izquierda a derecha, dando un beso, sobre los empeines de aquellas plantas infantiles, algunas de las cuales, como la de Chico Perico, jamás habían sufrido la dictadura de los zapatos.

Al terminar los besos el padre sacó del bolsillo de su sotana, las pesetitas, y las fue entregando una a cada apóstol.

El amiguito salió con Chico Perico y ya afuera del templo le dijo:

- ¿Te diste cuenta, loco, que los curas pagan por besarle los pies a los niños, los Jueves Santos? ¿Es verdad o no?

- Sí, ahora vamos a comprar chiricanos y raspados.

28. Y DICE MI TÍA QUE MUCHAS GRACIAS Y QUE DIOS SE LO PAGUE...

En esa casa Chico Perico no vendía arepas ni tortillas, pero debía madrugar diariamente para cargar el agua, en una carretilla, desde una bomba pública; agua para beber, cocinar, lavar y regar el jardín. Esto era más necesario, en los meses de verano. Además, el madrugar era obligado para ir al mercado comprar la carne y otras cosas. Al regresar, barría el piso de todos los cuartos y se preparaba para asistir a la escuela:- “ Te quedarás para que sigas la escuela y no seas mañana un burro”- le dijo aquella vez la madre, de los ojos claros y las tonadas dulces, que no vio, desde entonces, más nunca.

Chico Perico ponía atención a las órdenes de las estrictas tías; medía el tiempo que le daban para cumplir con los mandados. Era menester fijarse muy bien en el lavado de platos y cucharas, sobre todo, los vasos; ellas no querían ver ni una mancha leve de manteca, y nada de cochambres en las pailas. Los muebles de caoba negra tenían que brillar; los espejos, sin mácula alguna; las tinajas, siempre con agua fresca; *bien abastecido el aguamanil, y sumamente pulcra la palangana. Por otro lado debía*

jugar a las bolas de vidrio, las canicas, con los nuevos amigos, de otras calles; o a los trompos, si era de la temporada; platillos, u otros juegos, o en lugar de eso, se dirigía a la casa de su madrina.

- Madrina, ¿qué supo de mi mama?

- Toma este dulce de guayaba, ella te lo mandó.

Pero cuando los cálculos le fallaban, o realizaba mal alguna compra, o aquel infeliz día en que se le perdió el dinero de la carne... ¡para qué fue eso!

- Oye, desgraciado, ¿qué hiciste los dos reales de la carne?

- No sé, se me perdieron.

- Se te perdieron... ¿no?...¿dónde, carajito?...¿dime, dónde?

- No sé; cuando llegué al mercado no los tenía.

- *Chiquillo del diablo. Eso te pasa por andar jugando bolas. A ver; saca lo que tienes en los bolsillos.*

El muchacho extrajo las bolitas de todos los colores.

- Claro..allí está la prueba... ¿Así que hoy no comemos, por tu culpa? Pues tú si vas a comer... anda donde tu tío Pablo y dile que me mande su garrotillo.

Como se ha contado, en esa casa de las tías no vivían hombres, eran puras mujeres y por eso no tenían instrumentos apropiados para las corrientes azotainas y zurras; los varones llegaban de vez en cuando. Entonces Chico Perico debía cruzar el callejón de los artesanos, y tomar la Calle Sur, para ir a la casa del tío Pablo.

- Tío Pablo, buenos días- saludaba medio compungido, como el ternero próximo al degüello- dice mi tía que le preste el garrotillo, de cuero crudo, para meterme una cuera.

- ¡Ah! muchacho pendejo... vienes a buscar el cuchillo para tu mismo pescuezo?

- Dale el mulero, hombre- le reñía su mujer- No ves que si no lo haces, son capaces de pegarles a garrote limpio?

Entonces chico Perico llevaba el garrotillo, jugando con los perros callejeros, para disimular, frente a los chiquillos del barrio. Entraba solemnemente a la casona por la puerta del patio y llamaba a la tía.

- Aquí está- informaba, con la resolución de un condenado a muerte. En el campo la madre pensaría en su taco de hombre.

- La tía recibía el foete, agarraba al muchachillo por una manita y le azotaba, a su

gusto, con el cuero del látigo, que le dejaba magulladuras moradas en las flacas canillas del pelado.

- ¡Ay...ya yai!- gritaba el ajusticiado.

- Ahora anda, de una vez, a llevarle el garrotillo al tío y ¡ay!...Dios primero, que yo sepa que no le diste las gracias...

El chiquillo, aún gritando salía de la casa, con el látigo en la mano. Al verlo los muchachos, que ya conocían la escena, se echaban a reír.

- No llores, pedazo de gallinita- le gritaban, los compañeros.

Y Chico Perico llegaba adonde el tío, todavía con los ojos llenos de lágrimas y tartamudeando decía : “Aquí le manda la tía y dice que muchas gracias, y que Dios se lo pague” .

- Qué es lo que dices, tú muchacho?

- Que muchas gracias, dice la tía, y que Dios se lo pague.

29. EL FAMOSÍSIMO DISCURSO DE CHICO PERICO, EL 28 DE NOVIEMBRE.

Sucede que la madre de Ramoncito, el alumno de primer puesto, del cuarto grado “C” mandó a decir que su hijo había enfermado, de pronto y ocurría que ese 28 de noviembre, fecha de la independencia de Panamá de España, en el acto oficial de la escuela, dicho muchacho debía pronunciar el discurso conmemorativo. Gran problema para su maestro...

- Tú, el de la esquina- ordenó el maestro ese día- ven acá.

- Diga maestro- respondió el de la esquina.

- Sencillo, tú eres bien despierto, ya saben que Ramón ha enfermado, y él como era primer puesto del salón tenía que pronunciar el discurso de mañana. Quiero que lo digas tú.

Allá en la otra esquina, un alumno secreteándole a su compañera le dijo:- “¿Enfermo?... ¡Qué enfermo, ni qué enfermo!... Yo lo vi esta mañana jugando con el perro. Lo que pasó fue que el discurso le dio cagadera...”

- ¿Qué hablan ustedes allá? A ver niña Teresita.

- Nada, maestro.

- ¿Cómo nada, niña? Ya saben cuál es la norma aquí... la verdad sobre todas las cosas. Hable.

- Bueno, es que él me dijo, que Ramoncito no está nada enfermo, porque esta mañana lo vio jugando con el perro y lo que le dio fue cagadera, por miedo de leer el discurso. La sala se echó a reír por lo bajo y por lo alto.

- Ven acá, tú, Rambau... siempre el mismo. Pon las manos abiertas... cobarde y mal portado... - Y con una regla grande le dio cinco palmadas.- Ve a tu asiento.

Al llegar al puesto, sin embargo, le dijo a la Teresita, el maestro me sonó, pero a Ramoncito le dio cagadera.

- Bueno, tú, Buenaventura, sé que eres muy buen muchacho, quiero que leas mañana este discurso.

- ¿Yo maestro?

- Sí, caballero, tú mismo.

- Esto... yo creo que no puedo...esto...

- Nada de esto y de lo otro. Vamos...

- No, maestro, perdone, pero mi mamá no está en casa, y luego me va a regañar, porque yo siempre la consulto.

De nuevo en la esquinita caliente, Rambau le dijo a Teresita, que había visto a la mamá en el mercado, porque ella tiene una venta allí.

- ¿Qué diablos hablas, de nuevo, tú Rambau, ¿quieres que te saque del salón? Qué clase de alumnos hay ahora en este país?... ¿Acaso no aman a la patria?...Tú, Francisco Javier, vamos a ver si también te echas para atrás. Tú dirás este gran discurso y ganarás el aplauso de todos tus compañeros y de la escuela... y desde ya te digo, ahora no me vengas tú también, con el cuento de los otros, que estás enfermo o que no le puedes consultar a tus tías... porque entonces hoy mismo hablaré con ellas; bien que las conozco. Toma este papel, está hecho en máquina, a doble espacio, clarito. Te vas a dar la gran lucida, la cual será supremamente inolvidable...

La ceremonia era celebrada en el patio de la escuela. La mejor alumna o alumno izaba la bandera patria. Hablaba el director, un maestro, y en representación de los quinientos escolares, un niño de primer puesto, de la más alta nota. En qué lío metía el maestro a Chico Perico, que no llegaba ese año, ni al décimo quinto puesto. Desde

luego, como era costumbre en las escuelas, el discurso correspondiente al niño, lo escribía el maestro. Eran proclamas llenas de metáforas, fechas, palabras altisonantes y rebuscadas, impropias del habla infantil. Para el maestro, la cuestión era quedar bien ante los superiores y sus colegas. Pero Ramoncito, el del primer puesto, que ya tenía en sus manos el discurso, tal vez por culillera, se había hecho el enfermo, y ya el salón tenía la idea real del asunto, por obra y gracia del chiquillo Rambau, uno de los amiguitos de Chico Perico.

El maestro, al término de la hora, se quedó con Chico Perico, para entrenarlo en la forma de leer: cuándo subir la voz, y cómo bajarla; trucos para dominar la escena; formas de manotear con la izquierda, sin que se le cayera el papel y otras genialidades de la oratoria magisterial, guisada con toda clase de aspavientos y de cursilerías. Ya que con tales pamplinas y faramallas, los chiquillos ganaban premios en los concursos de oratoria, puesto que tal era la cultura acerca de lo que debía ser la elocuencia como el arte de hablar... O sea, el discurso o panegírico, entre más sofisticado, artificial, tronante y rimbombante... tanto mejor... Esa noche el maestro durmió tranquilo, luego de frotarse las manos y decir: “mañana, eso es bistec de dos vueltas.”

Pero a Chico Perico, no le pasó lo mismo, ni rezó igual; más bien reflexionó: “¿Qué significará eso del imperativo categórico... y la sublime confraternidad inmanente, telúrica y supremamente bolivariana”... ¡Ajo! Y se acordó, sin embargo, sobre lo qué pensaría su mamá del burrito ilustrado, taco de hombre, y ahora, el orador sustituto.

Recordó la cátedra que el maestro le había dado: -“ Mira joven, cuando uno lee un discurso, o recita un verso, es como si estuviera solo, no ve a nadie, pero alza la voz con fuerza. ¿Entendido? Cuidado me vas a dejar mal, porque entonces te voy a poner dos, y si sales, bien por lo contrario, además de calificarte con cinco, te regalaré, panes de dulce y huevitos de leche, de donde las Guevara.”

El muchacho, tras la práctica, había quedado sorprendido, ya que entre sus defectos tenía el de tartamudear en ciertas ocasiones, tales como cuando la tía costurera, lo mandaba a llevar costuras y trajes a determinadas oscuras y grandes casonas, cerradas con puertas de hierro, en donde había tremendos perros bravos; casas de las familias encopetadas del pueblo, y entonces gagueaba un poco para

entregar la mercancía, y algo de esta dificultad, era ya conocida en la clase y lo había advertido el maestro en el salón.

Por lo tanto, y sin decir nada a las tías, esa noche leyó y releyó la pieza oratoria. Se hablaba de tiranía, de oprobios, de Simón Bolívar, de revolución (él recordaba que una vez la Teresita Moñitos le habló de revolución) Pero no entendía el discurso...- “¿Y si mañana me entra la gagueadera?”

El compromiso, por unos cuantos merengues y panes de dulce, era demasiado. Pero debía superar al griego Demóstenes, de quien le habló el maestro y el cual también era tartamudo, más hizo el esfuerzo, y aprendió a discursar. Y dicen que fue el orador más grande de aquella dorada época.

Bueno, fatalmente amaneció ese día. Chico Perico escogió una camisa que no le faltara botones, se aplastó la mecha de pelo cholo, se terció la chácara con los cuadernos y con la pata en el suelo, como era habitual, detrás del segundo toque de la campana escolar, fue a enfrentar el destino, para no ser un burro, con el discurso del maestro en la mano. Se detenía en algún callejón y repasaba el escrito, tratando de agarrar el son de las incomprensibles frases: - “Don Simón Bolívar, epónimo libertador americano” ...

El muchacho sentía una cosa rara; frío en las entrañas, o sea, en las tripas. Una cosa era pajarear, o discutir con los compañeros de la clase en el recreo y otra ser orador del 28 de noviembre, ante más de quinientas gentes.

- Oye, loco ¿te diste cuenta que “el” gallina de Ramón se corrió? Y de verdad, Chico Perico, tú vas a hablar?- le preguntó su amigo Rambau.

- Sí, eso dicen.

- ¿Cómo que dicen?

- Claro, voy a ver...

- ¡Jum! cuidado tú vas a dejar el plumero en el patio, también.

El maestro, sumamente precavido pero también nervioso llamó aparte a Chico Perico y le hizo nuevas observaciones. De pronto, al sonido de la campana, todos los chicos acudieron al patio. Al fondo estaba la bandera tricolor, el director de la escuela, de lado y lado, cada maestro con sus alumnos. Colgaban papeles de colores rojo, blanco y azul.

Le tocó el turno al señor director. Chico Perico empezó a sudar frío, mientras a hurtadillas miraba el papel. Al frente, el maestro le disparaba unas miradas atroces.

Luego habló el docente. Hubo discretos aplausos.

Y ahora, dijo la educadora Felipa, que actuaba de maestra de ceremonia- lleva la palabra el niño Francisco Javier, representante de los alumnos, para quien pedimos un cálido aplauso.

Tronaron los aplausos. Y salió del fondo, el pequeño muchacho, con la pata en el suelo y la chácara terciada; aparecía pálido, ojeroso, y ajado, como una hoja de papel de dibujo. El maestro le daba, con los ojos empujoncitos morales, y parecía decirle: - “Cuidado, lee alto y bien...acuérdate de echar tus gritos, y levantar varias veces las manos...”

El chiquillo se colocó bien, frente a lo que semejaba un pelotón de fusilamiento. Levantó el papel, miró al público. Se hizo un silencio aterrador, de cementerio. Miró de reojo al maestro, quien lo observaba con brutales miradas. El hijo de la Mamatina volvía a mirar al público con desorbitados ojos de chivo degollado, frente a la desesperada situación de orador emergente. El maestro volvió a mirarlo como gritándole:-“ Desgraciado, si lees mal...dos en conducta” ...- El muchacho ¡Oh cruel destino! volvió a cometer el error de mirar al público, y desoír el consejo del maestro, y al contemplar a las ansiosas masas se dio perfecta cuenta de que no estaba solo. Sintió que el papel le quemaba las manos, y que las manos le temblaban. Un río de sangre caliente le barbotaba en la cabeza, síntoma habitual y preludeo de su tartamudeo. Con cierta indecisión dobló el papel del discurso, echó rápidamente una pavorosa mirada de un lado a otro, como pajarito indefenso, frente a bandadas de gavilanes hambrientos y de pronto arrancó a huir, como alma que lleva el diablo...” ¡Mama mía!... patitas...¿para que las quiero?” y la carrera terminó al fondo del patio de la casa de las tías -madrastas. Y allá, en el patio, cual un armadillo, separó la hojarasca, abrió la tierra y como en una pesadilla subterránea, fue arando y arañando terreno, hacia el negrísimo hueco de las más terribles profundidades del planeta, y al fin salió, al otro lado de la esfera, justamente al celeste y mágico mundo de la China...

cargar y rajar la leña; depositarla debidamente para que no se moajara, ni resultara cueva de sapos, ratones, alacranes o culebras. Parte de su deber consistía en dar de comer al perro, al gato y al loro. Todo esto resultaba muy fácil, pero lo más difícil era cumplir con los mandados relacionados con las compras de artículos y adornos para los vestidos, que una de las tías cosía en su taller, para la especial y distinguida clientela, de las damas más ricas del poblado.

Se trataba de fina y alta costura y el muchacho debía mercar con propiedad y buen precio, para que las compras hicieran juego con la textura y el color de las telas, botones, encajes, sesgos y cremalleras, que en aquellos tiempos, su clientela denominaba “ris...ras”...

- Aquí tienes- decía la tía costurera- estos pedacitos de las telas. Ojalá se te pierdan o lo vayas a confundir todo. Mira bien y compra hilos de estos colores. Además broches de gancho y de hembra y macho, y media docena de botones de nácar y en forma de media luna. Vas adonde el chino Adolfo y compras una carretilla de hilo, pero de este color ¿oíste?...Mira, aquí echo esta saliva... debes regresar antes de que se seque, porque sino... bueno... ya sabes.

“Ya sabes”... era la amenaza de algún trato cruel: garnatada, coscorrón en la cabeza, cuera con mulero de cuero crudo, utilizado para azuzar a los caballos; arrodillamiento sobre granos de maíces y con los brazos extendidos, a la altura de los hombros; algunas veces se acompañaba este castigo, el tener que vestirse con un traje de mujer. El sitio de la arrodilladura era el portal de la casa, frente a la calle, para gusto del público que por allí pasaba y la burla de los chiquillos...- “Ya sabes, Chico Perico”...

Y como él sabía, le hacía caso al “ya sabes” se apresuraba a prender el fogón de leña y preparar el café, con el consabido punto deseado por la tía-madrastra, o se echaba a correr, con la mecha del pelo levantada, si de mandados a la calle se trataba. Pero, sin embargo, el quehacer de los mandados le gustaba, ya que así podía salir de aquella extraña casa, su jaula limpia y rigurosa. Además los mandados permitían fugarse a casa de la tía madrina, Rosita, para saber de su madre.

El chiquillo era un verdadero venado en la velocidad de las carreras. Aprendió a calcular el tiempo de los mandados, medirlos. De esta manera arrancaba velozmente hacia la placita o el mercado; iba como una verdadera flecha. Compraba los encargos, de la mejor forma posible, y así ahorrraba cinco o diez minutos, que aprovechaba para

muy bien, con el apoyo de padres de familia y ofrecían refrescos, y a veces, hasta helados. De alguna manera había para dar confites, dulces, tales como merengues, huevitos de leche, rosquetes, alfajores, y finalmente, algunos modestos regalos para cada alumno.

A don José del Carmen, esa tarde del veinticuatro de diciembre se le ocurrió tender un hilo, de un pilar a otro y allí colgar indiscriminadamente, los regalos para sus niños y niñas. Mandó a pasar lista, y cada persona, en orden tomaba su obsequio del hilo, de donde colgaba. Luego había que abrir la sorpresa delante de los demás; menudeaban los aplausos, y seguía el otro agasajado. La fiesta iba muy bien. Le tocaba el turno a Chico Perico. Jaló su regalo y lo abrió: era un juego de té, con pequeñas tazas de latón y sus cucharitas...

- ¡Uf!... - corearon los chiquillos.

- ¡Mujercita!- gritó el Ñeque Juan.

Y así la fiesta terminó con los gritos de los asistentes, el tocar de pitos, cornetas y maracas. Los muchachos se dispersaron por las callejuelas.

En una esquina, cuando Chico Perico regresaba a su casa se topó con la Perica de Polo y la gordita Celia.

- Ajá ¿conque te regalaron cucharitas? ¿Así que eres un mariconcito?- lo pulló la Perica. Celia bajó apenada la cabeza.

- Cállate, entrometida- respondió el muchacho a la Perica.

- ¿Entrometida? ¿no? Lo que pasa es que si te la tiras de novio de Celia y no quieres que te diga mujercita... ¿por qué no le das el juego de té a ella?

Chico Perico titubeó frente a la Perica.

- Coge pues, tú- le entregó a Celia la pequeña caja de juguetes.

- Gracias - contestó la gordita.

- Ves, amigo, ahora sí eres todo un caballero- acotó con picardía la Perica.

El muchacho no pensó en nada más. Vio al Ñeque Juan y le echó el cuento y se fueron jugando hacia sus casas tirándose una pelota.

Al llegar, una tía, que sabía de la fiesta y los regalos de los maestros preguntó:

-Oye, ¿cómo estuvo la fiesta?

- Bien.

-¿Y qué regalo te dieron? porque enantes pasó por aquí Manuelito, tocando una corneta y me dijo que cada niño recibió algo.

- A mi no me tocó nada, porque era una rifa - respondió Chico Perico.

- Conque era una rifa... ¿no? So mentiroso- la tía lo agarró por una oreja y lo llevó hasta la casa de Manuelito- Dime Manuelito, ¿no recibió nada este muchacho en la fiesta? Manuelito, al ver a su compañero casi guindado de una oreja no se atrevió a contestar.

En eso, la mamá de Manuelito, quien salía de un cuarto le dijo a la tía: - “Mire, señorita, según me contó Manuel, su sobrino Chico ganó un juego de té, con sus tazas y cucharitas...

- Demonio ¿y qué hiciste el juego de té? a ver...

Y como en otras ocasiones, Chico Perico enterró el dedo gordo del pie derecho en el suelo y bajó la cabeza, con su mechón de pelo lacio.

- Estoy hablando yo: ¿qué hiciste el regalo que te dieron?

Pero, de nuevo, el muchacho enmudeció.

- ¿No me estás oyendo, carijo?- le volvió a guindar por la oreja y le dio tres coscorrones en la cabeza. A ver ¿qué hiciste las cucharitas?

Después de lo cual, el muchacho, con lágrimas en los ojos y mirando al suelo confesó el crimen. Dijo que había regalado el juego de té a una compañera de salón, porque los otros le decían mujercita...

- ¡Ah, so desgraciado! ¿y tú no tienes hermanas, allá en el campo? ¿No pudiste pensar que esas hermanas tuyas necesitan el juego de té? Dime... canalla del desierto, ¿qué clase de alma tienes? ¿A quién diste el regalo? responde...

-A Celia, una niña de la clase, porque la Perica de Polo me obligó y me dijo mariconcito.

- ¡Ah! ¿Y con qué clase de mujeres andas tú?

- No son mujeres, son mis compañeras de salón.

- ¿Y qué clase de hombre eres, que te dejas mandar por una mocosa? Pues bien, te largas de una vez. Aquí echo esta saliva, tienes que llegar antes de que seque, y le dices a la tal Celia y a la tal Perica, que aquí estoy yo esperando ese juego de té. Y si vienes sin el regalo, ya sabes la zurra que te voy a dar, para que te acuerdes de la primera camisa que te puso tu madre... si es que tenías camisa...

El muchacho salió a todo correr; cruzó la calle de los artesanos y llegó a la placita. Todavía jugaban por allí los escolares con sus pitos. La noche estaba fresca y clara. Una luna redonda y grande se reía del pobre enamorado ¿qué hacer? ¿Cómo afrontar a la Perica, autora intelectual de la desgracia de esa nochebuena? Allí estuvo, recostado de una caja vacía y abandonada como su alma; miraba la gente alegre, él como un perro infeliz y maltrecho amenazado, por los perros más grandes. Pensó regresar a casa y aguantar, como siempre la paliza, que le recordaría la primera camisa que le puso la madre, a quien las tías le tenían prohibido ver. Se decidió, como un toro hacia el matadero, siguió la ruta para hallar, entre el gentío, a la Celia. Allí en una pequeña plazoleta jugaban unas niñas. Allí jugaban sus compañeras, se destacaba la Perica, por sobre las demás, como la jefa del juego.

- Me toca a mi- dijo la Perica; echó al aire una pelotita de color rojo, para luego picar los yaks, cuando levantó los ojos y miró al infeliz novio de Chico Perico, con una cara de burro embarcado.

- ¿Oye, tú que haces aquí?

- Hola, Chico Perico- saludó Celia, con aprecio.

- No...pues dice mi tía, que me devuelvan el regalo, porque si no, me van apegar una zurra.

En ese momento el muchacho quería que la tierra se lo tragara.

- Oye- exclamó la Perica- tú si no eres...¿no?

Entonces Celia hizo el gesto de entregarle el paquete.

- No seas tonta tú- gritó la Perica y gritó: dame acá . ¿Tú no dices que dizque eres el novio de Celia?

- Mi tía manda que me devuelvan eso.

- Dáselo, Perica, yo no quiero ningún juego de té, ni él es mi novio- expresó la defraudada gordita.

- Yo tampoco dije que eres mi novia- contestó amojonado el hombre.

- Un mariconcito...eso es lo que eres- gritó la Perica- Coge tu porquería y lanzó el regalo sobre la calle, delante de todo el mundo.

Chico Perico, derrotado se agachó y empezó, aquí y allá, a recoger cada cosa: cucharitas, tacitas, platos.

La nochebuena seguía con sus pitos y maracas.

El pelado quedó solo en la plazoleta con sus chécheres y aturdido, se dirigió, paso a paso, por la calle de los artesanos, a la maldita casa de sus tías. La luna avergonzada se tapó la cara con una nube espesa.

31. LA BICICLETA DEL NIÑO DIOS.

En la calle Bolívar Sur había un muchacho de acomodada familia, hijo de un alto empleado público, y el chiquillo tenía una bicicleta.

Era su orgullo; montado en ella iba de un extremo de la calle, al otro, realizando toda clase de piruetas para amargarle la envidia a los pelados pobres que no podían adquirir un juguete semejante.

En aquel pueblo, para aquellos días, tal vez habrían dos o tres bicicletas solamente. Los dueños de las mismas, desde luego, eran los reyezuelos del mundo infantil. Los chiquillos ofrecían cualquier cosa a los dueños, para dar una pedaleada. En el trueque, los aspirantes pagaban con servicios de aseo, como darle brillo a los manubrios, sacar el lodo de los guardafangos, llenar las llantas de aire, si se desinflaban, lo que había de hacerse con una pequeña bomba manual, a pulmón limpio. Otros intercambiaban el manejo, por caimitos morados, guayabas rosadas, guineos y mangos de calidad. Y para más largo goce y lujo del paseo, hasta pájaros bin-bines y piquigordos, en sus respectivas jaulas de virote de pava, eran objetos del intercambio.

- ¡Ey tú, ya... para eso Te estoy sapeando- gritaba el amo a los que se la daban de vivos y querían lograr unos metros de más.

Cualquier niño soñaba con tener una bicicleta, aunque tales sueños, como muchos otros eran imposibles, para quienes andaban con el pie en el suelo.

Y llegaron los días alegres, previos a la nochebuena. Chico Perico pensó que ese año, tal vez tendría más suerte con el Niño Dios y, por si las moscas, le pediría una bicicleta.

Todas las tardes, a la salida de la escuela, desde una ventana Chico Perico solía mirar al vecino cuando hacía maromas en su bicicleta. El ciclista levantaba una mano, soltaba las dos y deteniéndose abruptamente, alzaba la rueda delantera, como un campeón.

Para esos días llegó otro muchacho de su edad a la casa de las tías, el chiquillo era muy

parecido a Chico Perico.

- ¿Cómo te llamas, tú?- Preguntó Chico Perico.

- Muñeco.

- ¿Muñeco?

- Así me dicen en la casa.

- ¿Qué casa?

- En mi campo, donde mi mama.

- ¿Y por qué vienes aquí?

- No sé. Me mandaron. Dicen que ésta es la casa de mi papa.

- ¿Entonces, tú también eres hermano mío?

- Me dijeron que aquí había dos hermanos, y el otro, ¿en dónde está.

- Quién sabe...El es muy bueno, pero las tías...hum...cuidado se lo dices a ellas, son unas lechuzas regañonas y meten cuero en pila. A mi otro hermano no lo chicotean.

- ¿Por qué?

- No sé, y ni se te ocurra preguntar eso.

- ¿Y tú, cómo te llamas?

- Me dicen Chico Perico, en la calle, pero mi nombre es Francisco Javier.

- Y mi nombre de verdad es Julio.

- Oye, ¿y tú te vas a quedar a vivir aquí?

- Creo que no. Parece que de aquí me van a mandar a estudiar, dicen, a una escuela que se llama Hospicio de Huérfanos.

- ¿Y tu mama se murió?

- No. Ella está viva.

- ¿Dónde?

- Allá, en mi campo.

Chico Perico se alegró de la presencia del nuevo hermano, Muñeco. Rápidamente lo entrenó en los quehaceres de la casa y le hizo conocer su hábitat: los cuartos que habían de barrer, el jardín, el patio, el bosquecillo vecino, algunas calles y chiquillos, con quienes podrían jugar, luego de ir a los tediosos rosarios nocturnos de la iglesia.

En la iglesia preparaban las actividades de la nochebuena y las maestras enseñaban a los niños a redactar las cartas al Niño Dios.

Una tarde, los nuevos hermanos discutieron lo que debían pedir, para que no fuera el

mismo regalo.

- Yo voy a pedir una bicicleta, como la que tiene Birulí.

- ¿Quién es Birulí?

- Ese de allá, en aquella casa, el de la bicicleta Le dicen Birulí, porque es largo y flaco como un virote birulí.

- Yo voy a pedir solamente una pelota, para jugar cuando me devuelvan al campo.

- Bueno, en la bicicleta yo te puedo llevar, sobre la varilla, y te enseño a manejarla.

Los chiquillos se sentaron en una mesa de hacer las tareas. De un cuaderno, Chico Perico sacó dos hojas y dijo: - “vamos a escribir las cartas”.

Chico Perico se acomodó bien, tomó la pluma de mango, la introdujo en el tintero de tinta azul-morada y empezó a escribir. Anotó la fecha y apuntó: “Señor Niño Dios. El cielo. Yo te saludo Niño Dios. Dice la maestra que tú eres muy bueno, y que todo lo puedes, y que no te gusta que ningún niño se quede sin juguetes. Yo también soy un poco bueno. Yo te pido que me pongas una bicicleta. Si no tienes o te cuesta mucha plata, me puedes mandar una usada, pero con buenas llantas. Si me traes la bicicleta yo seré feliz y el hermanito nuevo que vino, también podrá usarla.

Te prometo que el otro año tendré, mejores notas; haré, muy bien todos los mandados de las tías, para que no me peguen; fregaré muy bonito, los trastos de la comida; regaré las plantas; haré brillar los pisos de la sala y del comedor; rajaré toda la leña y remendaré mis camisas. No te digo que me portaré bien con mi mama, porque no sé, si tú sabes que ahora mismo, no tengo mama, puesto que mis tías no me dejan verla. No te olvides de mi bicicleta, y de la pelota del hermano, que dizque se llama Muñeco. Yo estoy bien de salud, pero sólo que no tengo mama. Muchas gracias, Niño Dios. Firma: Francisco Javier o Chico Perico.”

Los chiquillos leyeron sus cartas, las envolvieron debidamente y luego de rezar el Padre Nuestro colocaron las notas debajo de las almohadas.

Esa noche Chico Perico no agarraba el sueño y sólo pensaba en una bicicleta grande, de color rojo, llantas negras y un timón deslumbrante. Con ella recorrería todas las calles, y llevaría a los compañeros y a las muchachas en la varilla. Haría pruebas, soltaría el timón; se levantaría sobre los pedales, cuando se deslizara velozmente, y trataría de

imitar a los maromeros que llegaron una vez en un circo, los que sabían pararse sobre el sillín de la bicicleta, mientras daban vueltas.

En eso ya sería la madrugada, porque Chico Perico, entre dormido y despierto escuchaba los cantos de los gallos, en los patios vecinos. Oyó pasar la carreta que venía del matadero. De lejos se escuchaba el pito de algún policía trasnochado y pasaban por encima del techo de la casa las lechuzas. Un filo de sol entraba por las rendijas del cuarto. Entonces se levantó, como todos los días.

- Oye, Muñeco... ¡arriba dormilón!... vamos a ver si el Niño Dios nos puso los regalos.

Alzaron las almohadas y no había nada; las cartas estaban sin abrir.

-Oye, pero una bicicleta no puede estar debajo de la almohada- opinó Muñeco.

- Claro, vamos a ver debajo de los catres.

- Tampoco hay nada- contestó Muñeco.

Fueron a la caballeriza; buscaron por el patio... absolutamente nada, ni bicicleta ni pelota.

Como de costumbre se arreglaron. Chico Perico buscó la chácara de los mandados y se fueron a realizar las compras al mercado. De allá regresaron cuando las campanas de la iglesia daban el primer toque de misa. Chico Perico encendió la leña en el fogón y puso a calentar agua para el café. Luego fueron con la carretilla a buscar el agua para regar las flores.

- Oye, Chico Perico ¿tú crees que el Niño Dios le traería algo al otro hermano?

- ¿A Carlitos, tú dices?

- Si, el otro.

- El año pasado, él estaba aquí y el Niño Dios, le trajo un montón de cosas. Pero si este año le volvió a traer, él jugará con nosotros y nos prestará sus juguetes. Por eso, de seguro, Papadios no nos trajo nada a nosotros... quien sabe...

Como a las siete de la mañana, al despertar los niños del vecindario empezó la bullanga: cornetas, pitos, maracas, gritos de alegría, niñas con muñecas. De pronto pasó volando Birulí el vecino, con una bicicleta nueva, de color rojo, de brillante manubrio y de ruedas negras, como la había pedido Chico Perico, y justamente al pasar frente a la casa, y saludar, tocó la gran corneta: ¡tra...tra...tra!

Los hermanos, con las escobas en las manos, mientras barrían el portal, vieron pasar

como un bólido a Birulí, orgulloso y supremamente contento, con lo que le trajo el Niño Dios.

Después de aquel suceso, familiares de la madre de Muñeco, lo vinieron a buscar, para llevarlo a la Capital, al Hospicio de Huérfanos.

32. LOS LADRILLOS MÁS PESADOS DEL MUNDO.

Bueno pues, ya se sabe que en aquella casa solamente vivían mujeres: las tías solteras, más agrias que dulces; trabajadoras como abejas, ordenadas, aseadas, supremamente aburridas y amargadas. ¿Y por qué razón? Se preguntaban los vecinos.

En el lugar se decía que ellas habían sido niñas muy ricas, pero de la noche a la mañana, amanecieron en las latas. Ante semejante terremoto familiar, no pudieron resistir el embate, sino a punta de llantos, desesperación, y una atormentada conducta de vivir ocultas de las anteriores amistades, de lo más granado de la ciudad.. ¿Qué le había sucedido a la opulenta familia?

Los comentarios de amigos y enemigos referían que el padre de las tías, el abuelo de Chico Perico, una noche de dados, en el renombrado juego de la pinta, había perdido no sólo, todo el dinero en efectivo que guardaba en la caja fuerte, sino la tienda, los potreros con sus ganados, y la propia casa.

Abandonadas a su suerte, alzaron el herido vuelo con lo poco que les quedaba adentro de la hermosa y grande mansión solariega y se fueron a refugiar, en una casa alquilada, que al menos guardara ciertas apariencias. Así empezaron, como arrieras a levantar el nuevo hogar, por sí solas, bajo la indirecta dirección del padre de Chico Perico, que andaba en sus propias aventuras de tinterillo de pueblo.

Pero otras gentes decían que, además de esa causa había otras. Era que no habían tenido la suerte de casarse, aunque novios casi tuvieron. Pues cuando el hermano, el padre de Chico Perico, se enteraba de esos asuntos hacía correr a los pretendientes de las antiguas niñas ricas, con diferentes métodos incluídas las amenazas y las provocaciones para las cuales utilizaba a uno de los hermanos, que tenía vocación de buscapleitos.

Tales defraudaciones las pagaba Chico Perico, con las rabietas diarias de las tías. Eran bravas y listas para dar pescozones y latigazos. Inclementes en el castigo, lo peor que hacían era haberle prohibido al muchacho, ver a su madre; disgustadas, tal vez, porque el hermano les traía a los hijos que hacía en sus andanzas, entre ellos el Muñeco, la Telita, la Ñata y el mismo Chico Perico..

Chico Perico no entendía la razón de ese mundo extraño de la casa, ni la razón por la cual los otros dos tíos varones sólo aparecían en ese hogar de vez en cuando, al igual que su padre. Sin embargo la familia, con el paso de los años y la perseverancia en el trabajo, se fue recuperando.

Ya Chico Perico se había acostumbrado, en cierto modo, a no vivir con su madre, y aún para entonces, no sabía, a ciencia cierta, el verdadero misterio que causó la decisión de separarlo de su Mamatina.

Unos días después de su llegada a esa casa, las tías le enseñaron la cartilla de los oficios diarios: a las cinco de la mañana, los lunes, ir a buscar a kilómetro y medio, en un viejo potrero, el caballo, con el cual la tía maestra, acudía a un campo vecino, para cumplir su oficio de enseñar en una escuela rural. A su regreso debía hacer las compras en el mercado. Diariamente cargaba latas de agua para el baño de las tías y de su hermano; además para las labores de limpieza, de la cocina, y del riego del jardín, invierno y verano. Tenía que buscar esa agua, con la carretilla que él mismo construyó, en el pozo artesiano situado en una pequeña plazoleta. Para esto era preciso hacer el turno mientras otras personas bombeaban manualmente el líquido. Siempre quedaba detrás de comadres conversadoras y a veces, delante de muchachos atrevidos, con los cuales tenía que fajarse a los puños, para que no le arrebataran su puesto en la fila. Antes de irse a la escuela, ya a la altura del segundo toque de la campana, debía completar el aseo y arreglo de toda la casa: vestir las camas, limpiar y ordenar los muebles y demás enseres.

Las tías actuaban con mano firme y Chico Perico sentía forjarse con dureza en el trabajo de mocito de la casa.

Los muchachos dormilones- refunfuñaba una tía- que los agarra el día en la cama no sirven para nada. No hay que ser cochino; el aseo distingue al hombre de los marranos-; era una de las tonadas diarias.

Anda vivo, muchacho; aquí cada quien se tiene que ganar su propio bocado-advertía la

tercera tía- y no me vengas con cucharitas, ni lloriqueos de mujercita.

Sin embargo, las tareas no eran para él cosa del otro mundo, pero había una casi increíble. Para los festejos cívicos, religiosos y patrióticos, el taller de la costurera, no se daba abasto. Las damas más adineradas de aquella pequeña sociedad, solían encargar en ese lugar sus vestidos, ya que el taller era, en realidad de alta costura, y allí se hallaban los últimos figurines y revistas de la moda. La tía costurera tenía una buena máquina, pero no eléctrica, sino de pedal. Llegaba el momento en que la tarea era tal, que se le rendían las piernas. Entonces llamaba al muchacho, incluso en altas horas de la noche.

- ¡Chico!..- gritaba.

Generalmente ya el chiquillo estaba dormido.

- Oye, muchacho, no me oyes... levántate.

Pero el chiquillo seguía en el sueño.

La tía dejaba la máquina, iba a la cama del pelado, y le daba varios coscorrónes:-
“Vamos, haragán , no me oyes...levántate.”

Turulato del sueño el niño se incorporaba, y sin rumbo caminaba.

- Oye...¿ para dónde vas? Vamos al cuarto. - volvía a gritar la tía.

Ya despierto, Chico Perico sabía de qué se trataba. Dócilmente se arrodillaba frente al pedal de la máquina de coser, tomaba la palanca, y empezaba a moverla, con la velocidad necesaria, de la cual era conocedor. Pero ya a los diez o quince minutos, la velocidad disminuía, además del esfuerzo, por el aumento de la hora.

- ¡Carijo! muchacho, ¿ya te dormiste?...dale más rápido que se me traba la aguja- pero luego cambiaba la orden- Mira, cabezón, deja eso y anda a la cocina a prepararme un buchito de café, y ojalá que me lo traigas aguado o dulcito.

De regreso con la taza humeante y oloroso del café continuaba la faena de palanquero, de rodillas, a veces hasta las doce de la noche.

Aparte de esos momentos, el muchacho desafiaba la nueva vida, como peón y como niño, de la madrugada a la noche. Allí, sin embargo, le confirmaron acerca de las buenas costumbres: a no decir mentiras, ser aseado, respetuoso, honrado, trabajador y resistir lo peor de su existencia estoicamente.

Cierta vez la tía maestra le ordenó al muchacho un nuevo mandado, muy distinto a los

tradicionales.

Me vas a buscar doce ladrillos, allá en el tejlar del llano- le dijo- Son ladrillos de obispo ¿me entiendes? Eso lo saben allá los hombres del tejlar. Aquí está el dinero. Ojalá se te vaya a perder la plata.

Eran ladrillos grandes, los cuales se utilizaban para darle término, al borde del portal, de las casas. Chico Perico tomó un saco de henequén y se encaminó hacia el norte del poblado, por donde quedaba el llano, ruta que él conocía muy bien, ya que acostumbraba antes a jugar por allá, con sus amigos. Era como un kilómetro y medio de distancia, o un poco más. Al arribar al tejlar, mientras llegaba el maestro artesano, el muchacho examinó la tarea de hacer tejas y ladrillos utilizando el barro, el que hábilmente moldeaban los trabajadores. Luego los colocaban al aire para el secado, y posteriormente lo introducían dentro de un rojo y ardiente horno. ¡Qué maravilla!

- ¿Te gusta este trabajo, muchacho?- preguntó un peón al asombrado chiquillo.

- Sí señor.

- Sabrás que casi todos los pisos y portales de las casas de este pueblo fueron contruidos con ladrillos hechos en este taller. ¿Qué te parece?

- Es muy lindo, señor.

Para Chico Perico, el tejlar resultaba de fantasía. El taller le enseñaba más que el Tesoro de la Juventud, que de vez en cuando leía en la biblioteca, cuando lograba pavearse de la casa.

Acá el tesoro salía del horno avivado por los trabajadores, y ya en los crepúsculos, las siluetas de los obreros eran desdibujadas por los chispazos que emergían del horno. Ellos habían elaborado todos los ladrillos sobre los cuales pisaban las personas del pueblo, y en su salón nadie sabía eso; ahora, solamente él.

- Oiga, ¿y este muchachillo qué quiere aquí?- preguntó el dueño del tejlar, al llegar, mientras le acariciaba las mechales del pelo lacio a Chico Perico.

- Señor, yo vengo - contestó el muchacho- a comprar doce ladrillos grandes.

- ¿Grandes? ¿Cómo?- preguntó el patrón.

- Dice mi tía que de obispo.

- ¡Ajá!... los doce apóstoles... Pero ¿sabes, muchacho? no creo que tú puedas con doce ladrillos de ese tamaño, y ya la carreta se nos fue en su último viaje al pueblo. Pesan mucho y tú no eres hombre para tal esfuerzo; estás muy flaco y te hará falta mucho

mejengue.

- Aquí está la plata, señor... yo los llevaré.

- Allá tú, criatura... ¿Quién diablos te mandó, que no sabe lo que pesan doce ladrillos de obispo?

- Mijo- agregó un trabajador- ¿por qué no esperas mejor a que mañana te lleven esos ladrillos en la carreta, en el primer viaje que haga?

- No, muchas gracias, estoy pensado cómo llevarlos- agregó el chiquillo, mientras se rascaba la cabeza.

- Pero, niño, deja eso en nuestras manos- agregó otro trabajador- nos dices la dirección y allá va la carreta, mañana.

- No, porque si hoy no los llevo, en la casa me pegan.

- ¿Quién te pega?

- Unas tías que son muy bravas.

- No puede ser- ripostó un peón -¿ y tú te dejas pegar?

- Sí, señor, ¿qué puedo hacer yo? Pero oiga - dijo el muchacho, con entusiasmo- ¡ya sé como llevarlos!

Y en diciendo esto, metió cuatro ladrillos en el saco de henequén y avanzó con ellos, más o menos unos cien metros del tejár, por aquel largo llano, en donde una vez bajaron los aeroplanos. Y allá, adelante, oculto entre un matojo de batatillas dejó la primera porción de ladrillos, y regresó corriendo al tejár. Echó otros cuatro ladrillos en el saco, y partió.

- Ese muchacho es el mismo diablo- expresó un trabajador.

- No, si ahora hay chiquillos de buena madera; ése parece un hombrecito de verdad, un taco de hombre; otro pelado se hubiera regresado sin nada- argumentó otro obrero.

En menos de veinte minutos, el muchacho había transportado los doce ladrillos, a los cien metros.

Chico Perico tomó un respiro y retornó a su labor de hormiga. Justamente parecía una hormiguita que cargaba su costal de pesados ladrillos, allá, en la mitad del llano verde. Avanzaba. Calculó otros cien metros lineales y adelante. Debía dejar el bulto de ladrillos en sitios que le permitiera vigilarlos, por si acaso no faltara alguien que se hallase un lote de ladrillos acabados de hacer y calentitos. Cumplió la nueva meta, en esa marcha,

en la cual, él mismo hacía el relevo.

Cruzó, así, todo el largo llano y luego iba dejando los ladrillos en sus lotes, frente a casas conocidas o sitios visibles y la hormiguita regresaba a la posta, donde quedaba el resto. Era un ir y venir... - “Carajo, de que los llevo... los llevo” - se decía para sí el pequeño peón de carga, para darse ánimos - “esos obispos no me ganan.”

Como a las siete y media de la noche había una uña de luna en el cielo azulinegro y, al fin, Chico Perico lograba introducir al fondo del patio, gran parte de los ladrillos. La hormiguita había superado la dura carga y la distancia del tejar, el llano, las miradas curiosas de otros muchachos, quienes no entendían qué clase de juego era ése.

- Oye, Chico Perico - le preguntó su compinche el negrito Rambau- ¿qué juego haces?

- El juego de los ladrillos mágicos. No sabes cómo se cargan ladrillos de obispo?

- ¿Obispos? ¿Qué juego es?

- Un juego muy interesante, ¿qué tal si hacemos una carguita y me ayudas hasta allá; mira, antes de aquel poste de luz, son cien metros...A ver...¡Upa! Arriba campeón...

- ¡Qué va!...oye, no puedo con ese saco.

Del patio, detrás del añoso árbol de mango, emergía el cuarto de luna creciente, como una uña de nácar fulgurante.

- ¡Qué luna más bella!- expresó Chico Perico, sentado en el bulto de ladrillos, mientras con la falda de la camisa sucia secaba el sudor de la frente.

¿Y saben? Dicen que las señoras tías nunca se informaron de cómo había hecho Chico Perico para traer, desde una larga distancia, la enorme carga de los doce ladrillos, casi sesenta libras de barro, moldeados por los trabajadores en el maravilloso y encantador tejar de Canto del Llano.

Si de aquí al tejar hay un kilómetro y medio, yo traje en el saco cuatro ladrillos, en trayectos de cien metros, ¿cuántos kilómetros cargué, realmente, en esos viajes de cuatro pesados ladrillos?- le preguntó Chico Perico a su amiguito Rambau.

- ¿Cuántos, dices tú?

- Sí, pues, ¿cuántos?

- ¡Qué va!...No lo sé. Yo soy bien burro en aritmética. Eso me dijo el otro día el maestro.

- Borríco eres... tú mismo lo dices.

Esa noche Chico Perico soñó que junto a los trabajadores del tejar construía una hermosa y altísima torre, con ladrillos rojos y grandes.

- Échame aquel ladrillo acá - le dijo Chico Perico a Rambau.

- ¿Qué te pasa? ya vamos muy alto. ¿Adónde quieres llegar?

- Allá arriba. ¿Ves esa uña de plata?

- ¿La luna?

- Claro, cabecita de comején, la luna.

- ¿Y qué quieres?

- Subir allá, para agarrarla. Dicen que la luna sabe a huevito de leche y es de queso.

- Quiero robarme un tejo de luna.

- Tú eres un loco... ¿no?

- ¿Cuántos ladrillos crees tú, Rambau, que necesitamos todavía para llegar a la curumbita de la luna, si todavía falta un tercio de la altura y ya gastamos diez millones?

- ¡Uh!...qué sé yo! Soy bien burro en aritmética, dice el maestro

- El maestro y tú mismo lo dices.

33. LA AVISPA RASTRERA, LA TARÁNTULA, LA CULEBRA Y EL HALCONCILLO.

Un sábado, muy temprano salió Chico Perico con su mejor amigo, el alegre Rambau, cada uno con su biombo y las chácaras llenas de redondas piedras. Iban a pajarear al monte. Pasaron la cerca del patio, atravesaron el cañal, cruzaron el pequeño bosque y salieron allá, por la sabana. Buscaban palomitas tierreras y titibúas.

- Oye, Chico Perico, por qué le dicen titibúas a las titibúas?

- ¿Por qué va a ser, pues?

- Bueno, dime ¿por qué?

- ¿Por qué te dicen a ti, el negrito Rambau?

- ¿Qué se yo?...porque sí.

- Nada, de porque sí; es porque eres bien timbo, negro, como los talingos; eres el talinguito Rambau.

- ¿Tú?, so fretecoco, peliparao, Chico Perico mató a su mujer, la hizo chorizo y la puso a vender. ¡Ja... ja... ja!...- respondió Rambau.

- Sigue, sigue...- amenazó Chico Perico estirando las ligas de su honda- que te voy a sacar, de un guapitazo la misma pepita del ojo, so tizón de leña.

- ¿Quieres que siga? allí te va: chino amarillo, fuma cigarrillo... chino macaco, fuma tabaco...¡ja... ja...ja!...- y luego sorprendido por algo que veía gritó - Mira eso allá...¡pilla!...

- ¿Qué? ¿Dónde?- contestó Chico Perico.

- Allá cerca del matojo aquel.

- ¡ Ah! es una avispa rastrera.

- ¿Pica?

- No... ella mata.

- ¿ Mata gente?

- No creo, pero mata a la araña peluda, la que llaman tarántula.

Los pajareros sigilosamente se acercaron al mencionado matojo. Arriba daba nerviosas vueltas la famosa avispa rastrera, grande como de siete centímetros y de un color rojo escarlata.. En el arbusto, la gran araña trataba de esconderse. Era, peluda y del tamaño de un cangrejo pequeño. Desde luego las gentes temían más a la tarántula, por su feo aspecto, que a la avispa rastrera. Los pajaritos medio escondidos observaban el encuentro. En lo alto subía amarillo y veloz el sol, con millares de rayos cazadores. Pájaros carpinteros picoteaban sobre la rama de un viejo y seco árbol de aguacate. Pechiamarillos, en la copa verde de un harino chillaban, al parecer para llamar al mundo de los pájaros con el fin de que llegaran a ver la espectacular pelea, entre la araña peluda y la aguerrida avispa rastrera.

La avispa daba vueltas para sacar a la araña del hoyo en el cual se había metido; con la parte trasera de sus alas, la avispa hacía un runruneo o cascabeleo, que le metía pánico a su enemiga.

-¿Oyes eso?- comentó Rambau.

-Sí, ese ruidito es para atemorizar a la víctima. Me lo dijo el abuelo, allá en el campo.

- ¿Cuál abuelo?

- ¡Cállate! Creo que la tonta araña va a salir del hueco.

- Mira... salió la muy bruta...se escapa- exclamó Rambau.

- ¡Qué va!- respondió Chico Perico- ni de a vainitas...

No más salió la araña peluda de entre unas piedras y hojas secas y corrió un trecho hacia otro sitio, cuando ocurrió que la avispa rastrera, como un avioncito de guerra, descendió velozmente, dio varias vueltas, en círculo sobre la tarántula, y le lanzó un chorrillo de líquido blancuzco y la araña quedó inmediatamente paralizada.

- Oye ¿qué pasó?- preguntó sorprendido el negrito Rambau.

- La paralizó. Es un veneno que la avispa rastrera echa para anestesiarse y dominar a sus adversarios.

- No puede ser- cuestionó Rambau.

- ¿No lo ves? Mírala, no se mueve, lo que pasa es que ustedes los muchachos *poblanos son, como tú, bien faroleros* y no saben nada de la naturaleza, ni de los poderes de los bichos y de los animales del monte.

En eso la rastrera se posó sobre la vencida araña y le sacó los ojos, voló y desapareció en el bosque.

- ¡Qué barbaridad!... le sacó los ojos a la pobre araña- protestó Rambau - Es una asesina la muy rastrera ¡Qué mala!

- Pues ahora le lleva esos ojos para sus bichitos recién nacidos, sus hijos. Dice mi abuelo que así es la vida, y que los animales no son ni buenos ni malos. Y que los ojos de los animales es lo que más alimenta, porque son la parte más poderosa del cuerpo.

- ¿Y ese abuelo tuyo es profesor? ¿Por qué sabe tanto?

- Bueno pues, porque es campesino. Oye Rambau, ¿tú no has comido ojo de vaca?

- ¿Yo?... no soy loco.

- ¿Y ojo de puerco?

- Menos.

- ¿Y de pescado?

- ¿Qué te pasa, oye? ¿Acaso eso se come?

- ¡Jo!...-contestó Chico Perico- yo me los chupo así, ve... me los sorbo. Tú no has comido un carajo de cosas buenas. Cuando yo como cabeza de pescado, de pejeperro,

barbudo y sardina manada... ¿uf! cómo le extraigo y saboreo los ojitos... ¡qué ricura!

- Oye, Chico Perico, deja eso de lado, pero hay que tenerle miedo a esas avispas ¿no?

- Mira, si tú no las molestas, ellas no te hacen nada. Mi abuelo me decía que tampoco las culebras muerden, por morder. Las culebras nos tienen miedo a nosotros, pero si las pisas, o si las molestas, bueno... te la buscaste. Entonces te muerden para defenderse.

- Y no dicen que las culebras pican?

- No brutillo, pican los pájaros, las avispas, porque tienen picos o tenazas como las hormigas, pero las culebras muerden, porque tienen dientes. Y el veneno lo echan por un colmillo especial. Pero mira, de diez culebras, tres son venenosas, las demás son muy pendejas, muerden pero no envenenan. Me dijo mi abuelo.

- Tú, Chico Perico eres bien cuentero ¿no?

- ¡Uh!... a mi me han mordido las culebras dos veces.

- ¿Y no te moriste?

- ¿No me estás viendo... Güevín?

- Oye, y qué daño le hizo la araña a la avispa, para que ella la tratara así?

- ¿Y qué daño le hizo la gallina a tu mamá, quien la mata y tú te la comes? Decía mi abuelo que así es la vida, pues. Y que a veces, los chicos se ganan a los grandes. Los muchachos vieron que la tarántula, a pesar de su tamaño y sus pelos, que meten miedo quedó muerta.

- ¡Pobrecita!- se compadeció Chico Perico- mientras movía el bicho muerto con una ramita.

- Pero es una araña horrible- comentó Rambau- Y ¿dime, la tarántula es venenosa?

- *Mi abuelo me decía que casi todas las arañas tienen algún veneno.*

- Oye, ¿quién es ese abuelo de quien tú hablas tanto?- preguntó Rambau.

- Mi abuelo, pues.

- ¿Pero cuál?

- El papa de mi mamá.

- Ajá... ¿y tú tienes mamá o no tienes?

- Bruto, ¿y tú tienes mamá o no?

- ¿Pero quién es y en dónde está?

- Oye, preguntón, ¿acaso yo te pregunté por tu mamá?

- Bueno, está bien, grosero... - respondió Rambau- siempre me sales con un cuento.

- ¿Sabes?- acotó Chico Perico- una vez iba yo con el abuelo...

- El burro adelante... - se mofó Rambau.

- Una vez iba yo adelante y mi abuelo... por un caminito, cuando izas!... me pasó una culebra entre las piernas... ¡chumba!... grité y pegué un salto de diez metros de alto...

- ¡Ajó! mentira...

- Sí... y era que detrás venía persiguiéndola una avispa rastrera; desesperada, la culebra se echó a un charco de agua.

- ¿Se ahogó?

- Sacó su cabecita, para respirar. Pero sólo el hociquito. ¿Y sabes qué ocurrió?

- ¿Qué?

- ¿Qué tú crees?- repreguntó Chico Perico. Bueno, la avispa voló por encimita de la culebra; trazó varios círculos sobre su cabeza, igual que hizo con la araña y izas!... le echó el chorrito de aquel líquido y la paralizó.

- No puede ser! Tú me estás cuenteando.

- Te digo.

- ¿Y entonces?

- Nada, la culebra no se movió y la avispa le sacó los ojos.

- ¡Chuleta! ¿Qué canalla! Oye ¿y la culebra era chiquita?

- Como de una braza. Y bueno, una vez yo venía con mi abuelo, de la roza, en donde él tenía el maíz y los frijoles, cuando vimos un halconcillo arriba, pero no muy alto, en el cielo.

- ¿Halconcillo? ¿Qué pájaro es ése?

- Tú no sabes nada de pájaros, ¿no?

- Es que mi mamá no me deja ir por los montes, porque dizque hay tulviejas, culebras y duendes.

- Sí... y tú que eres la cochamalinda, ¿piensas que las tulviejas te iban a llevar?

- Y también los duendes. Dice mi mamá que a un primito mío, se los llevaron los

duendes y, para que sepas, él no era negrito, porque la familia de mi mamá es blanquita.

- ¡Uh! A mi me han salido bastante los duendes y me han querido engañar. Una vez me llamaron y me mostraban unas tacitas de oro. Y me decían:- “ Oye niño ven acá, te vamos a dar estas tacitas de oro...ven...Pero yo barajusté a huir.

- ¿Bueno y qué?

- ¿Qué cosa?

- Lo que me venías diciendo.

- ¿De los duendes?

- Tonto, Chico Perico, de que tú venías con tu abuelo y el halconcillo.

- ¡Ah! Sí, pues el halconcillo que te decía es un pájaro como del tamaño de una paloma de castilla, o de una titibúa, o de una paloma torcaza, o de una paloma corralera... ¿ya sabes? Tiene el pico corvo y unas tremendas garras, pero su arma más poderosa, son los ojos, porque es un pájaro rapaz, bien maldito y cazador. Con esos ojos, desde muy alto puede ver a un ratoncito acá abajo. Ellos cazan palomas, pajaritos, pollitos, lo que sea. Pues ese día el halconcillo volaba y daba vueltas alrededor de algo, desde allá arriba él lo vigilaba.- “Ese halconcillo, dijo el abuelo, busca su presa; míralo cómo se queda quietecito en el aire, moviendo rápidamente sus alas finas” - De pronto, ¿sabes lo que pasó? Pues una culebra horrorizada corrió de la pata de un palo de nance hacia otro árbol. Era una culebra coral, que tiene anillos negros, rojos y amarillos... y es muy venenosa. ¿Has visto una así, Rambau?

- No.

- Claro, ¿qué vas a ver?

- ¿Y qué pasó?

- La culebra rápidamente se escondió, pero el halconcillo continuaba en su vuelo rápido sobre el verde matojo y chillaba ferozmente, para meterle miedo a la víbora- “No la agarra, nada” - le dije yo al abuelo.

Y mi abuelo respondió: -“Tatequieto, muchacho y ya verás lo que puede hacer un halconcillo hambriento”- ¿Y qué te cuento?...el halconcillo se metió en el matojo, y aquello fue un revuelo bestial... Se formó un pleque pleque, del mismo diablo...¡huy! pero el pájaro levantó el vuelo sin la serpiente.

- Y entonces?

- Yo le dije al abuelo:- “Abuelo, a la culebra voy” .

- Y el abuelo contestó: - “Aguanta un poquito, para que veas lo que es la pelea por la vida.

El audaz halconcillo seguía volando bajo y en espirales cerradas, y entonces empezó a dar unos silbidos muy agudos. ¿Qué le decía a la culebra? Yo no sé. Te dije que el pájaro volaba en espirales...¿Sabes lo que es una espiral?

- Claro- contestó Rambau- es como la figura de un resorte de la cama. Mira es así y empezó a trazar correctas espirales en el aire.

- Eres bien inteligente, Rambau. Pues volaba en espirales. Mi abuelo me dijo que la bulla en el matojo la había hecho el halconcillo para obligar a salir de allí a la culebra. Y así fue. Después de eso, la culebra azorada salió rápidamente y culebreando huyó por el llanito, con el fin de esconderse en un lugar mejor. En eso bajó el halconcillo... pero al verlo, la culebra se paró, levantó la cabeza muy erguida y sacó la encendida lengua. Dispuesta como una lanza, iba a la pelea, a matar o morir.

- Chuleta! ¿y entonces?

- Nada. El halconcillo le dio un pase. La culebra echó, de nuevo a correr otro trecho.

Otra vez se le acercó en un lance aéreo el halconcillo, con un aleteo pavoroso, pero igual, la coral se detuvo; irguió la cabeza con su bravura de sierpe venenosa y el astuto halconcillo no atacó.

- Espera, muchacho y verás cómo el sagaz pájaro la atrapa, está haciendo el ensayo, para atacarla.

- Oye, a mi el corazón me hacía dizque: tun... tun... tun... se me quería salir por la boca.

En eso la culebra avanzó otro pedazo y quiso alcanzar un piñuelar, sitio adecuado para ella y difícil para el halconcillo, porque esas matas tienen afiladas puyas. Y ya iba a meterse debajo de las lanceoladas hojas de las piñuelas...cuando, iras!... el halconcillo la atrapó con sus cortantes garras por el largo cuello y la fue apretando, mientras levantaba vuelo, lentamente hacia arriba... arriba...arriba...como una cometa de plumas, y desde allá arriba, de entre las nubes dejó caer a la víbora.

- ¡Mierda!

- Y ipum! la coral vino a estrellarse sobre el suelo. Quedó muertecita. Y bajó el halconcillo, la tomó de nuevo, se elevó suavemente y se perdió, muy lejos, sobre las

copas de los árboles. Me dijo el abuelo: -“Viste muchacho, ya el papa cazador encontró la comida para sus halconcitos. Es la vida”... - y seguimos el camino.

- ¿Ajó! Tú si sabes cuentos ¿no?

- No son cuentos, amigo Rambau, son cosas. Y gritó- Mira Rambau, esa linda titibúa que vuela allá.

- Oye, Chico Perico ¿por qué le dicen titibúa?

- Bueno, porque canta así: titibúuu... titibúuu. Es lindo y triste ese cantar. A ver, Rambau, repite: titi- búuu...

- Titibúuuu.

- ¡ Buena! Salta ahora... ¡vuela!...

Y Rambau levantó los brazos, dio un saltito e hizo que volaba.

- ¡Buena... buena!...Ahora ya eres una titibúa, de verdad y un muchacho clase como yo. Pues sabes jugar y no le tendrás miedo a las pobrecitas culebras, como los culillosos de la ciudad.

34. LOS FANTASMAS DEL CEMENTERIO.

Un día sábado de paseo al campo, comandado por su hermano, Chico Perico amarró bien su par de biombos y temprano se fueron a la aventura. Disparaban aquí una piedra, allá otra y se detenían para subir a los palos de guayabas rosadas, o a los de caimitos de mono. Bajaban y en buenas zancadas de chiquillos exploradores, pronto llegaron al borde de la loma de las brujas.

- ¿Trepamos? - preguntó Chico Perico -¿tú sabes? ésta es la loma de las brujas.

- ¿ Y tú crees en brujas?- inquirió el hermano.

- Sí, porque mi abuela dice que arriba de este cerrito bailan las brujas, y ella las vio muchas veces.

Subieron ayudándose uno al otro. Arriba había una pequeña planicie yerma, sin arbustos.

- ¿Viste?- expresó el hermano- no hay ninguna bruja.

- Claro, de día no, pero vienen de noche.

- ¿Tú has visto alguna vez una bruja?

- Bueno, una tardecita casi las veo; ellas me tiraron piedras y yo salí huyendo.

- Pero el señor cura -acotó el hermano- dice que las brujas no existen y que es pecado creer en brujas.

- Sí, lo que pasa es que el señor cura no anda, por estos montes y de noche, cuando salen las brujas, los chivatos, los perros negros y los demonios. De todo eso me hablaba mi abuela, cuando yo estaba chiquitito.

Aquel día se hartaron de monte: se bañaron en una quebrada, y pajarearon de lo lindo debajo de los espaveces, carates y entre los matojos de matillo.

- Oye- dijo Chico Perico- voy a subir a ese árbol a comer higos.

- ¿Y eso se come? -preguntó ingenuamente el hermano.

- Están sabrosísimos. El abuelo dice: “ todo lo que comen los pájaros uno puede comerlo sin problemas, y lo que ellos no comen, tampoco se come.” El higo está como la miel. Sube acá, para que veas.

Se llenaron de la fruta preferida de los pajaritos y en esos juegos se les fue el día a los muchachos. El sol empezó a caer rápidamente- “Vámonos- dijo Chico Perico- porque el sol ya esta bien bajito”.

Con las bocas olorosas a higo, a puros amarillos y morados, a guayabas y guayabitas de sabana, regresaban los chiquillos, todavía disparando al cielo piedras azules y redondas, no más, para verlas subir y bajar entre los trozos de nubes azuladas, ocres y rojas de la sobretarde.

Como sombras volvían campesinos en sus caballos de regreso a sus hogares. Pasaban veloces palomas grises hacia sus nidos. El sol se rasgaba la ropa, al caer entre cuerdas de alambres de púas, postes de las cercas y huesudas ramazones de ennegrecidos árboles. En el viento, de lejos, venía la bullanga del poblado: pitos de carros, toques de campanas, ladridos de perros.

- ¡Diablo!...oye, vamos a correr, porque viene la noche- dijo el hermano.

- Sí corres, te van a seguir los duendes- respondió Chico Perico.

- ¿Y por acá hay duendes?

- No, pero quién sabe...

Al poblado se entraba, precisamente por la calle del cementerio. Ya, la noche de aquel verano había arrojado el mundo. Unos cien metros antes de llegar al panteón, los

muchachos se dieron cuenta de que debían pasar ese tramo. En lo oscuro, al fondo emergían siluetas de cipreses negros y de tumbas y cruces blanqueadas de cal.

- Tenemos que pasar frente del cementerio- advirtió Chico Perico.

- Apúrate, pues- respondió el hermano, medio asustado.

- No, yo no corro ni de a vainas. Es malo correr frente al camposanto -dijo Chico Perico.

- ¿Quién dijo eso? preguntó el hermano.

- El abuelo. Y si corres te corretean.

- ¿Quién?

- Los muertos, son muy rápidos, y te agarran la nuca con sus dedos de huesos que tienen tremendas uñas.

Al hermano se le enfrió la pajarilla y se pegó a Chico Perico.

Justamente, a pocos metros de la esquina del cementerio observaron, que en medio de la oscuridad, adentro, junto a una cruz grande algo se movía. Los chiquillos quedaron paralizados, como si los hubiera atacado una avispa rastrera.

- Mira allá - exclamó el hermano.

- ¿Dónde? No veo nada.

- ¡Allá!

Dos flacas y largas manos blancas y como desflecadas hacían llamadas a los muchachos. Al momento, del fondo del panteón venía un murmullo como de conversación de gentes.

- ¡Ay!... son los difuntos- gritó el hermano.

- Regresemos... no podemos pasar. Nos devolvemos- respondió Chico Perico.

Y con las moñas de pelo paradas, los hermanos echaron a correr de regreso. Luego de unos tres minutos de carrera Chico Perico se detuvo y volvió a mirar.

- Fíjate- enseñaba el hermano, con el corazón en la boca- todavía allá levantan los brazos llenos de huesos...mira.

Chico Perico conocía otro camino para entrar al poblado, pero había que dar una gran vuelta de casi un kilómetro.

- ¿Sabes? Tomemos otra ruta.- dijo Chico Perico- Apúrate.

- Mejor nos vamos a donde los abuelos.

- No, porque entonces las tías nos pegarán; ellas no sabrían qué nos había

pasado.

- ¿Y si salen otros fantasmas, por aquel camino? Preguntó el Primogénito.

- Por allá no hay fantasmas.

- ¿Pero y las brujas? - argumentó el hermano.

- Tú dices que no hay brujas.

- No, eso lo dice el cura.

- Pues hermano, anda rápido.

Y los exploradores apuraron el paso, y con hondos respiros, y mirando a un lado y otro, dieron la gran vuelta. Así entraron al poblado por otra entrada, sin tener que cruzar frente al panteón y exponerse a ser secuestrados por las huesudas manos de los muertos.

Al llegar a casa, se introdujeron a escondidas, pero las tías a esa hora aun estaban en el rosario, y sin explicar nada ellos se echaron en sus camas y se taparon los ojos para no volver a mirar los blanquecinos y huesudos brazos de los fantasmas del cementerio.

Por la mañana los muchachos volvieron a recordar el susto de la noche anterior.

- Oye, vamos al cementerio- dijo Chico Perico.

- ¿Para qué?

- Para ver la cosa de anoche; ahora es de día y hay gentes.

Y la pareja de exploradores fue, de nuevo al camposanto. Se situaron en el mismo lugar del camino, por donde vinieron el día anterior del campo y no vieron a ningún fantasma de huesudas manos. De pronto sopló el viento y unas desflecadas hojas de plátano se movieron como llamando a los muchachos y parecían decir:- “Vengan...vengan mis lindos cobardes.”

35. UN GRAN BALÍN DE ACERO BRILLANTE.

En las mañanas, concluidas las faenas de la casa, al oír la campanita de la escuela Chico Perico tomaba el camino de su salón de clases. Pero ya no supo por qué no ocupaba puesto de honor. Asimismo advirtió que había empezado a tartamudear cuando el maestro le hacía preguntas, las cuales debía responder, luego de levantarse

del banco respetuosamente, como era la tradición.

En la escuela tenía muchos amigos, compañeritos como él, que asistían a clases, algunos con los pies desnudos y ropa modesta. Eran chiquillos vivos, traviosos, y algunos mal portados, peleadores, boquisucios. Ellos formaban las garullas para hurtar huevos de patos, y robar naranjas y guineos pasados en los patios de la vecindad. También había pelados muy correctos, bien vestidos y buenos en las lecciones, con los cuales jugaba a la lleva, al escondido y al compañerito pío pío. Entre otros amiguitos tenía un compinche con el cual solía hacer de explorador de vetas de oro, en las verdosas rocas de los arroyos y en las piedras de rojos barrancos. Por sobrenombre le decían Carato.

- ¡Carato... Carato!- lo llamaba una tarde, al frente de su casa.

En eso salió la madre del compañero y con una voz de trueno le disparó a Chico Perico:

- ¡Más carata es tu madre, desgraciado!

- Oye, Carato, ayer tu mamá, me regañó, cuando yo te llamé.

- Yo me di cuenta, y qué crees que haría tu madre, si yo te llamo, al pie de tu casa diciéndote Chico Perico?

- ¿Mi madre?...- y en eso Chico Perico bajó la cabeza- ¿Entonces no te digo más Carato?

- No me importa si me lo dices a mi, pero otra cosa es que lo grites en la calle, y menos donde mi mamá.

Para Chico Perico la vida escolar, como sus viajes al bosque, eran una forma de no estar con las tías; como si se escapara de esa temida casa. Ya él tenía suficiente capacidad para darse cuenta de que en su salón, era el único niño que no tenía padre ni madre que fuera a hablar con el maestro, o la maestra, sino las tías duras, que hacia él demostraban muy pocos sentimientos de cariño. En realidad, apenas si recibía el gesto limosnero que se le daba a los mocitos de casa.

- Oye- le preguntó una vez su amigo el Carato- ¿por qué tú nunca me hablas de tu mamá?

- Es que yo no vivo con mi mama, como tú y todos los compañeros y compañeras; tampoco vivo con mi padre.

- ¿Por qué?

- No sé.

Pero Chico Perico sí sabía. Y él se hallaba solo y no porque el hermano lo despreciara, sino debido a que las tías imponían cierta distancia entre ellos, desde el primer día en que Chico Perico llegó a esa casa. Por lo contrario, a hurtadillas, y fuera del hogar, el hermano le prestaba mucha solidaridad y cariño, y gracias a él, Chico Perico, a veces, se salvaba de tremendas azotainas de las tías cascarrabias.

Y la realidad del chiquillo lo separaba de su hermano mayor. Ellos tenían cuartos separados; Chico Perico debía realizar servicios varios, como si fuera el mozo del hermano, entre otras cosas, buscarle agua para que se bañara. Las tías nunca le compraron ropa nueva a Chico Perico, éste usaba la que el año anterior había estrenado el hermano.

Chico Perico, andaba descalzo, pero no su hermano, y todas las tareas que habitualmente realizaban las trabajadoras domésticas, en otras casas recaían sobre Chico Perico.

La disciplina que lo regía resultaba muy exagerada; mas a lo largo, él se acostumbró a todo eso, y pensaba que así era la vida.

Aunque la situación en la casa era muy difícil, en esos días, las tías que una vez fueron ricas, hicieron de tripas corazón y como se enteraron de que algunas otras familias acomodadas, habían enviado sus hijos a colegios privados de la capital, decidieron mandar a estudiar, al hermano, como si fuera realmente hijo de rico, y así lo matricularan en el famoso Colegio de la Salle.

- Oye, Chico Perico, le preguntó una vecina medio vidajena- ¿es verdad que a tu hermanito lo van a mandar a la Salle?

- Sí, dicen.

- Oye ¿y con qué plata? ¿Con cascaritas de huevo?

El chiquillo no contestó.

- ¿O con ese rico arroz con leche que tú sales a vender?

Chico Perico se alejó, sin responder, pero escuchó cuando la mujer le decía a una vecina-“Ellas quieren aparentar que todavía son ricas, y dárselas de mucho... pero eso es con el consentimiento, pues al otro, lo tienen con la pata en el suelo.”

Con el viaje de su hermano, Chico Perico quedaba más desvalido, sin madre ni hermano.

Cuando aquella mañana, el hermano primogénito tuvo que tomar la chiva para ir a la

capital, a proseguir sus estudios, Chico Perico entristecido no quiso ni mirarlo. Oye...apaña - le gritó el hermano y le tiró un balón de acero, grande y brillante, como la plata- Guárdalo para que nadie te gane jugando bolas. Y era cierto, que en su salón, ningún muchacho tenía un balón de acero niquelado, así de lindo y grande. Chico Perico vio cuando la chiva, tocando su bocina, por la calle se alejaba, perseguida de perros callejeros, que detrás iban ladrando. Chico Perico apretaba entre sus dedos aquel balón, como si realmente fuera el verdadero corazón de su hermano.

36. PURO MONGO..Y LOS ALFILERES AMOROSOS.

El temido Justo Reyes, con la camisa en la mano, apareció en la bocacalle, justamente cuando Chico Perico estaba a punto de ganar una partida del juego de trompo, contra sus habituales contrincantes.

- Oye tú, fretecoco- le espetó Justo a Chico Perico-...¿dizque estás ganando el juego y cuento?...

Justo era un muchacho que tenía fama de campeón de los barrios, en las peleas a los puros mongos, a los puños.

El juego de trompo era muy tradicional entre la chiquillería. Los trompos eran traídos por las tiendas de los chinos; tal vez venían de la vieja y lejana China. ¡Quién sabe! Eran hechos de madera, bellamente torneada, de varios tamaños y colores, y poseían una punta de estaño. Con buen hilo se enrollaban, a partir de la punta, circularmente hacia arriba, y luego se hacían bailar, vertiginosamente, tirándolos con fuerza y buen estilo, al terreno.

- Mira, ¡qué plumito me ha salido este trompo!- llamaba la atención el dueño, cuando el juguete bailaba, daba vueltas, alrededor de sí mismo, suave, sin corcoveos y supremamente sereno.

- Oye, pero éste mío- comentó el compañero- me ha salido cucaracho, salta como loco.

Los prácticos recomendaban que en estos casos, había que cambiarle la punta, con una

hecha a mano, de algún clavo de hierro.

La habilidad de los jugadores consistía en saber enrollar el trompo con el hilo especial y luego lanzarlo magistralmente al suelo, para que no se enredara y pudiera picar en el punto deseado, y luego el dueño se agachaba y metiendo, debajo del trompo con habilidad la mano, cuidadosamente lo atrapaba, para que continuara bailando hermosa y serenamente, sobre el hoyuelo de la palma de la mano.

Algunos jugadores eran tan diestros que aún bailando sabían coger el trompo en el suelo, con la uña ancha del dedo pulgar. Era lo máximo. Y de allí el refrán popular de: “cógeme ese trompo en la uña”, para significar mucha destreza, de quien podía resolver cualquier problema de la vida. Pero hacer bailar el trompo sobre la uña era proeza de los campeones y verdaderos magos. Mas para los efectos del juego bastaba con agarrar, sin detener el movimiento circular del trompo, que bailaba, asentarlo en la planta de la mano y luego darle, con el mismo trompo, botes al trompo del que iba de perdedor, caído en el suelo, para que al chocarlo, lo empujara, paso a paso, a una determinada raya, trazada de antemano, por los contendientes.

El juego del trompo era entre dos o tres muchachos. Lo primero consistía en hacer la troya, o circunferencia en el suelo. Dentro de la troya, en el mismo centro, se colocaba una pequeña piedra. Entonces, por turnos, el jugador lanzaba su juguete, tirando con fuerza y puntería. Aquel que con su punta marcara más lejos del centro del círculo, perdía y debía colocar allá, en el centro, su propio trompo. Empezaba entonces la batalla. El muchacho que venía, en su orden, disparaba, con el ánimo de sacar de la troya, mediante un quiñe efectivo al trompo cautivo. Y así, cada quien en su momento. Si eran tres o más, iban empujando el trompo caído hacia la raya fatal. Mas si por un descuido o falta de pericia los que disparaban, no hacían bailar su trompo, o se les quedaba enredado en la cuerda, o cometían cualquier error entonces perdía, y debía colocar, su propio trompo, en lugar del otro y continuar así el juego, hasta colocar al que había caído, un tantito más allá de la raya previamente establecida.

De esta forma, el primero que, al darle botes, hacía llegar al trompo caído a ese punto, le tocaba la ventaja de quiñarlo. Para esto, cada jugador solía tener, además del trompo con el cual jugaba, otro, por lo general de afiladísima puya. Se hacía un pequeño hueco en el terreno humedecido; los vencedores, uno por uno, colocaban sus castigadores trompos bien filosos, punta arriba; amarraban al trompo perdedor, por la puya, con

finos hilos y luego lo golpeaban contra el filo de sus monas, que así llamaban a este tipo de trompo hecho, por los mismos muchachos para decapitar al trompo vencido. Si el castigador era bien diestro y lograba sacarle astillas o tapiaba, en dos mitades al trompo del contrario, resultaba campeón y así, el muchacho vencido, en estos casos perdía su trompo, y otras veces, si no lo partían en dos, el trompo quedaba lleno de agujeros, como un gallo herido en la pelea.

Como Chico Perico no tenía plata, al igual que otros muchachos del barrio, ni madre que se la diera, se ingeniaba para hacer sus propios trompos o monas, de madera de guayabo, especial para estos juguetes.

El día en que el temido Justo Reyes apareció en la bocacalle, Chico Perico iba llegando, casi a la raya final, del juego, empujando al trompo caído, con su mona bailadora, serena, balsita, una verdadera pluma en el bailar.

- Tú- rugió Justo, al que iba perdiendo- ¿te dejas ganar de ese maleta?

Nadie le respondió. El maleta, desde luego, era Chico Perico.

Chico Perico, sin mirarlo enrolló de nuevo a su mona, disparó, se agachó, tomó el trompo en la mano y cuando iba a darle el bote final, Justo Reyes le pateó la mano. Entonces ya no había otra salida; en el lenguaje de los mozalbetes del pueblo, eso era pelea. No se necesitaba el diálogo, porque todo estaba dicho, con esa patada. Los restantes pelados que observaban el juego se apartaron y formaron una troya mayor, el tinglado, sobre la arena. En el centro quedaba el dilema callejero: pelear o salir huyendo, cual gallina y dejar el reguero de plumas, en el terreno.

De pronto, los dos toritos se fueron a los mongos.

- ¡Dale!

- ¡Dale!- gritaban los chiquillos.

Por las ventanas de las casas, vecinos y vecinas se asomaban a ver la pelea.

- ¡Separen a esos niños!- gritó una señora de edad.

- Déjenlos que se maten- chilló un viejo trabajador que cogía las goteras de un techo de tejas.

- ¡Dale!

- ¡Dale!- insistía el coro.

- Niños, por Dios... ¡dejen la pelea! Parecen perros- repitió la señora.

- No señora -respondió el de las tejas- que se den mingo, que así se hacen los

hombres.

Justo había tomado la delantera: más forzado y de brazada larga hacía retroceder a Chico Perico. Dos pasos atrás daba Chico Perico y ninguno hacia adelante, parecía una mona perdedora.

- ¡Pelea...pelea! ¿Qué te pasa Chico Perico? Eres una gallina...-alardeaba el vencedor, Justo Reyes.

En su retroceso, por la callejuela de los Artesanos, estadio del encuentro boxístico, Chico Perico se acercó a la casa, en donde vivía una chiquilla de quien se decía que él estaba enamorado. En su línea de golpear retrocediendo, para desgracia de la táctica defensiva del peleador local, quien usaba calzones cortos, sujetos por botones, en un cruce de ganchos, se le rompieron los hilos de los botones, justamente delante de la casa de la novia, y bajo las trompadas de su contrincante... y ¡huy!... se le cayeron los pantalones al pobre de Chico Perico. Qué risas, burlas y chacoterías se multiplicaban de la turbamulta deportiva, la cual había aumentado.

- ¡Pobre muchacho!- exclamó la señora que había tratado de suspender el debate- se le vieron hasta los quimboles...

En tan desventajosa circunstancias, Justo Reyes, aumentaba su puntaje, y Chico Perico, desmoralizado parecía estar muy cerca del nocáut técnico, por razón de la caída de los viejos pantalones. Pero el hombre no se amilanó y de súbito se subió como pudo los trapos, y con la mano izquierda agarraba el pantalón, mientras golpeaba con la derecha. Al ver semejante arrojó, la muchachada se sumó a su lado y empezó a alentarlos.

- ¡Mátalo! Chico Perico...mátalo!

- ¡Dale...dale...dale, bien duro!

En eso llegó un mocetón, de mayor edad y detuvo la pelea, porque Chico Perico parecía sangrar un poco por la nariz:- “ Carajo- gritó- así no se pelea... vamos... un minuto, mientras arreglamos esos pantalones-“

Y al intervenir como árbitro trajo dos grandes alfileres, imperdibles, como de pulgada y media, cada uno, los cuales enganchó, para unir el pantalón a la camisa de Chico Perico, y entonces dijo:”- Bueno, ahora sí están parejos ...!vamos!”...

Y para contento de la multitud de curiosos y pelados la reyerta continuó. Con los alfileres mejoró la moral de Chico Perico. Sentía la solidaridad, en los gritos, de sus

masas. Empezó la ofensiva contra Justo Reyes, con rápidos ganchos de izquierda y derecha, cabezazos, patadas, y mentadas de madre.

- ¡Dale ...dale! - repetía el coro.

- Chico Perico ¡mátalo!

- Patéalo...así....!ah!

- ¡Sácale la misma! ...

Ahora era Justo el que retrocedía bajo los puñetazos certeros del muchacho de los alfileres. Chico Perico iba a favor del viento y de sus hinchas que alborotaban tras de él. Cuando, bajo la monguera que recibía el famoso Justo Reyes llegó a la raya del juego de trompo, en donde la pelea había empezado, entonces Justo, se detuvo y gritó: - “¡Deja la vaina!...¡deja la vaina!” - El campeón de los barrios había perdido esta vez.

- ¡Jovencitos!.. -volvió a intervenir la señora- dejen esa tonta pelea.

- No se preocupe doñita- contestó el de las tejas, arriba del techo- un gallito ganó, el otro perdió...así es la vida.

En la calle de los Artesanos, Chico Perico se creció como un pandero en el mes de marzo. Su orgullo fue mayor cuando se enteró, por las habladurías de la calle, de que los alfileres imperdibles se los había mandado, nada menos, que la muchacha de la cual se decía, que era su novia.

37. LOS GITANOS Y LA HERMOSÍSIMA GITANILLA.

Aquella vez, cuando llegaron los gitanos, los chiquillos acudieron a la plaza para mirarlos de cerca. Las gitanas y gitanillas vestían polleras multicolores y los hombres, gorras y sombreros raros. Los muchachos se preguntaban:- “¿De dónde vendrán esas gentes?” Parecían alegres y tristes a la vez; bonachones y pícaros.

Don Bonifacio, el maestro explicó que a esas gentes les decían gitanos, porque en algún tiempo se creyó que eran egipcios, de Egipto; pero que, en verdad, los gitanos provenían de un país de Europa llamado Hungría; y eran originarios de una región de la vieja India. Esto le comentó Chico Perico al negrito Rambau.

- ¿Supiste que van a presentar una función en la placita?- preguntó Rambau a

Chico Perico.

- Hablan de que hay un maromero y otro que come candela; yo no me la quiero perder, pero la entrada cuesta dos reales- comentó Chico Perico.

- ¿Y en qué lugar será la función, o es en la placita?

- ¿No viste una casa de tela, que dizque se llama carpa? ¿ Por qué, no le vamos a limpiar el taller al viejo Zúckary, para que nos pague la entrada?- Opinó Chico Perico.

- Claro, vamos allá.

Durante el día los gitanos recorrían el pueblo. Uno tocaba flauta y llamaba a las gentes a la función. Grupos de gitanas, en el parque, leían las manos a inocentes mujeres que deseaban saber el futuro, o cuestiones de amores y números de la lotería.

Y en la noche fue la función; allí estuvieron Chico Perico y Rambau. Todo les pareció de maravillas, especialmente, la actuación del gitano que jugaba con puñales y otro que cerró el acto con la parte más importante del espectáculo: el gitano que comía candela.

Pero a Chico Perico lo que más le gustó fue una linda gitanilla, de su misma edad, que cantó una triste canción, acompañada en la guitarra, por su padre. La tonada decía:

“ Canta vagabundo
tus miserias por el mundo,
que tu canción quizás,
el viento llevará
hasta la aldea
donde tu santo
cariño está ...”

Mientras la niña cantaba, lágrimas parecían brotarle de los ojazos verdes, y Chico Perico se la comía con sus achinados ojos, y sentía que algo se le atragantaba en la garganta.

La gitanilla continuaba:

“He de vivir siempre errante,
por los caminos,
con mi dolor, mi destino,
mi pobre vida...
Vida de inquieto

y eterno andar...
que alegre sólo
con mi cantar.”

Esa noche Chico Perico soñó con la gitanilla. Pero a los pocos días los gitanos siguieron su errante caminar; se fueron del poblado, en la madrugada y se llevaron algunos caballos, eso dijeron los dueños, quienes afanosamente buscaban a sus perdidas bestias.

- ¿Supiste- dijo Rambau- que los gitanos son ladrones de caballos?

- Mentira- respondió el adolorido muchacho, a quien la gitanita, con su triste canción y sus ojazos verdes le había sorbido los sesos, y matado el alma.

38. CUANDO BAJARON LOS AEROPLANOS.

- Cuche, abuela, ese tronío...¿ qué será?

- Son aeroplanos de los gringos.

- ¿Qué son los gringos?

- Gente rara y poderosa, blanca de ojos azules. Vuelan por allá arribísimo por los cielos... ¡Vrgen santa!

- ¿Y en qué vuelan? ¿En algunos pájaros?

- Dicen que en una cajas grandísimas, son los aeroplanos. Hacen mucha bulla.

- ¿Tú has visto los aeroplanos?

- No,. Nunca.

- Entonces, abuela, ¿cómo lo sabes?

- El abuelo dice.

Esa conversación ocurría cuanto todavía Chico Perico estaba en el campo, en donde los árboles tenían música, pero ya en la escuela, la maestra del cuarto grado le habló de los medios de transporte, y entre ellos, los aeroplanos o aviones.

Chico Perico era aficionado a pegar figuritas de aeroplanos en un cuaderno viejo. Le gustaban los biplanos, aquellos de dos alas. La maestra explicó que el primer vuelo de

un avión lo hicieron los hermanos Wright, norteamericanos, en 1903, fecha de nuestra separación de Colombia.

En la pequeña biblioteca de la escuela había la colección del Tesoro de la Juventud y Chico Perico se embebía, al mirar los diferentes tipos de aeroplanos y de barcos, y los copiaba en el cuaderno de dibujar.

Dicen que cierta vez, hacía muchísimos años, en el llano inmenso bajaron los aeroplanos. Dos mujeres aterrorizadas, al huir se quebraron las piernas, por el pánico que le produjeron aquellas terribles máquinas nunca antes vista por ellas.

Y un día...¡horror!...desde la escuela, los chiquillos vieron grandes pájaros de metal, los aeroplanos, pasar por encimita de la torre blanca de la iglesia del pueblo. El estruendo puso sordos a los pelados, cuando salieron de las aulas a ver el raro y espantoso espectáculo. - ¡Maestra!...casi se llevan la torre...

En los patios de las casas cacareaban las gallinas, aullaban los perros, maullaban los gatos, relinchaban los potrillos, bramaban a lo lejos, los toros. Y de nuevo volvían los espantosos pájaros de acero a sobrevolar el poblado. Eran diez aviones:- “!burún burún!...Así rugían, al pasar.

- ¡Los aeroplanos!... ¡los aeroplanos!...- gritaban los chiquillos.

- ¡El mundo se va a acabar!- exclamó una señora, mirando al cielo, y persignándose constantemente.

De pronto no se oyeron más las poderosas máquinas aéreas y alguien anunció que los aeroplanos habían aterrizado en el llano. Corrieron los niños, al salir de la escuela, hacia el llano de las batatillas, en el norte del poblado.

- Niños- gritaban los maestros- cuidado los matan esos aeroplanos.

Pero tal advertencia era por gusto. Allá, con la mecha del cabello parado iba, entre los primeros, Chico Perico. Los aviones bajaron, casi en el centro del gran llano. Los pilotos, vestidos con uniformes verdes hablaban otra lengua.

- Son gringos.

- Mira, igualitos al gringo mister Davies, el minero.

- Pero tienen cuchillos. Ellos matan gentes.

- ¡Jo!...Aguaita esas alotas de los aeroplanos. ¿Tú te atreverías a montar un aeroplano, Chico Perico? - Preguntó Rambau.

- ¿Yo? Claro... será como montar caballo, pero con alas. Bien facilito.

- Sí facilito..¡Las huevas!...

- Yo siempre sueño que voy montado en un caballo con lindas alas.

- ¡Bah! Sueño tú dices...

- Pero se aprende- se justificó Chico Perico, y le hizo una pregunta a un señor, que al parecer hablaba inglés, porque estaba conversando con los pilotos- Señor, ¿por qué los choferes de esos aeroplanos visten esa ropa verde y llevan armas?

- No son choferes, sino pilotos de aviación, y pertenecen al ejército de los Estados Unidos.

Los pilotos y sus ayudantes sacaron carpas y toda clase de instrumentos y materiales y armaron un campamento. Luego empezaron a cocinar latas de sopas en grandes pailas y pronto se sintió el olor a la buena comida. Como cincuenta soldados, que tenían fusiles, se acomodaban en la fila para recibir su ración.

Los chiquillos velaban el almuerzo y se les iban los ojos, detrás de las sodas, galletas, emparedados y chingongos, que por primera vez veían y olían.

Un muchacho que se las daba de mucho le dijo al cocinero gringo, mostrándole la olla de arroz: - “Guime guan concla...”

Y desde entonces, los muchachos del pueblo, le pusieron de sobrenombre de Concla...Pues a juicio del pedigüeño, tal vez concolón, en inglés, se decía concla....

Y una hora después, levantaron el vuelo los diez aparatos, en medio del júbilo nervioso de la chiquillería, espantada y casi levantada en el aire por las fuertes corrientes de aire producida por las monstruosas hélices de los aeroplanos.

- ¡Jo!..- gritó Rambau, casi blanco del miedo...¡qué barbaridad!

39. EL NIÑO SANDALIO BUGLÉ.

Alguien de la gallada, al verlo, le puso el sobrenombre de Cholito, por cariño, no por desprecio.

Un día había llegado el niño Sandalio Bugué, con su padre de la sierra azul. El papá lo

dejó donde una familia, al frente de la casa de las tías de chico Perico.

Todos los chiquillos quisieron saber acerca del nuevo compañero de juego. El muchachillo indígena apenas sabía unas cuantas palabras de español, mal dichas, pues hablaba su lengua buglere. Tendría unos ocho años, era bajo, trigueño, rollizo, de ojos negros, penetrantes y achinados.

Los pelados se enteraron que al irse el padre, Cholito se la pasó llorando y debido a ello Chico Perico y Rambau le llevaron algunos confites, y parece que eso lo calmó.

Al poco tiempo Cholito se hacía entender en su español especial. Con su clara inteligencia captaba el modo de ser de sus nuevos hermanos. Cumplía debidamente el trabajo de casa, pues era la vieja costumbre que los padres indígenas, interesados en que sus hijos aprendieran a leer y escribir, ya que en la sierra no había escuelas, trajeran los hijos menores a los poblados, para dejarlos en casa de familias, bajo el compromiso de que ellos, los niños realizaran, junto con sus estudios, diversos trabajos. Cumplían así, y a veces, duramente, con tareas de mozos de casa.

A Chico Perico le simpatizaba mucho Cholito, porque, en el fondo, también a él lo habían llevado a casa de las tías, para servir de mocito y en peores condiciones, porque le prohibieron ver a su madre.

A los pocos meses, en la escuela, con dificultad Cholito avanzaba. Era muy brillante en matemáticas y su conducta y atención al estudio era superior a la del resto de alumnos del salón. Poco a poco se borraba las diferencias de su español, aunque mantenía su acento indígena: -“Yo voy donde dotore García... Quiero jugare mañana”.

Con muy buenas notas terminaba Cholito su año escolar, y con su padre regresaba a la muy lejana sierra azul, el territorio de los bugleses.

Algo en lo cual Cholito imponía su destreza era en la lucha. Derrotaba a todos los compañeros de su tamaño y aún de mayor edad que él. Asimismo, parecía un pez en el agua, y aguantaba hasta minuto y medio, debajo del charco de agua, sin respirar. Esto lo hacía competir con los demás, en los juegos en que no tenía mayor capacidad, como en los trompos, la lleva y en lo de los bandidos y vaqueros. Otro encanto de Cholito eran sus historias sobre su pueblo y su comarca. En noches de luna, los compinches se reunían para conversar sobre los misterios de la indiada.

- Oye, Cholito- preguntó Rambau- ¿es verdad que ustedes, los indios comen

perros?

- ¡Ñagare!- respondió con su risa sencilla, mostrando los afilados y blancos dientes.

- Oye, ¿qué quiere decir ñagare?- Preguntó Chico Perico.

- Quiere decir, no... - contestó Sandalio.

- Pero la gente dice que sí comen perro- Insistió Rambau.

- No - repitió Cholito- Nosotros tenemos perros allá, para cazar conejos, venados. Si matamos al perro, no podemos coger conejos. - Y volvió a sonreír.

- Pero un señor- insistió Rambau- nos contó aquí que había visto, allá en la sierra, en un rancho, que asaban a un pequeño perro.

- Puede ser- contestó Cholito- a veces hay tiempos muy malos, mucha sequía y mucha hambre... Quien sabe si uno se comió a su pobre perro... Yo no sé eso.

- Oye Cholito - preguntó Chico Perico- ustedes creen en Dios? ¿Cuál es el Dios de ustedes?

- Mi tata, el abuelo, me dijo que el trueno era un Dios, y allí donde caía un rayo, era para matar a un enemigo. El rayo es bueno, donde cae, nace mejor la semilla de maíz y de millo. Pero también, allá arriba hay paisanos que creen en el señor Jesucristo, y se bautizan y le dan plata a los curas.

Muchas cosas aprendían los muchachos, con su compañero Cholito, quien volvía al año siguiente, a continuar la escuela y solía traer algunos regalos para sus amigos: chácaras pequeñas, flautas hechas de hueso de canilla de venado y otros juguetes de la sierra.

Cierta vez Rosita Pérez comentó que los muchachos indígenas, de pronto se iban, fugados a la sierra: "Y eso es porque el indio, la paloma y el gato son animales ingratos"...

Los muchachos le dijeron ese comentario que hizo Rosita al maestro Bonifacio, y él aprovechó el refrán para ciertas explicaciones:-" Mira Rosita, tú repites algo que se dice aquí, desde que los españoles colonizaron a los pueblos que vivían en estas tierras y querían a los indios como esclavos. Ellos, los primeros habitantes de estas tierras, desde luego, estimados niños y niñas, amaban su libertad, la que habían perdido bajo la conquista española. Y ahora después de algún trabajo que realizan acá, en las haciendas, las cosechas de café y otros lugares, vuelven a la sierra, porque, ¿sabes?... es

la base de su nación; retornan por la fuerza de su propia etnia, de su sangre, cultura, y tradición. No son ingratos, sino que todavía y con razón, no le tienen confianza a los suliaces, o sea a la gente no india. Pues aún los poderosos de aquí suben a quitarles la poca tierra que tienen en su comarca.

Todos ustedes saben, desde tercer grado, que los llamados indios vivían acá en las llanuras, junto a ríos y a los océanos y en sus islas. Pero los conquistadores no tuvieron consideración con los antepasados indígenas. Los conquistadores españoles, al principio, creían que los indios no eran gentes, sino animales, pero que hablaban otro idioma. Y los asesinaban, apresaban, les echaban sus feroces perros dogos, y así despedazados morían; los encadenaban, y quemaban vivos; los obligaban a dejar sus viejas religiones y creencias y a tomar la de sus opresores españoles; les robaban todo, incluso a sus mujeres.

¿Para qué les cuento?...eso hicieron los Nicuesa, Ojeda, Balboa, Hernán Cortez, Pedrarias Dávila, Pizarro y tantos otros. Y todavía hoy los comerciantes, los políticos, los gobiernos, y hasta descendientes de los indios, que viven y colindan con ellos, los persiguen. Creo que Rosita Pérez, que es una niña inteligente y muy buena, no creerá, de verdad, que los indígenas sean animales... ¿O sí? Dime.”

- No, maestro. Eso que yo dije, lo oí de la gente. Es un decir.

- ¡Ah! bueno... tú dirás: un maldecir... porque yo les voy a contar una anécdota...Una vez me tocó ir a la comarca indígena, a realizar un censo de población. Resultó un larguísimo viaje a caballo, y a veces a pie, por aquellos altiplanos, cerros y cordilleras. Antes de llegar a la tierra de los indígenas pasé una noche en un poblado vecino. Allí me topé con la maestra de la escuelita y le pregunté a la colega: -“ Oiga, maestra, ¿como cuánta gente hay por allá arriba en la comarca, en los lugares adonde me toca hacer el censo? -“ ¿Y saben que me contestó? Ella, ni corta ni perezosa respondió: -“ Maestro, por esa sierra, le diré, que gente hay muy poca, pero indios si hay bastantes”.

Y para terminar su sexto año, luego de las vacaciones, volvió Sandalio Buglé al pueblo. A la maestra nueva le obsequió una hermosa chaquira, y al maestro Bonifacio, un bastón, regalado por el Cacique de su tierra. Al final del año Cholito se fue con su diploma y los adioses y abrazos de Chico Perico, Rambau, Rosita Pérez y todos los demás de su grupo. Pero además, con una bella sorpresa, un perrito juguetón regalado

por sus amiguitos suliaces.

- Oye Cholito, se llama Tigre, pero no te lo vayas a comer...- Le dijo con picardía el negrito Rambau.

- ¡Ja...Ja...Ja...!Ñagare!- respondió el amiguito de la sierra y se echó a reír con su blanca y afilada dentadura de gente buglé.

40. LOS LAGARTOS COME-MARIPOSAS Y LA ESPADA DE VICTORIANO LORENZO.

Natividad Atencio, con su vozarrón tremendo, decía que el río era anchísimo y que en las orillas se asoleaban los lagartos.

- Los lagartos- comentaba Natividad- también comen mariposas.

- ¡Qué va!- respondía Chico Perico, mientras le limpiaba las botas.

- Abren así la boca- y Natividad abría su boca- y con la boca abierta muestran sus afilados colmillos y se quedan largo rato para atraer mariposas, mientras toman el sol.

- No puede ser, don Natividad- cuestionaba el incrédulo Chico Perico.

- No me digas don...eso es para los ricos del pueblo. Pero te digo que yo lo he visto, niño. Y cuando ya el lagarto se llena la boca de muchas mariposas... ¡traca!...cierra las tapas del largo hocico y se las traga.

A Chico Perico le encantaba la llegada de Natividad Atencio a la casa de las tías, porque era muy generoso y cuando le limpiaba las botas que traía del campo, llenas de barro de aquellos caminos y lodazales, o le hacía mandados, él le retribuía con algunos realillos o cualesquiera golosinas.

Natividad, viejo campesino, medio rico de campo, hombrón alto, algo jiboso, de ronca voz, de tez morena se alojaba, desde hacía mucho tiempo, en la casa de las tías como posada, porque era amigo del padre de Chico Perico. A veces era acompañado de su esposa, pero siempre llegaba con un peón, quien traía zurriones de gallinas, raspaduras, miel, frutas del lugar, para vender y así comprar las mercancías que necesitaba.

- Me gustaría llevarme a estos muchachillos para el monte- expresaba Natividad

a las tías.

- No estaría mal, Natividad- contestaban ellas,- pero tienen que ganarse ese premio, con buenas notas en la escuela y en cumplir bien las tareas de la casa y no en andar por allí con las riendas sueltas, como chivos montañeros.

Desde entonces, Chico Perico soñaba con el día prometido de irse con Natividad a su lejano caserío, para ver el inmenso río y los lagartos come-mariposas y todo lo hizo mejor, con el fin de evitar castigos de sus tías-madrastras.

Y al fin, con las brisas azules del mes de diciembre, las notas salieron buenas y el muchacho pasó al quinto grado. De modo que al volver el viejo Natividad a la posada, ya Chico Perico tenía el permiso y sus trapos listos, junto a su hermano, para la gran aventura, principalmente las armas: ligas de caucho de primera calidad, para las hondas o biombos, instrumentos de la cacería de pájaros, su deporte favorito.

Y aquella tarde, sobre las ancas de los caballos partieron Chico Perico y Carlitos, el hermano, por un camino curvo, de tierra roja, por donde salía el sol diariamente. Adiós a los maestros, a las tareas y a los rutinarios oficios domésticos. No importaba que montaran sobre sacos de henequén y que llegaran magullados, con peladuras en las nalgas, porque era el gran deseo de ver el río de los lagartos y los pájaros de otros lugares. Era el sueño de seguir detrás de Natividad Atencio, encorvado, sobre su hermoso caballo negro; hombre fornido, pero risueño, con su voz de trueno y sus manazas solidarias y anchas de curtido agricultor.

Luego de tres largas horas de trotar por estrechos rumbos, ya la noche había caído sobre los árboles y el llano, cuando llegaron a la casa. Se detuvieron las bestias y los chiquillos se echaron al suelo, con sus mucas de ropa y demás abalorios. La señora de Natividad acudió con una lámpara de querosín, que alumbraba la entrada de la casa.

- Oiga- le dijo Natividad- le traigo peones del pueblo, muy mañaneros y sumamente trabajadores.

- Mire, señor ¡qué bien! Mañana tendrán faenas- contestó sonriente la doña. Mientras acomodaba sus cosas, los muchachos se recostaron del barandal de madera que servía de balcón, a la amplia casa campesina. Sobre el llano ardían millares de luciérnagas verde-azules. Arriba de la totuma del cielo parpadeaban millones de estrellas y lejanas galaxias.

Al amanecer, en el patio, los gallos cantaron como nunca para recibir a los niños poblanos. Los visitantes se levantaron y con totumas de agua fría se dieron un remojón en las caras y los brazos. -“¡Qué lindo patio!”- exclamó Chico Perico- Al fondo, apretados guabos; a un lado, cafetos verdescuros, con bayas verdes y rojas; más allá, naranjos con doradas frutas y al final, un caimito altísimo con su ramazón de hojas de dos colores, cobre y verde, junto a un grueso barrigón, como enorme botella verde-amarilla. Eran los conocidos árboles bajo los cuales, Chico Perico, en su campo, jugaba con los paracaídas de sus flores y solía oír música sinfónica.

Bandadas de pájaros acudían a las ramas frutecidas: verdone, azulejos, sangretoros, pechiamarillos, bin-bines, piquigordos, capisucias, quiriboyas, carpinteros, palomas rabiblanas. Todo un mundo, casi fantástico, de aves y su tropel de alas de cantos y de músicas.

Frente a la casona de madera, el llano se extendía circuido de otras casas y chozas. El sol naciente hacía estallar sobre la hierba el sereno con los colores del arcoiris. Caballos aquí y allá y el reguero de pájaros negros y bullangueros, los golosos changos.

- Oye ¿qué te parece? Yo nunca había visto esa clase de pájaros- exclamó Chico Perico.

- ¿Son talingos?- preguntó el hermano.

- ¡Qué va, hermano! Nunca hay más de nueve talingos juntos y los changos son cientos. Y los talingos, todos son negros y mira éstos, las hembras son chocolates y los machos, negros retintos, casi azules.

- Muchachos- llamó la dueña de casa.- vengan a tomar el café- Resaltaba en la mesa una tortilla de maíz, amarilla y olorosa.

- Vamos, peones, coman bien. Allá está la carne asada, aprovechen, porque después tienen que trabajar en el bajo. Aquí, quien no trabaja, no come. ¿No es así, señora?- Preguntó Natividad a su esposa, guiñándole el ojo.

- Así es, señor, aliméntense bien niños; aprovechen el café calentito. Este café es del huerto, bien puro, y la leche está acabada de ordeñar.

- Sí, mis amigos peones, pues mañana hay que madrugar- ordenó Natividad- para que aprendan a ordeñar; les tengo preparada a la Manchita.

- ¿Manchita?- preguntó Chico Perico-¿Quién es?

- No vayan a pensar que es una muchacha- Carlitos que ya tenía más años, le

guiñó el ojo a su hermano- es la vaca de ustedes; tiene una ternera y se las voy a regalar, si se portan bien. La Manchita es muy linda vaca.

- ¡Ah! muchas gracias , don Natividad- respondieron los chicos.

Los muchachos se hartaron, como gente pobre en casa de ricos. Al término del desayuno comenzaron los arreglos para ir a pajarear. Escucharon los consejos de Natividad, sobre la gente en el campo, el monte, y por dónde ir y cuáles sitios evitar.

- No se les ocurra - advirtió- ir solos al río, es muy ancho y le entra marea.

Los muchachos saltaron a los bosquecillos, con sus chácaras de piedras redondas y los biombos de liga de caucho de primera. Subieron a un árbol de guabita cansaboca y se hartaron; correataron por un trecho del llano, persiguiendo palomas tierreras; llegaron a un arroyo de aguas transparentes y frescas. Tendidos sobre el piélago frío de agua bebieron, hasta llenarse; luego, en las ramas de un torcido arbusto de chumico hallaron un nido hecho como por las manos de los duendes.

- ¿Tiene huevos?- preguntó Carlitos.

- Sí.

- Déjame verlos.

- Cuidado, no los toques, porque si los manoseas, la madre abandona el nido.

Eran huevos pequeños y azulados, arriba revoloteó una pájara enardecida .

- ¿Huye! Es la mama.

Ya el sol corría por el cenit y ellos, cansados de vagabundear regresaron, cual peones de verdad, del trabajo. De nuevo, se arrimaron a la mesa, de la muy aseada cocina, a soborear, nada menos que un amarillo y cálido sancocho de gallina de patio, oloroso a culantro y orégano, con buenos trozos de ñame blandito ...!hum!

Don Natividad, si bien no era un hombre millonario, tenía para un modesto pasar, fruto de sus esfuerzos de hombre trabajador, y de la tierrita heredada de sus padres. Por eso, además de la casa poseía un pequeño potrero y en el bajo, a orillas del río, quedaba la huerta con un hermoso trapiche rodeado del cañaveral, y frondosos naranjales.

- Bueno, jóvenes- habló con su vozarrón de tigre Natividad Atencio- ¡a levantarse, peones del pueblo...haraganes!.

Era la madrugadita y apenas despuntaba el lucero moledor.

- Vamos al corral, a ordeñar a la Manchita.

Rápidamente se levantaron los paseantes y sorbieron el café oloroso.

- Miren -empezó Natividad la instrucción- primeramente se coloca la jáquima en la cabeza de la bestia, con cuidado, sin molestar al animal. Luego se le pone, en esta forma, la silla al caballo; hay que amarrar bien la cincha. La soga se enrolla aquí, en los tientos de la silla. Bien, listo, tú Chico Perico, mete la patica en el estribo y arriba. Eso es...

Chico Perico quedó, caballero en un potro colorado.

-Pero jala bien esa jáquima, ordenó Natividad- no sea que el caballo te lleve por donde le dé la gana. Tú Carlitos... arriba, arriba.

Carlitos subió al potro negro, con mayor facilidad y así, y detrás del patrón se fueron camino del corral. Cuando el sol, totuma transparente, roja y grande salía de entre una piedras redondas y negras, ya Chico Perico había aprendido a sacarle un poquito de leche a las gruesas y cálidas tetas de su Manchita, que así le llamaban por las bellas manchas blancas que tenía la vaca en la nuca.

- Mire, Don Natividad, cómo suena el chorrillo de leche en el coco...chiis...chiis...

- Ya te dije, que no me digas don...pero te ganaste el café. Tienes fibra de buen vaquero. Aunque tu padre nunca fue vaquero, pero sí le gustan las vacas ajenas... ijo...jo...jo!.. ¿qué tal si me oyera?...

Al día siguiente el tío Natividad llevó a los veraneantes al cañaveral del bajo, a orillas del río.

- Vamos, para que conozcan el río de los lagartos- dijo el hombrón.

- ¿Y habrá lagartos?- preguntó Carlitos.

- A veces hay, no todo el tiempo, porque la gente los caza.

- ¡Y se come la carne del lagarto?

- Hay gentes que la comen, pero los matan para sacarle el cuero de la panza y venderlo a los comerciantes.

- ¿Y sólo de la panza, y el resto?-preguntó Carlitos.

- Pasa de que hay lagartos tan tamaños y viejos- contestó Natividad- que hasta yerbas y palitos les nacen en la costra dura del espinazo, y ese cuero no se usa.

- ¡Jo!

Llegaron al tupido naranjal, y de pronto, de un golpe de vista... el gran río.

- ¡Chumba!- gritó Carlitos sorprendido.

- ¡Qué barbaridad de río!

- ¿Qué les parece el charquito?- preguntó Natividad.

- Es grande como usted- contestó Chico Perico- ¿Y cómo se llama el río?

El Santa María; nace en Santa Fe y desemboca, allá por los lados de la provincia de Herrera. Los jinetes se apearon de sus caballos. El sosegado, verde y enorme río bajaba lentamente. Alcatraces y bandadas de paticuervos cruzaban sobre el lomo del río, casi a ras del mismo. En las orillas se levantaban altos árboles de Panamá, con sus hojas los campesinos envolvían las raspaduras.

- Por aquel lado se puede vadear el río. ¿Ven la roca?- señaló Natividad- Vadearlo, es decir pasarlo a pie. Pero más allá de aquel sitio- Natividad hacía señas con su mano- no pasen, pues hay un remolino muy peligroso y en el recodo oscuro, cierta vez un señor lagarto se comió a un borracho.

- Don Natividad- preguntó Chico Perico- ¿y qué pasó con sus famosos lagartos come-mariposas, que no veo ninguno?

- Mañana les voy a llamar al más grande. Ya verán.

En la tarde los chicuelos, soltaron el bote, que Natividad tenía amarrado a un higuerón y se echaron a la aventura de las aguas en el poderoso río. Carlitos, tomó el remo y Chico Perico una gruesa y larga cuerda, con un anzuelo grandísimo que Natividad usaba para cazar lagartos.

Pronto sintieron la fuerza de la corriente de agua que se los iba llevando.

- Oye Carlitos- advirtió Chico Perico, cuidado con una vaina.

- ¿Tienes miedo? Entonces reza- le aconsejó Carlitos.

- No, veo que no subimos sino que bajamos.

Y ensayando aquí y allá los muchachos anduvieron por la orilla del río, sin ver ningún lagarto.

- Yo creo, hermano- consideró Chico Perico- que don Natividad nos metió un cuento de los lagartos.

¿Y tú crees que si lo agarras con esa cuerda, lo puedes sacar? Primero nos lleva hasta el mar ¿oíste?

A la mañana siguiente Natividad ya estaba en la molienda, desde muy temprano y preparaba el fondo, la gran paila de acero, para cocinar el guarapo dulce de la caña. Bajo el rancho de paja el caballo trapichero daba vueltas y más vueltas. Un peón metía

la caña entre los rolos de hierro y al otro lado, por un caño, corría el caldo, un chorro dulce y amarillento. Sañagos y toda clase de avispas acudían al banquete del jugo de la caña, mientras se llenaba la vasija, una lata grande, que luego iría al fondo, un gran caldero, debajo del cual trepidaban los tizones resinosos. El guarapo empezaba a revolverse bajo el infierno de las llamas. Con maestría, don Natividad revolvía aquella endemoniada dulzura, que empezaba a tomar, poco a poco, el sabor pegajoso de la miel de caña. Cuando la miel estaba en su punto, se extraía cuidadosamente del fondo y se echaba en los moldes, vasijas socavadas rústicamente, en dura madera y se dejaba enfriar. Así era el encanto de hacer la raspadura o panela.

Voy a echarle un poco de coco a estos moldes-dijo Natividad- para que coman raspadura de coco, pues miren, la señora está haciendo quesos, para acompañar la raspadura.

Mientras esto ocurría, el peón, por su cuenta pelaba plátanos y los zambullía en la gran caldera. Luego ese manjar era una verdadera sabrosura.

Ya en la tarde, Chico Perico se acordó de la promesa hecha, el día anterior por Natividad.

- Oiga, don Natividad ¿y su lagarto?

- Y tú sigues con el don...¿ya serán las cinco de la tarde?...Bueno, vamos al río.

Sobre las azulencas aguas caía el chorro de luz dorada del sol de los venados; algunas garzas se despedían; allá en un recodo los alcatraces daban los últimos intentos de pescar en río revuelto de sombras y destellos.

- Bueno aquí es el sitio- dijo Natividad- y juntó las manos para hacer una bocina en su boca y gritó -¡Napoleón...Napoleón!

- ¿Quién es Napoleón, Natividad?- preguntó Chico Perico.

- El lagarto, pues ¿No querían ver un lagarto? ¡Napoleón...Napoleón!...sal de allí, que estos chiquillos forasteros quieren verte.

- De pronto, del fondo oscuro del río, entre enormes piedras, cerca de la orilla emergió Napoleón, el lagarto de Natividad. Los chiquillos parecían horrorizados, de ver el tamaño del animal.

- ¿Ya lo ven? ¿Creían que eran cuentos? Miren... cómo abre la bocaza. Parece que desea comer muchachos poblanos y chiquitos. ¿Quién se echa de primero?

- ¿Yo?...¿acaso estoy loco, señor?- expresó nerviosamente Chico Perico. Oiga,

y las mariposas... ¿qué?

- ¿Quién les ha dicho que ésta es hora de tragar mariposas? Miren...miren... ahora está comiendo piedras; ¿saben? es para prepararse bien, porque de seguro piensa que yo le voy a echar a uno de ustedes, para molerlo bien en sus tripas.

- Yo no creo, Natividad, y perdone, que los lagartos coman piedras. ¿Qué alimentos le van a sacar a ellas?- cuestionó Carlitos.

- ¿Y ustedes que son pajaristas, no saben que también las tortolitas tierreras comen arenillas? ¿Para qué? Pues para moler, dentro de sus tripas, ciertos alimentos duros.

- Pero, señor Natividad- para moler a unas pobres mariposas?

Es que los lagartos comen hasta puercos y terneros, y ahora, mírenlo, está esperando que yo le eche a uno de ustedes, y claro, como tienen huesos duros, pellejos y hasta huevitos, necesita buenas piedras para la molienda adentro de su estómago. Bien, entonces...¿Quién va primero?

- ¿Yo?- contestó Chico Perico.

- ¿Yo? Repitió Carlitos, rápidamente se echaron hacia atrás.

- ¡Cobardes!... muchachillos poblanos... Cuando yo era chiquillo, así como ustedes, me zambullía en el río y montaba ese lagarto.

- ¡Jo! Oiga la mentira.

- Pues...y un día el lagarto me tragó. Y cuando yo estaba adentro de su barrigota... Empecé a hacerle cosquillas, en las tripas, y el lagarto no aguantó y tuvo que vomitarme...y yo salí nadando, muy tranquilo.

- ¡Vaya cuento!

- Y cuando la gente se enteró de que el lagarto había hecho eso, llegó aquí con escopetas y hasta bollos de dinamita para matar el lagarto. Pero yo les dije que no lo mataran, que el lagarto se iba a portar bien, y por eso el lagarto, al saber esa noticia, se hizo amigo mío, y yo le puse el nombre Napoleón.¿Saben quién fue Napoleón Bonaparte? ¿O ustedes se copian en la escuela?

Esa noche Chico Perico soñó con el lagarto, pero no que el saurio se lo comía, sino que iba con su hermano navegando sobre el río, embarcados en su viejo y rugoso lomo, y que un chorro de mariposas amarillas, rojas, naranjas, blancas, azules, violetas, lapizlázuli, bermejas, granates, campánulas, y negras venían detrás de ellos y que su

hermano agarraba mariposas y comía: “ qué ricos ” gritaba. Y entonces Chico Perico le preguntaba: -“Oye ¿a qué saben?” - Y el hermano le respondía: -“A sabrosos helados de jobo”- Y Chico Perico, volvía a preguntar: -“¿Que... qué? y Carlitos burlándose le replicaba: -“a Jobo... y así se engañan los mogos, con chácaras de jobo” ...

Para Chico Perico, el sitio y la casa solariega de don Natividad era el paraíso de la tierra. Había todo cuanto su deseo y fantasía requerían para vivir libremente y a su gusto. Carlitos, sin embargo tenía, por su mayor edad, otras aficiones y pronto se había convertido en un gran espadachín; pues en el lugar, los chiquillos llevaban al cinto espadas de madera de balsa, para los juegos en el llano. Cada muchacho se distinguía por el arte de elaborar, a partir de pedazos de madera de balsa, las mejores espadas y pronto enseñaron el oficio a los muchachos vacacionistas. Luego de algunas semanas Carlitos era el campeón de las espadas de balsa.

Pero no se ha dicho que en la casa de Natividad había cierto misterio. Era la única cosa rara de la estancia de los muchachos en el lugar.

Miren, niños- le advirtió con seriedad la señora- a Natividad no le gusta que nadie entre en ese cuarto. ¿Ya lo oyen? La puerta está con candado. ¿La ven? Pero yo sé que los niños curiosos son capaces de treparse por allá y bajar, al otro lado. De manera que tengan cuidado con no hacer lo que a Natividad no le gusta, porque ese señor, ustedes no lo conocen, es bravo pero muy bravísimo.

- Sí, señora- contestó Carlitos.

- Pero, señora, ¿qué hay allí encerrado?

- Cosas.

- ¿Qué cosas?

- No seas preguntón, Chico Perico- le llamó la atención el hermano.

- ¿Oíste lo que dijo tu hermano?

- ¿Así que nadie entra allí, ni usted tampoco?- insistió Chico Perico.

- Entramos, desde luego él, y yo, claro, pero solamente nosotros. Hace muchísimos años, para que lo sepan y no me pregunten más, aquí llegaron enemigos de Natividad y gentes del gobierno, y se lo llevaron preso. Pasó varios meses detenido y cuando vino cerró ese cuarto. Eso es todo.

A la casona de Natividad, de noche acudían vecinos. En el portal, cuyo piso era de redondas piedras del río, bien colocadas, los paisanos hablaban de trabajos de

agricultura y cosas del campo. A veces contaban chistes y tallas, en lo cual Natividad era el principal actor.

En noches de luna, sentados en taburetes de cuero y en rústicas, pero bien elaboradas banquetas de madera de cedro, los vecinos, con sus sombreros blancos, en torno a Natividad, quien habitualmente se recostaba en un taburete grande a un pilar de la casa, se complacían, no sólo con los cuentos sino con tazas de café o vino de palma, que traía la señora, y la velada caminaba con la luna, hasta muy tarde, y Natividad echaba, uno tras otro, cuentos de todo tipo, y a veces, anécdotas de la Guerra de los Mil Días.

- Dígame don Natividad- intercedió un vecino- ahora que nos habla de esa guerra ¿cómo fue que mataron a Victoriano Lorenzo?... ¿O eso fue un cuento de los godos?

Ante la pregunta, Natividad miró las estrellas, chupó el canuto de la pipa, miró enderredor y respondió:

- Ya se lo había dicho yo a Victoriano, que de los ñopos godos o de los liberales, no podíamos confiar. Al jefe lo fusilaron cochinemente un 15 de mayo de 1903. Lo acusaron de bandolero. Lo entregaron al gobierno godo, los propios liberales, que ya se habían arreglado con los conservadores y con los gringos. Lo entregaron, porque era un simple cholo de la sierra, como yo.

- ¿Y por qué los gringos se metían en esto, Ño Natividad?

- Bueno, pues, hombre...la guerra llevaba mil días, y ellos estaban esperando que terminara, para que Colombia aprobara los tratados, de forma que los Estados Unidos, pudieran hacer el Canal. La guerra, al fin terminó. Y como Victoriano era tan luchador, pensaron que el Cholo podría levantarse otra vez en armas, y dificultar la construcción de esa obra, que los gringos necesitaban para sus negocios y para dominar el mundo...Eso fue lo que se supo después, pero en aquellos días, simplemente le hicieron un juicio militar, aunque el Tratado que ponía término a la guerra, firmado en el barco norteamericano el Wiscounsin, acordó dar la amnistía, a todos los que habían participado en esa guerra... a los principales se la dieron, menos a Victoriano Lorenzo.

- Oiga, Natividad, ¿y nadie lo defendió?

- Hubo un grupo de liberales que hicieron una carta de protesta, pero nada más. Y nosotros habíamos sido paralizados y desarmados. Por otra parte, señores, ya los gringos habían intervenido y tenían sus ejércitos en el ferrocarril, y habían dicho que no

iban a permitir que nadie pasara de un lado a otro. Ya los gringos se habían tomado a Panamá...Oigan niños: ¿los maestros no le han enseñado tal historia?..Bueno...esa fue nuestra desgracia, y a Victoriano lo fusilaron. ¿Saben? A mi General Victoriano lo sacaron de la cárcel. Iba en medio de dos soldados, de pronto apareció, a su lado, en aquella plaza, un perrito. Victoriano se agachó y le acarició la cabeza. Los soldados empujaron a Victoriano, y lo colocaron frente al pelotón que lo iba a fusilar. Y frente a su muerte él, en medio del silencio de la plaza, llena de gente, gritó - : “ Señores: oid una palabra pública. Ya sabéis de quien es la palabra. Victoriano muere. Yo muero como murió Jesucristo”.

Y esto que ahora les cuento, yo no lo supe de una vez, ni siquiera tenía noticia cierta de que lo habían fusilado, sino meses más tarde, pues yo y otros combatientes no pensábamos que lo habían matado, en aquellas montañas, por donde andábamos. Lo creíamos vivo, en algún lugar, porque se sabe que a Victoriano no le entraban las balas y además, cientos de veces nos dijeron que a Victoriano lo habían matado, y luego aparecía el hombre acá con nosotros, por esas sierras de La Negrita, de Olá y de Santa Fe.

Así nos quitaron al jefe de nosotros los cholos, los indios y campesinos. Miren, a Victoriano le hicieron el juicio el 14 de mayo de e 1903 y lo fusilaron al día siguiente, 15 de mayo y ya en noviembre, a los cinco meses y días, se dio la separación de Panamá de Colombia... por eso Victoriano, sí es un verdadero prócer de esa independencia, aunque no lo quieran aceptar los ñopos y los sinvergüenzas que siempre vivieron pegados a la tripa de los norteamericanos.

- Oiga, y ¿por qué se metió usted en esa guerra?

- Miren, yo me fui a esa guerra como a los quince años, porque los cholos y campesinos vivíamos muy mal bajo el gobierno de los conservadores colombianos, el gobierno de los llamados godos. Estuve, desde esos días, en todas las batallas, junto a Victoriano Lorenzo, quien era de allí de las montañas de Coclé y de Capira. Cuando la guerra terminó regresé y me traje algunas armas que habíamos escondido, porque pensé, como otros compañeros, que en cualquier momento Victoriano nos volvería a llamar; mas por gusto esperamos, porque lo habían fusilado.

- Ajá, mano Natividad- intercedió un contertulio- ¿Y ese Victoriano era un hombrón así como usted, o cómo?

- No. Era más bien chico, pero no se andaba con vainas y peleaba como un tigre... El defendía a su gente y a los pobres; luchaba por la tierra, y contra los diezmeros, que se llevaban de las casas, gallinas, puercos, vacas, arroz y lo que el pobre cholo tuviera, para los curas, los alcaldes y el gobierno.

- ¿Y él era liberal?

- Se decía, pero no... para decirle verdad, nosotros no éramos nada de la politiquería; fuimos a la guerra por defender lo nuestro, y claro, los liberales eran los que estaban peleando contra el gobierno y por eso quedamos de aliados de los liberales. Y después, ya con Victoriano Lorenzo, fuimos lorencistas.

- Y en esa larga guerra, amigo Natividad, qué grado ocupó usted?

- Llegué a sargento; gané ese premio por mi comportamiento en el sitio de Aguadulce, en donde hicimos comer tierra a los godos y el mismo Victoriano me ascendió; bueno y ustedes, ¿acaso no saben que él llegó a General de la Séptima División del Cauca y Panamá?

- Cierta vez, ese verano, en que don Natividad y su señora salieron de noche, a un velorio de algún familiar, en una comunidad vecina, los traviosos muchachos, quedaron solos, y valiéndose de una escalera de guarumo, lograron penetrar al misterioso cuarto. Todo estaba limpio y en orden. No había cama, sino algunos bancos y una vieja mesa. Pero de una pared colgaban dos carabinas y debajo de la estampa del corazón de Jesús y de una vieja foto de Natividad con Victoriano, alumbraban dos gruesas velas. En la otra pared, colgaba de un viejo clavo una espada de verdad. Los muchachos sacaron la gran cuchilla de su vaina.

- ¡Jo!...exclamó Chico Perico- mira qué filo tiene. Esta si es espada de verdad. Tómala tú, Carlitos y juega con ella.

Carlitos, con gran placer, tomó la hermosa espada y esforzándose con las dos manos, para poderla lidiar hizo algunos pases.

Y cuando al día siguiente regresaron los dueños de la casa, Chico Perico, ni corto ni perezoso preguntó a Natividad:- “ Oiga señor Natividad, ¿quiere decir que usted sí tiene una espada de verdad y no de balso?”

- ¡Ah, caraste! Muchachillo del diablo... Ya sabía yo que se meterían allí.

- Nos metimos por aquella ventana- agregó Carlitos.

Natividad abrió la puerta y sacó la espada, la desenvainó y le pulsó el viejo filo de otros

días.

- ¿Saben? Esta espada me la regaló el General Victoriano Lorenzo. Después del sitio de Aguadulce, en donde nosotros derrotamos a los conservadores, y él me subió a sargento- El hombrón le dio golpecitos con el plan de la espada, en la cabeza, a los dos muchachos- So pedazos de bellaquitos...-agregó satisfecho.

- ¿Así que usted estuvo en aquella Guerra de los Mil Días, de que siempre habla el maestro Bonifacio?- Preguntó Chico Perico.

- Sí, señores, fui un fiel guerrillero del Cholo Victoriano Lorenzo.

41. EL METRO DE LOS CIEN CENTÍMETROS Y LA BELLA ROSITA PÉREZ.

Por años, el maestro don Bonifacio guardaba en una esquina, no lejos del pupitre, un viejo metro de madera. Ya defectuoso, porque se le había roto en la punta, luego de haberle aplicado castigo a uno de sus más rebeldes muchachos y ya apenas si tenía unos ochenta y cinco centímetros. Pero al empezar el año en curso, adquirió, en la tienda del chinito, un metro de fabricación alemana, con los cien centímetros completos.

Por eso, en la escuela se corría la fama, entre los pelados, que pasaban al sexto grado, de que el maestro Bonifacio ahora tenía un tremendo metro nuevo, con el cual solía castigar a los alumnos de mala conducta. Lo cierto era que don Bonifacio, causaba cierto temor y respeto, entre muchachos y muchachas, nada más por la gruesa papada temblorosa, debajo de su ancha y gorda cara, su corpulencia deformada, por una enorme barriga y sus cabellos lacios, caídos de lado y lado, con la permanente raya blanca y recta, en la mitad de la testa. Sin embargo, al maestro Bonifacio, verdadero tutor de muchas generaciones en ese pueblo, le sobraban créditos académicos y prácticos para el ejercicio de la instrucción y la educación, dentro de su propio estilo de enseñar y su forma de ser como hombre. Los padres de familia, pese al metro de los cien centímetros y dominados por la idea de que la “letra con sangre entra”...pues lo preferían, porque el letrado era persona muy justa, un educador científico, recto y muy pedagógico, a la antigua usanza. Sabía enseñar, formaba ciudadanos ejemplares y

parecía una enciclopedia ambulante.

- Mire don Bonifacio, si este hijo mío, le faltara el respeto, o hiciera cosas malas, no piense dos veces, y me le da sus metrazos; así como usted me los dio a mí, gracias a lo cual y a mis queridos padres, hoy soy un hombre de bien. Ayúdeme para que ese niño no me salga torcido ni maluco, que yo hago lo propio en mi casa, junto a mi mujer, pero usted sabe, cómo anda ahora el mundo y la perdición de los jóvenes.

Era claro que, en el poblado, el enseñador Bonifacio tenía reconocido prestigio social y mucho apoyo.

En el sexto "A", ese año, asunto sobresaliente y que llamaba la atención era la hermosa alumna Rosita Pérez, la chica que en su quinto grado había sido escogida como reina de la escuela. Ella, además de una bella voz para las canciones, tenía los ojos más lindos del plantel, según afirmaban Chico Perico y todos sus admiradores. Poseía una extraordinaria combinación de tez morena, cabellos negros y ojos claros. Pero además Rosita Pérez era bien educada, excelente alumna y muy cariñosa con todos sus compañeros y compañeras, aunque generalmente, en los recreos, se le veía, en tertulias y juegos, más con los niños, que con las muchachas.

Los muchachos parecían sañagos tras de la miel y por eso Rosita Pérez, resultaba la envidia de algunas chiquillas, no solamente, las de su grado, sino de otros salones, incluso por aquello de haber sido la afamada reina escolar.

Pero, desde luego, lo más importante de esa clase era el maestro Bonifacio. Los alumnos en el recreo y en los paseos hablaban de su carácter.

- ¿Sabes?... Yo creo que el maestro se mete sus traguitos. - dijo Rambau.

- Y por eso está pipón... ¡Ja...ja...ja!

- Oye, y él, tú sabes...nunca va a la iglesia. Dicen que es ateo, que no cree en Dios...

- Rareza ¿no?

- Mi abuela, dijo una niña, comenta que el maestro es masón...¿Qué será eso?

- Bueno, a mí no me importa, porque un día yo le conté la difícil situación que mi mamá tenía en la casa para cocinar, y esa vez él me regaló cinco reales.

- Pero también es muy bueno con el metro...

- Con los mal portados y mentirosos como tú. Yo prefiero que me maten a pegarle una mentira.

- No te la tires de muy sacristán, y bien portado.

- Pero oigan esto...el maestro nunca ha castigado a la Rosita Pérez, porque es su consentida.

- Mi mamá dice que no le dan con el metro, porque ella es la hija del señor alcalde.

- No, yo creo que no la ha sonado, porque ella es la reina.

- Envidiosos- retó Chico Perico- es porque se porta bien. ¿qué quieren ustedes...que la maten?

Ciertamente, a los escolares, niños o niñas, don Bonifacio solía darle palmadas, con el metro de los cien centímetros, cuando cometían alguna falta más o menos grave, o alguna grosería, menos a Rosita Pérez, que nunca se comportaba como malcriada. Las palmadas a las niñas eran suaves, desde luego, pero a las chicas les causaba mucha vergüenza tal castigo y trataban de andar derechitas.

Tenia el maestro Bonifacio el defecto de apodar a sus alumnos con sobrenombres, motivo por lo cual, varias veces, algunos padres de familia lo denunciaron ante la dirección del plantel. Pero el propio director temía enfrentar el verbo o la palabra cáustica de don Bonifacio, y por tal razón el continuaba con ese vicio.

- A ver, tú, cabeza de pepino...¿Qué exporta Panamá al extranjero?- preguntó el maestro, luego de haber explicado que la exportación del país resultaba muy poca, ya que se vivía, fundamentalmente del Canal, del comercio y de algunos productos agrícolas y ganaderos, para la subsistencia.

Como cabeza de pepino, al igual que Chico Perico, vendía dulces en la calle, en este caso bienmesabe, que su madre hacía y era muy afamado en el pueblo, pues sencillamente contestó al maestro:- “Maestro, Panamá exporta bienmesabe a Inglaterra”.

La respuesta promovió las risotadas en el salón, pero don Bonifacio no acudió a su metro y sólo exclamó: -“Hombre, ¿acaso no sabes en dónde queda Inglaterra? Te dejo como tarea de mañana averiguarme eso”

Pero un lunes, después del canto del Himno Nacional, don Bonifacio llegó al salón sonreído. Venía vestido de camisa y pantalón blancos. Pocos sabían que se trataba del día de su onomástico, y que en la tarde, lo celebraría, con sus colegas y amigos en la cantinita del pueblo. Se conocía que en esas reuniones, el maestro le daba por recitar

entre otros poemas, Los Motivos del Lobo, de Rubén Darío; Patria, de Ricardo Miró y el poema Número Veinte, de Pablo Neruda. Ya que también era maestro en el arte de la declamación. Y esas parrandas terminaban con viejos pasillos, bambucos y tangos, porque Bonifacio era gardeliano, y además tocaba muy bien la guitarra.

Ese día, su esposa se esmeró en escogerle la mejor ropa, bien aplanchada, para que Bonifacio luciera en su cumpleaños, como un hermoso palomo, delante de sus alumnos y colegas.

Pero el maestro no solía hablar de sus asuntos personales en el aula de clase, ni admitía ningún tipo de elogio a su persona o trabajo, de modo que el problema del cumpleaños no era cuestión del colectivo de la clase.

Otra cosa era el aseo, el orden y la decoración del aula. Los estudiantes se turnaban en el arreglo de la misma. Flores comunes de los jardines caseros llegaban cada día, y una persona debía colocarlas en el florero del maestro. Sobre el pupitre había un grueso vidrio, el cual cubría figuras de los símbolos patrios. En el centro del mueble situaba el registro oficial, cuaderno de mucha importancia. A la mano derecha del maestro, siempre estaban dos tinteros, repletos de tinta; el uno azul, para las notas corrientes y el otro rojo, para anotar los fracasos y faltas de conducta de los alumnos.

Don Bonifacio era muy exigente en la limpieza diaria de su pupitre, debido a eso el alumno o alumna que ejercía como responsable de aseo debía preocuparse de que todo luciera limpio y oloroso. El maestro prefería jazmines o rosas, pero recibía todo, luego que fuese situado con buen gusto- “Eso sí- decía- no me traigan flores artificiales... eso es una vulgaridad”. El no aceptaba desgreños, polvo, ni papeles tirados en el piso, y repetidamente recitaba el pensamiento siguiente:- “Si cada quien aseara el frente de su casa, el mundo estaría perfectamente limpio”...- y preguntaba - ¿Quién dijo eso?” En coro la clase contestaba, lo que ya tenían archisabido: “Goethe”...

- ¿Y quién era Goethe?- preguntaba el maestro.

- Un filósofo Alemán, nos explicó usted- contestó Rosita Pérez.

Pero la vergüenza más grande que sufrió Chico Perico, aquel año, fue la vez que la Legión Sanitaria del plantel, que se ocupaba de inspeccionar el aseo personal de los escolares: peinado, limpieza de las uñas y otros aspectos, cuya labor la hacían grupos de estudiantes distinguidos, cierta semana descubrió, nada más y nada menos, que la hermosísima Rosita Pérez, la famosa reina de la escuela, tenía piojos. Aquello fue un

escándalo, no solamente en el sexto grado “A”, sino que la noticia recorrió por todos los salones, incluso los linderos del poblado.

Ahora, la pobre Rosita Pérez, era conocida además como la reina piojosa, y todos los caballeritos enamorados que tenía en el salón, desde luego salieron a defenderla.

- Mentira, lo que pasó fue que alguna envidiosa de la Legión Sanitaria, le echó piojos en la supervisión, a la Rosita, para desprestigiarla respondió un defensor.

- Claro, bien malucas que son...

Lo cierto fue que el propio alcalde, padre de la niña, asistió a la escuela para presentar quejas al director, y acusar a la Legión Sanitaria de difamar a su bella hijita. Sin embargo, el maestro Bonifacio no desautorizó a las muchachas y muchachos de la Legión Sanitaria, aunque se trataba de su consentida.

- Miren, niños y niñas, Rosita Pérez no tiene porqué sentirse humillada, ni ustedes, muchachos, inventar falsas cuestiones contra la Legión Sanitaria. En este mundo cruel- agregó el maestro- hay de todas las cosas, de lo bueno y de lo malo y aquí nadie puede decir:- de este piojo no tendré... Sí hay, desde luego, personas descuidadas y piojosas, pero también existen plagas de piojos en los pueblos, por las cuales, hasta los más aseados pueden ser afectados. Eso es lo que le ha sucedido a Rosita. Y dirigiéndose a la reina agregó- : No te apenes, niña, mañana vendrás, de seguro muy limpia, sin un solo bicho en tus cabellos. Mira, díle a tu mamá, que consiga, donde el señor Josesito, manteca de palma de corocita y dos pepitas de cedrón; rayas y mezclas todo eso y esta noche te lo aplicas al cabello...y listo...

Sin embargo, para Rosita Pérez, ese día fue sumamente amargo. A ella le tocaba hacer el aseo de la tarde y justamente cuando limpiaba el pupitre del maestro, con la ayuda de su admirador Chico Perico, sin advertirlo tropezó con el tintero de la tinta roja... ¡para qué fue aquello!...y lo derramó, manchando precisamente el cuaderno del registro escolar de don Bonifacio. Rosita no supo en dónde poner las manos ni los ojos y un grupo de compañeros, al enterarse del desastre acudió a tratar de resolver el daño. Chico Perico sacó un trapo que usaba como pañuelo, con el cual secó un poco la tinta derramada sobre el vidrio, pero era imposible componer nada de lo que había sido dañado en las hojas del registro oficial del maestro. Esto verdaderamente iba a ser una tragedia. Aquello ocurrió minutos antes de las dos de la tarde, cuando llegaban los alumnos y aparecía el maestro Bonifacio, como un reloj. En su puesto, Rosita Pérez

temblaba cuando oyó el portazo del maestro quien al dirigirse al pupitre observó el enorme daño.

- ¡Oh!...¿qué ha sido esto?- exclamó, casi gruñendo como un tigre. Se le pararon los pelos de la cabeza y los ojos parecían salirse de las cuencas. Miraba a cada muchacho y muchacha, en espera de que alguien se levantara y dijera:-“ fui yo maestro”...

Pero lo único que se escuchaba era el rumor del silencio.

- ¿Quién fue el canalla del desierto que manchó mi registro escolar?- bramó Bonifacio, casi fuera de sí.

Del fondo, de la última banca, en donde estaba sentado, se paró Chico Perico, levantó la mano y dijo:- “yo maestro”.

- ¿Fuiste tú, frente de calabazo?

- Sí, maestro, fui yo, pero sin quererlo.

El maestro buscó la lista de los responsables de aseo de esa tarde y observó que la encargada era nada menos que Rosita Pérez.

- Oye, tú Rosita Pérez, ¿no te tocaba hoy el arreglo del salón, en este turno?- Todos los niños en absoluto silencio esperaban la respuesta.

- Sí, maestro, me tocaba.- Y yo fui la que derramé, sin querer el tintero, cuando limpiaba su pupitre.

- Y tú ... ¿qué dices ahora de esto, señor Chico Perico?

- Maestro, repito: yo fui el que derramé el tintero, pues quise ayudar a Rosita, sin que ella me lo pidiera, y cometí la caballada.

Después el maestro sometió a investigación a toda la clase. Preguntaba: “fue Rosita Pérez o Chico Perico quien derramó el tintero?”- y cada alumno contestaba que Chico Perico, excepto Rosita Pérez, quien volvió a asumir su responsabilidad y dijo: “ fui yo, maestro Bonifacio... fui yo” ...

En esos momentos, súbitamente entraron al salón varios colegas del maestro, con ramos de rosas y un regalo y empezaron a abrazar a Bonifacio, con motivo de su cumpleaños. Los niños y niñas de la clase aplaudieron y cantaron, en coro, una bella canción, con los maestros.

No demoró mucho el saludo de los maestros y con sonrisas se despidieron ellos, del agasajado y los escolares.

Los chiquillos respiraron hondo, y creyeron que los maestros habían salvado la situación. Pero Bonifacio volvió al asunto.

- Tú, Chico Perico, ven acá.

El muchacho, como un torito empujado hacia la muerte se acercó al pupitre.

- Tú, Rosita Pérez, tráeme el metro.

Rosita, con la cabeza agachada y sin mirar al público hizo el mandado.

- Miren, yo estoy absolutamente seguro que Rosita Pérez jamás dice una mentira-sentenció el maestro- pero como tú, frente de calabazo, te las tiras de muy macho y de mejor caballero... levanta pues esas flacas manos, para que te acuerdes de la primera camisa que te puso tu madre, y sonaron los palmetazos: ita...ta... ta...ta...ta...ta...ta!...

Adolorido, pero sin humillarse, y con el rostro colorado y como si fuera llevando una hoguera en las manos, regresó el muchacho a su asiento, y miró por lo bajo a Rosita Pérez y ésta le devolvió el gesto con la mirada enrojecida de sus hermosos ojos y algunas lagrimitas de gran pena.

- Saquen el cuaderno de lenguaje- ordenó el maestro- ahora vamos a hablar del gran poeta cubano José Martí y de sus versos sencillos.

42. EL MAR, EL CANAL Y LOS TRASATLÁNTICOS.

Una vez, en la clase de dibujo, Chico Perico pintó el mar, así azulísimo, con un horizonte casi negro. Arriba volaban bandadas de pájaros oscuros y abajo, como pétalos de jazmines, navegaban los veleros. El maestro había dicho que así era el mar y para la clase mostró algunas postales y láminas del mar.

Chico Perico recordaba que su abuela le había contado algo sobre el mar, de cuando su Mamatina se fue a la capital a buscar trabajo, y navegó en un barco en donde también llevaban el ganado. Pero como el mar estaba tan lejos de su pueblo en el cual, él y sus compañeros montañeses y de los llanos, vivían, nunca habían visto, realmente el mar.

Y por ello el muchacho se alegró mucho, cuando el vecino que tenía una chiva gallinera debía realizar un viaje a la capital y le pidió a las tías permiso para llevarlo, con el fin de

que le ayudara a cuidar, en el largo viaje, las gallinas que iba a mercadear. Como las tías le debían al vecino muchos favores, no tuvieron reparos para que el mocito de casa se fuera de peón del chivero.

- No tienes que ayudar en nada- le dijo el señor, por lo bajo al muchacho- es para que conozcas a Panamá, el Canal, el mar y los trasatlánticos. Pero yo sé como son tus madrastras...

Esa noche, el muchacho no pudo agarrar bien el sueño y a las tres de la madrugada, cuando el vecino tocó la bocina de El Aguila Solitaria, ya estaba con una bolsa en el portal. Iba en la nueva y gran aventura. Ningún niño de su salón conocía la capital, ni el famoso Canal interoceánico, del cual el maestro Bonifacio decía que era una de las siete u ocho maravillas del mundo.

Asomado por entre un enrejillado, en la parte trasera de la chiva, y sentado sobre sacos de arroz y entre cajas de gallinas, el viajero y ayudante de chofer miraba el pasar raudo, a unas cuarenta millas por hora, de casas, cercas, árboles y de vez en cuando sentía que se mareaba. A esa velocidad, luego de unas seis horas la chiva llegó a Antón, tras de haber pasado Aguadulce, Natá y Penonomé.

- Bájate muchacho- dijo el chofer- vamos a tomar un caldo de camarones, para revivir, pues aquí preparan algo muy succulento.

Y almorzaron. Al término de la comida el vecino le regaló al chico un potecito del famoso manjar blanco antonero. Y arrancó la chiva, a todo forro, y entonces el paisaje era más desolado y tedioso. Mas al fin, como a las tres de la tarde llegaron a la gran maravilla, el Canal. El muchacho entumido y medio turulato del movimiento, bajó por entre sacos y gallinas, y quedó absorto, al contemplar el espectáculo de la gran zanja de agua y los inmensos barcos. Algunos trasatlánticos estaban anclados en el muelle; otros pasaban lentamente, entre las boyas que indicaban los contornos navegables de la salida hacia el ancho y azulado océano, el Mar del Sur.

- Oiga, vecino, ¿y por qué tenemos que esperar?

- ¡No sabes? Porque el Canal lo cruzamos en aquel asunto que ves allá; debemos subir los automóviles a su plataforma. Luego esa gran panga, que le dicen el ferry, nos lleva al otro lado del Canal. Como ves, en el otro lado hay otra barcaza igual. Caben muchos carros, chivas, camiones y gente. En ese transbordador vamos a pasar, fíjate bien. Pero hay que esperar.

Desde los barcos, que pasaban lentamente, los marineros saludaban a las gentes que esperaban el ferry.

- Esos barcos- explicó el vecino- demoran ocho horas, de la ciudad de Colón en el Atlántico, hasta ciudad de Panamá en el Pacífico, pues además, ellos tienen que subir y bajar las esclusas.

- ¿Las esclusas? ¿Subir y bajar? ¿Cómo?

- Bueno, mi ayudante, el Canal de Panamá, a diferencia del Canal de Suez, en Egipto, te lo habrá dicho don Bonifacio, no es un Canal a nivel, porque dicen que hay diferencia entre la altura del océano Atlántico respecto del océano Pacífico... Yo no sé qué es eso.. Además hay un gran lago artificial, el Gatún, y son necesarias las esclusas. Por ejemplo, si el barco va del Pacífico al Atlántico, debe subir a la altura del lago Gatún. Ya que ese lago está situado en parte más alta, que el océano Pacífico, de donde salió el barco. El barco entra en una esclusa, luego vierten una millonaria cantidad de agua dulce, que viene del río Chagres, el agua en la esclusa empieza a subir y a bajar; igual sube el barco, y cuando está a nivel del lago, se abre una compuerta y el barco sigue hacia el lago. Es pura ingeniería... la verdad, Chico Perico, que yo eso lo desconozco, pero me lo han explicado, amigos míos que trabajan por allá. Y ese manejo toma su tiempo.

- Pero se ve, señor, que usted sabe en pila.

Chico Perico observaba a unos hombres altos y blancos, como los que una vez vio cuando los aeroplanos aterrizaron en el llano del pueblo.

- Vecino, ¿y esos hombres que veo allá, ¿qué gentes son?

- Los gringos de la Zona del Canal, los que mandan aquí. Tienen su gobernador, su policía, su bandera, y muchos soldados. Pero mira aquel prieto... es también gringo americano, pero negro...

- ¿Y cómo es eso vecino?

- Pues hay gringos negros, pero los blancos dicen que el negro es una persona inferior.

- Entonces ¿Rambau es inferior a mi, y usted que también es medio negro, es inferior?

- Dicen ellos, los gringos...pero yo hallo que no.

De pronto le tocó el turno y la chiva subió al ferry. Pasaron como veinte minutos en el

transbordador, en espera de la salida. En eso Chico Perico sintió que se movía- “ Ah! qué rico navegar!-“ Los compañeros de salón no le iban a creer, que iba dentro de la chiva y a la vez navegaba. Se oyó el pitar del ferry, la barcaza entró entre una palizada y atracó. Un trabajador panameño negro amarró las sogas, para que el ferry no se moviera, mientras que el piloto, que era un gringo blanco ordenaba salir a los camiones y autobuses.

El chofer le había dicho al muchacho que ese territorio, por el cual pasaba, era The Canal Zone, o sea la Zona del Canal. Y todo allí era gringo, como una republiquita norteamericana. Si allí un chiquillo, como Chico Perico, le daba por coger mangos... bueno los policías gringos lo llevaban preso. En la ciudad de Balboa, la principal de esa colonia gringa, como en todas las otras comunidades de la Zona del Canal, los blancos vivían en buenas mansiones, y los negros, aparte, así fueran negros gringos.

Cuando la chiva del vecino pasaba por las limpias calles de Balboa city, Chico Perico, medio asustado se asomaba por el enrejillado, para ver si había mangos. El vecino también le contó, que al llegar al mercado de la ciudad, fuera muy cuidadoso: - “Pela bien los ojos... y no dejes que me roben las gallinas. Pues así como hay gente buena, también hay algunos maleantes.”

La chiva, El Aguila Solitaria, fue directamente al mercado y Chico Perico tuvo que trabajar, de verdad, y cuidar las gallinas. Todo resultó muy bien para el vecino, luego de lo cual, llevó al pelado a cenar en un restaurante chino, desde el cual se veía un muelle, barcos pequeños y muchos pájaros cuacos o pelícanos, gaviotas y grandes golondrinas, que Chico Perico no había visto nunca.

Al día siguiente, el chofer compró sus mercancías, y de nuevo, el pequeño peón, le metió el hombro al trabajo.

- ¡Ah! ¿Te gusta ayudar? Es bueno, en la vida de nosotros los pobres, sólo tenemos la riqueza de la fuerza del trabajo. ¿oíste?

- Ya lo sé, señor. Yo soy trabajador.

- Y tú ¿qué quieres ser en la vida?

- Me gustaría ser ebanista.

- Es bueno, mi papá era carpintero y ebanista.

Cuando regresó Chico Perico sintió muchos deseos de ver a su gallada.

- Oye- le preguntó su amigo Rambau- ¿dizque fuiste a Panamá y cuento?

- Es verdad- preguntó otro compinche- que allá todos los chiquillos son chombitos, así como Rambau?

- Dime, ¿peleaste con alguno de esos pelados?- preguntó otro.

- ¡Tontos!- respondió el viajero- ese fue un viaje bien clase, pasé por el Canal y navegué, dentro del ferry... Ninguno de ustedes ha hecho eso.

- Tú estás loco...- replicó Rambau- ¿navegabas en una chiva? Oigan eso muchachos, era porque se orinó y navegaba en el sueño... ¡ja...ja...ja!...

- Claro, ustedes están picados, porque nunca han ido ni a Aguadulce. Yo sí fui. Y supieran cómo pasan los tremendos barcos... para que sepan, en un trasatlántico caben como seis escuelas, como la de nosotros... una barbaridad de grande. Y el Canal es bonito y allí mandan los gringos. Ellos hablan inglés, y también hay gringos negros, como tú Rambau.

- Oye Chico Perico , ¿y aprendiste inglés?

- Yes... sí aprendí...¿cómo tú quieres que aprenda en una sola pasada por la Zona del Canal?

- Oye, loco, ¿qué otra cosa viste?

Pues no me gustó que esa Zona del Canal, según me explico mi vecino, el chofer, es una colonia gringa. Y allí, si a un chiquillo como nosotros. lo agarran cogiendo mangos, los policías gringos se los llevan presos, por la misma relinga....

- ¿Presos, por qué?

- Porque allí, en la Zona del Canal, no mandan los panameños. No hay banderas panameñas, sino una que tiene estrellitas y rayas, y es la bandera norteamericana... Pero el vecino me dijo que cuando seamos grandes, algún día el Canal será de nosotros.

- ¿Se dan cuenta, muchachos?- se burló Rambau- Ya me veré, yo de capitán del Canal... ja...ja...ja!...

- Y yo seré el Presidente del Canal- agregó otro.

- Bueno pues -respondió Chico Perico- la cosa es que ustedes no fueron a Panamá, y están sufriendo. Y a mi, tal vez no me verán de presidente ni capitán de nada, pero cuando sea grande estará allí mi bandera. Así que rechace y que traspase y machín candado, y vamos a correr... y el que se queda de último es mojón de perro...

43. LA GRADUACIÓN...SERÍA EBANISTA.

Después de los lluviosos meses de octubre y noviembre, cuando el pueblo amanecía envuelto en una densa neblina, en las postrimerías de la estación lluviosa, llamada también invierno, de pronto brillaron los primeros días de diciembre, final de año, con una tonalidad de entre amarillo, dorado y celeste.

Era la punta del verano, de la estación seca, con brisas frescas venidas de la cordillera azul y ausencia de aguaceros. Del norte bajaba el señor viento veranero, al principio, tímidamente y luego con mucha fuerza, sobre el largo llano de las batatillas.

Las grullas de las nubes altas emigraban, sumamente blancas y desperdigadas, como pelotitas de algodón, hacia el lejano sur del mundo.

Era el mes de volar las cometas, el de la primera comunión de los chiquillos y de la nochebuena. Para entonces nuestros pueblos todavía no habían recibido las costumbres norteamericanas del Santa Claus, ni los muy caros y adornados arbolitos de pinos, que inventaron los alemanes, junto con las postales de Merry Christmas, todo ello destinado a hacer negocios y por lo contrario, las gentes mantenían la cultura religiosa tradicional, del Niño Dios, y el folclor de los Reyes Magos. Entonces había alegrías y tristezas en los niños, porque terminaba la escuela, y algunos muchachos y muchachas no se volverían a ver, hasta el mes de mayo, del próximo año.

En diciembre se cundían los caimitos de moradas frutas; los árboles de mangos cambiaban el color de sus hojas de verdes a rosado, ocre y verde-amarillo; empezaban a florecer y algunos mostraban los racimos de flores con las pequeñas frutas, sumamente visitados por toda la fauna de abejas, abejorros, colibríes y demás aficionados del mundo de los néctares.

Para esos días, solía bajar la temperatura, y de noche y madrugada, hasta hacía frío, y precisamente huyendo de las nevadas del hemisferio norte- enseñaba el maestro Bonifacio, en sus tertulias diarias a los alumnos- a los árboles más altos de las huertas y montes, llegaban bandadas de pájaros migratorios, entre otros los chapines o primavera, pájaros de pintorescos contrastes, entre amarillo, naranja y negro. Pero lo más típico era el espectáculo, de las horas más cálidas del día, cuando los ramalazos de los vientos alisios formaban pequeños remolinos que levantaban las hojarasca al cielo y al verlo, las gentes se santiguaban: -“Vade retro Satanas”- porque dizque dentro iba el

mismo demonio, Satanás, belcebú, diablo o maligno...

- Una vez -contó el maestro Bonifacio- cuando yo era chiquillo, vino un remolino tan poderoso, tan grande que levantó perros y gatos, que andaban por las calles y se los llevó ¿Quién sabe a dónde?

- No puede ser, maestro. ¿Un remolino puede con tanto?

- Un remolino- ilustró el enseñador- es un pequeño tornado, y los tornados grandes arrasan con ciudades enteras. Levantan los techos de las casas, y hasta hubo tornados con fuerza gigantesca, capaces de alzar, en vilo y elevar animales como toros y chivos. Y también, si se forman en el mar- y entonces les llaman tromba marina- hundien barcos, y pueden, subir a las nubes toda clase de peces, y luego echarlos acá en tierra firme, lejos del mar. Por eso, algunos campesinos, creían que del cielo manaban sardinas, a las cuales llaman sardinas manadas.

Cuando terminaron los exámenes finales, los muchachos abandonaron sus gruesos cuadernos de a dos reales, con las lecciones manuscritas, con tinta muy azul. Los más aplicados guardaban, para el otro año los cabos de lápices, plumarios de mango, reglas y sacapuntas.

En sexto grado A, el maestro Bonifacio leyó la lista de los que según sus promedios anuales y los exámenes, recibirían el certificado de terminación de los estudios primarios. Sentado en su banca de madera- la que servía para dos estudiantes- al lado de Rosita Pérez estaba Chico Perico. El sabía que no iba a repetir el año, aunque su promedio era apenas de tres. Los alumnos y alumnas del sexto "A" pasaron y obtuvieron sus diplomas, menos dos: uno, porque pasó mucho tiempo enfermo, y otro, porque desgraciadamente se ahogó en un paseo.

Ahora, el promovido Chico Perico sabía mucha letra menuda. Conocía de los cinco continentes, de quebrados, regla de tres directa e interés. Manejaba la conjugación de verbos irregulares; dominaba la historia de Vasco Núñez de Balboa, colonizador y aventurero, que cazaba y mataba indios con su perro Leoncico. El maestro Bonifacio nos enseñó bastante historia:- " Sí- decía con mucho empeño- los panameños queríamos tener una nación independiente pero en 1903, al separarnos de Colombia, quedamos atados a los Estados Unidos, con el Tratado Bunau Varilla, el famoso Panamá Cede... ¿Saben porqué le decían así? Porque el país cedía y cedía su tierra y soberanía a los gringos, y quedaba como un simple protectorado. Eso les

gustaba a los poderosos, quienes sólo pensaban en enriquecerse, y más bien querían que Panamá fuese una colonia o algo así, como Puerto Rico, un Estado Asociado, norteamericano”.

Así que gracias al muy instruido y hombre moral que era don Bonifacio, y también de otras buenas y decentes maestras y maestros, el muchacho poseía, pese al promedio de tres, un alma panameña, sentimiento humano y conciencia limpia, que lograba superar la triste vida que había llevado hasta entonces, y que le serviría de arma para transformar sus futuros días.

El acto de entrega de boletines y certificados fue un viernes en la tarde. Llegaron los padres de familia, pero la madre de Chico Perico, desde luego, no estaba; tampoco sus tías. En la esperada ceremonia, como todos los años, hizo su discurso la señora directora del plantel.

- Hago énfasis- expresó con mucha emoción, la señora Directora del plantel- en la obligación de los padres de familia, de preocuparse por el futuro de los egresados, ante la sociedad y la patria. Ustedes, hoy dejan de ser simples chiquillos y chiquillas, y por tanto tienen la necesidad de portarse bien, ahora cuando ya no estarán bajo la tutela del maestro. Deben caminar por los rectos caminos de Dios; obedecer ciegamente a sus padres, y a las leyes; ser mansos, y ciudadanos respetuosos; tener decentes maneras con los mayores y comportarse bien con sus prójimos.

Tienen que evitar las aventuras y la rebeldía, que a nada bueno conducen y ser comprensivos y no ambiciosos, porque todo cuanto hay, Dios lo dejó así. Es pecado envidiar la riquezas de los demás, ya que, como bien lo aprendieron en el catecismo, este mundo no es el mundo real, sino que en el otro mundo, los últimos serán los primeros, y bien se sabe en esta sociedad, que ni los dedos de las manos son iguales.

Mientras la directora hacía su discurso, Chico Perico recordaba que su maestro Bonifacio usaba palabras muy distintas a los consejos de la directora. El maestro repetía a menudo: - “Oigan muchachos y muchachas, sólo los rebeldes llegarán un día a romper todas las oscuridades de la vida... Jamás se agachen ante los poderosos, ni se vendan por las famosas trece monedas. El trabajo hizo al hombre, pero el hombre tiene que dominar al trabajo, para que todo mundo pueda repartir con equidad, las tortillas en las mesas, y nadie llore ni muera de hambre. Y no olviden, que el mismo Jesús dijo que primero pasaba un camello- que era una soga gruesa hecha de pelo de camello- por

el hueco de una aguja que un rico al cielo. Recuerden lo que ya saben de los valientes hombres y mujeres precolombinos, que como Urracá lucharon por su tierra y su libertad; no olviden que Simón Bolívar fue el gran rebelde; vuelvan a leer, lo que les enseñé de Justo Arosemena, y de José Martí...”

También se acordaba Chico Perico de que él aspiraba ser ebanista. En las clases de manualidades hizo varias sillas y una mesa, las que fueron exhibidas en la feria escolar y lograron premios. El muchacho era diestro en hacer los cortes con el serrucho, marcar exactamente los ángulos de cuarenta y cinco grados con la escuadra, y en cuanto a instrumentos, dominaba el cepillo, el serrucho, el martillo y el formón.

“ Un buen ebanista- decía el maestro carpintero-trabaja con la madera y la cola de pegar. No usa clavos. El ojo no debe advertir la juntura de una madera con la otra, por lo bien ajustada que debe quedar. ¿Oíste pichón de ebanista?”

Todo eso lo había aprendido el muchacho; sabía preparar, en baño de maría, el punto adecuado de la cola; conocía el arte de dar el barniz de muñeca. Se ganaría la vida, así nada lo vencería. Además las tías-madrastras, pese a todo, en sus exigencias le enseñaron a remendar la ropa, lavarla, plancharla. No le era extraño cocinar. Era hábil en ordeñar y en jinetear los caballos; sabía rajar leña con el hacha y hacer hortalizas. No le temía a la oscuridad del monte, lo conocía bien, con todos los secretos; era astuto en hallar la dulce miel de palo, entre las bambas de los árboles y subir a las alturas de ciertos árboles, para coger los tebujos y demás tipos de congo; en esto parecía un verdadero oso. De noche subía al docel de los espaveces, para atrapar, en sus nidos- hechos en las casas de los comejenes- los pichones de pericos. Y finalmente, Chico Perico no se dejaba regañar en la calle por ningún chiquillo, aunque fuera mayor que él.

- “Chico Perico, mató a su mujer, la hizo chorizo y la puso a vender”-... le recitaban comúnmente para enojarlo.

- Tú eres un pobre cobarde- contestaba.

- Y tú, ichinito macaco, fuma tabaco! Era otro insulto..

- Tú, pendejito, cabeza de trompo... ¡trompoloco!...

- Y tú, gallina.

- Te espero en la salida- venía el tradicional reto- te voy a reventar el hocico que tienes- amenazaba Chico Perico.

- Oye, ¿ dónde? mi pollita culeca...

- Ya sabes, trompoloco, en el callejón de los quesos.

Y dicho y hecho, según el código del duelo callejero, los púgiles, cada quien con su gallada, asistían puntualmente al dicho sitio y entonces...

- ¡Dale! - gritaban los de un bando.

- ¡Dale!- repetía el otro bando, en coro.

- ¡Pégale duro!

- ¡Sácale el pupú!

Y así, hasta cuando aparecía algún maestro o persona mayor quien ponía punto final al boxeo. Pero ¿afirmar, que algún día Chico Perico se acuclillara?... eso jamás.

En la velada, el muchacho emocionadamente se levantó de la banca; la directora le entregó el diploma, un rollito de cartulina, amarrado con una cinta tricolor.

- ¡Je! niño- exclamó al reconocerlo la directora- ¿Y tú todavía andas sin zapatos?

El muchacho no contestó, se sonrió un poquito, con cortesía, pero se dijo para adentro: “Sin zapatos, pero ya no seré un burro”- En eso llegó Rambau con su madre y le entregaron un regalito. Desde el fondo de la sala, el maestro Bonifacio aplaudía a sus orgullosos egresados.

El acto concluyó con las notas del Himno Nacional:

“ Adelante la pica y la pala,
al trabajo sin más dilación” ...

44. LA PRIMERA Y LA SEGUNDA FUGA.

Fue un Viernes de Dolores. Cientos de campesinos acudían al pueblo para iniciar las ceremonias de la Semana Santa.

Ya para esos años, las tías de Chico Perico habían mejorado su vida económica y ahora eran dueñas de un negocio de refresquería. A la gente del pueblo, pero sobre todo a los campesinos, les gustaba mucho el batido de leche malteada, azúcar y hielo picado.

Chico Perico trabajaba en esa actividad; sabía preparar la malteada y además, realizaba la limpieza, la recogida y carga de cajas, botellas y hacía otros menesteres.

Esa noche, al término de los actos religiosos, el pequeño local se llenó de clientes acalorados que solicitaban la famosa malteada, y hubo que hacer jornada extraordinaria, sin descansar un solo momento, ni los del negocio, ni la maquina batidora.

A las once de la noche, aún las gentes entraban a la refresquería. Chico Perico salió del mostrador a trapear algunas partes del salón. Cuando una de las tías fue a preparar un pedido, la batidora eléctrica no funcionó. “¿Qué le pasa a este chécher?”- gruñó. De nuevo intentó hacer funcionar al aparato y la máquina no se movió.

- Oye- le dijo a Chico Perico, ante el gentío que esperaba- ¿Qué diablos hiciste tú, que has dañado la máquina?

- ¿Yo?... Nada. Ella estaba trabajando bien- respondió el muchacho.

- Mira- señaló la otra tía- fíjate en el botón de arranque.

- Aquí no hay tal botón- respondió la furiosa madrastra.

- Tú, so pedazo de animal -ordenó a Chico Perico- entra acá y busca ese botón.

- Demonio, fuiste tú el que lo botó.

El muchacho, con temor, pasó humildemente entre la gente, que esperaba ansiosa el servicio; entró al despacho, trató de hacer trabajar la batidora y ésta no se movió.

- ¿Qué diablos haces? ¿No ves que no trabaja? Busca el maldito botón.

El mocito se agachó y rastreó cada sitio, entre cajas y latas vacías, debajo del mostrador, pero no había nada.

- No veo nada en el suelo.

- Desgraciado, tú fuiste el culpable. Tenía que ser hoy... Cuando más se necesita y vienes tú a ocasionar este desastre. ¡Carijo!...tiene que pasarnos algo así con este muchacho, porque siempre la cabra busca para el monte... ¡Qué desgracia!

El muchacho no sabía qué hacer, pues su sangre hervía por dentro, al verse reprendido en esa forma, delante de toda la gente y de algún que otro chiquillo que lo conocía.

De pronto, Chico Perico, quien bajo el impacto de los regaños no había advertido bien la situación de la maquina se dio cuenta que el buscado botón, estaba allí, justamente en su puesto, y no se trataba del botón.

- Vea- dijo a la tía- no es el botón; está allí en su puesto, será que el motor de la batidora se calentó mucho y se quemó, como la vez pasada.

No me vengas con ese cuento- respondió con iracundia, la tía-madrastra más vieja y

regañona casi endiablada tomó un pequeño machete y gritó: ¡demonio...con esto te voy a dar un planazo!...

Alguien gritó y dijo:- “¡Cuidado, no maten al chiquillo, porque hoy es Viernes de Dolores!”

El muchacho, conocedor de los extremos a que llegaba la tía cuando estaba fuera de sí, saltó como una liebre del mostrador y quedó en el salón, entre la clientela estupefacta.

La furibunda tía que había salido de adentro, y perseguía al mozalbete, con el machete se detuvo. Chico Perico salió avergonzado del negocio. Ya en la calle, a todo pulmón gritó:- “Me voy de la casa y no me vuelvan a buscar más nunca!”

Eran las once y media de la noche.

Apurado entró en la casa, silbaba un son, para no levantar sospecha. Una luna menguante se disipaba brevemente entre las negras palmeras del horizonte. Recogió su ropita, la bolsa, el biombo y un cuaderno, en el cual había escrito algunas composiciones y hasta un verso que decía: “Rosita Pérez tus ojos se parecen a los de Mamatina.”

Dejó aquella extraña casa, a donde un día llegara casi arrastrado, como ternero herido, cuando a su madre la echaron de su casita. Entonces dijeron que lo invitaban a vivir allí, para que ayudara a jugar a su hermano...

Ahora salía de esa casa tormentosa y torturadora con el miedo de un ladrón que se robaba a sí mismo; su cuerpo se llevaba al cautivo Chico Perico, que al fin, libre pájaro con mucho vuelo, rompía la jaula. No sabía a dónde iría; era, en ese instante, un pajarito, sin embargo, desorientado. Pero de algo estaba seguro el muchacho, ahora sí era un hombrecito pues ya había terminado la escuela primaria y podía trabajar en cualquier cosa y después sería ebanista. Se dirigió entonces a la casa de la tía Rosita, pero ya era muy tarde, para despertarla. Vagó un poco por la ciudad y se encaminó hacia las afueras miserables del poblado y fue a dar a la casucha de una vieja amiga de su madre, en donde él solía ir, para recibir noticias y presentes que la Mamatina le mandaba de vez en cuando. Sorprendida la señora, le abrió la puerta, y al preguntarle:- “¿Qué te pasó muchacho? ¿Por qué vienes a estas horas de la noche?” - Chico Perico no le contestó, sino que apagadamente empezó a llorar, para adentro, con gran amargura y hondos suspiros de pobre muchacho sin rumbo.

Al fondo, muy piano, como si emergiera de una botella grande, o de la boca honda de

una tula, le parecía escuchar la danza árabe, de Cascanueces, que en sus días de campo, donde sus abuelos, oía de los árboles. Ahora esa misma música bujeaba, en realidad como una titibúa en la agonía de su muerte.

Esa noche, en la humildísima casa de viejas tablas y cartón de la señora, el muchacho tuvo un sueño, en el cual se repitió, como una película, algo que le había sucedido, cuando apenas estaba en el tercer grado de la escuela. Aquella vez, ante el maltrato de las tías, Chico Perico se fugó de la casa y huyó, por el camino del campo, para buscar amparo en la choza campesina de sus abuelos. Al enterarse las tías, furiosas y autoritarias, mandaron a buscar a al vaquero y viejo mozo, para que a toda carrera, y a como diera lugar, fuese, en su caballo a buscar el escapado. Cachiflo, que así le decían, quien conocía muy bien al niño, salió a todo galope y en la mitad del camino logró divisarlo. Cuando el muchacho descubrió que Cachiflo lo perseguía, apuró sus zancadas, pero resultó inútil, porque el vaquero en su caballo corría mucho más. El jinete, de los tientos de la silla soltó la soga, preparó el lazo, lo blandeó en el aire, al estilo vaquero y lo lanzó sobre el pequeño cuerpo del esclavito cimarrón y lo enlazó. El niño, al sentirse cogido se echó al suelo y empezó a berrear como un ternero. Cachiflo bajó del caballo, y el niño le respondía con gritos y patadas. Pero el hombre le quitó el lazo y le dijo fraternalmente:- “ No llores, hombre, Chico Perico, vámonos a casa; te enlacé por puro juego...y si no vienes conmigo, ya tú sabes como son las tías y te mandarán a buscar con policías, y éstos sí te van a dar palos...Si no te llevo, muchacho, esas señoritas a mi, más nunca me darán trabajo. Levántate, que los hombres no se agachan... no seas pendejito” ...

45. AQUELLA NOCHE DE REYES Y EL FINAL DE LAS GRACIAS Y LAS DESGRACIAS DE CHICO PERICO.

Fue aquella linda noche de Reyes...

Pero en la casa de las madrastras, esa mañana silenciosa, algo faltaba. La tía menor, mientras acomodaba la mesa del comedor para el café, fue sorprendida por una de sus hermanas.

- Oye, ¿y por qué lloriqueas?

- Porque se fue.

- Claro, como tú eras la única cómplice de su comportamiento...

Chico Perico amaneció muy temprano en la vieja casa de la amiga de su madre. Ella molía la masa de maíz para preparar las tortillas. Chico Perico saludó a la señora, y le pidió que lo dejara moler la masa, pues en eso era experto.

- Y ahora, muchacho- preguntó la señora- ¿qué vas a hacer?

- Voy a ser libre.

La señora lo invitó a desayunar y después, del saco donde traía sus bártulos, eligió la mejor camisa. Le hacía falta un botón. De otra sacó la pieza que faltaba; enhebró la aguja y procedió a fijar el botón. Asimismo sacudió el viejo pantalón que el hermano había usado el año anterior y que Chico Perico lo guardaba para usarlo solamente en ciertos momentos. Lo colgó de un alambre, para asolearlo un poco.

Avanzado el atardecer el muchacho salió de la casa, miró el lucero de la tarde en la anchura del crepúsculo; el cielo estaba pálidamente azul y dorado. Él iba alegre como un pájaro escapado de la jaula. El gentío campesino, empezaba a llegar. De pronto, al entrar a la vieja placita, Chico Perico se detuvo, le palpitó bien fuerte el corazón y exclamó, para sí: “¡ah...si mi mama viniera!”

Noche de Reyes era la fiesta de los campesinos. En las clases del catecismo las maestras explicaban que el día seis de enero llegaron los Reyes Magos a Belén y era el momento de intercambiar regalos, y de realizar los festejos. Por eso la plaza se convertía en una feria popular con los diversos platos de la humilde, pero muy sabrosa cocina campesina. Todas las panaderas del pueblo ofrecían lo mejor de sus dulcerías. Ya la noche había caído sobre la Placita. Del entrevero humano sobresalían las blancas camisas de los campesinos, las llamadas cotonas, de telas gruesas, tejidas por las artesanas del campo. Chamarras adornadas con estilizadas formas de flores marcadas, hermosos sombreros blancos y mujeres con polleras de distintos colores. Curtidas manos de agricultores rasgueaban las sonoras cuerdas de las guitarras criollas y poetas improvisadores cantaban sus décimas en el contrapunto alegre y atrevido. Más allá sonaban los tambores y una cantalante negra hacía vibrar el ambiente con sus tonadas, mientras que jóvenes trabajadores, respondían con el gorgoriteo del grito montañero y el fraseo de la lírica melodía de las salomas.

Chico Perico había encontrado a su amigo Rambau y a otros condiscípulos y paseaba con ellos, de un lugar a otro y de repente escuchó, entre la algarabía de los festejantes, una dulce voz que dijo:- “¡Niño...hijo mío!”- Él quedó paralizado.

-¡Mama!- respondió, abrazando a la madre.

¿Cuánto duró aquel abrazo ardiente y prohibido, durante tantos años? Un minuto, dos ¡quién sabe! Pero fue profundo, liberador, y quizás eterno.

Los amigos de la escuela prefirieron apartarse de ese momento y se fueron a otro lugar, pues Rambau al ver a su amigo llorar, se le salieron las lágrimas.

La madre, como otras señoras del campo, había puesto una venta de comida. Y ahora, para disimular su trastorno, por la emoción de poder tocar a su criatura, no acertaba a decir nada correcto y finalmente le preguntó al hijo:-“ Mijito, ¿quiere una presa de gallina?”- Pero al muchacho no le salía la voz, sentía como si un sueño y no la realidad le engañara el sentido y aquella mujer, no fuera su madre, sino una mentira grande como el mundo.

- “Cómase este adobo de gallina, hijo mío. Siéntese en esta banquetta, pues aquí nadie me le va a pegar”- Decía esto mientras oteaba entre la multitud, su desconfianza, por si había realmente alguien que pudiera interrumpir aquel momento, sublime y cruel, a la vez.

El muchacho tomó la presa de gallina y se la llevó a la boca, pero no podía mascarla; sentía que la garganta se le hacía nudos y sin poderlo evitar volvió a llorar para adentro, como un pájaro herido. La madre dejó la venta en manos de una amiga y haciéndose a un lado, apartó un banquillo, se acomodó y atrajo a su regazo al hijo, lo apretó con inmensa fuerza maternal, como si otra vez y de pronto un vendaval tratara de arrancárselo de sus brazos.

El gentío cruzaba de un lado a otro. Niños prendían cohetes chinos y banderillas de azuladas chispas. Al fondo, personas mayores soltaban un globo multicolor al cielo.

- ¡El globo!

- ¡El globo!....ise va...se va el globo!

El globo lentamente subía entre la oscuridad del aire, se tambaleaba a veces, pero ascendía con seguridad, hacia el derrotero de las estrellas.

Voladores restallantes cortaban las sombras y reventaban en un chisporroteo de mariposas encendidas, de rosas fluorescentes y de estrellitas parpadeantes. En la placita

había un olor a pan de huevo, roscas de pan, bizcochuelos, pan de maíz, galletas, alfajores, merengues, sancocho de gallina y lechona asada. El contento de las gentes se mezclaba con el sonar de tambores y el charrasqueo de guitarras mejoraneras y socavoneras; de violines y rabeles, de grupos de paisanos que expresaban sus querencias y dolores, con tonadas y décimas. Un trovador decimista, en torrente de lamento se quejaba:

“Adiós, adiós, tierra mía...

Adiós palito de uvero.

No me voy, porque yo quiero,
sino , porque no quería.”

En aquellos días del campo, la madre cantaba en las fiestas de los tamboritos y el abuelo tocaba, al atardecer, la guitarra socavonera, recostado de un viejo y renegrido árbol de naranjo. Los soles caían supremamente teñidos de todos los rojos, detrás de los alambres de potreros ajenos. Un día, se ha dicho, vino la carreta. Ellos se fueron del campo, como habían emigrado otros. En el pueblo, el niño ayudaba a su madre a vivir, vendía tortillas y arepas en el mercado. Pero él deseaba ser ebanista, para que todas las gentes pudieran comer su ración, en las mesas que sus manos elaboraran. No quería, realmente ser un burro, como le advertía, en la quebrada, la maestra del ciruelito. ¿Recuerdan el día en que el muchacho tenía que leer un discurso que el maestro le había escrito y salió huyendo? ¿Y cuando se aguantó el castigo del metro de los cien centímetros, para tratar de salvar de un regaño a la reina de belleza, la Rosita Pérez?

- Oiga Comadre- dijo la amiga que acompañaba a la madre en la venta de la comida- parece que se le durmió el muchacho. Y era verdad, el taco de hombre dormía profundamente.

Chico Perico, al parecer, de pronto se halló en un túnel muy oscuro y no sabía por dónde seguir.

Iba solo y la semioscuridad no le permitía percibir con certeza las cosas. Pero tanteando el terreno prosiguió. Oyó cierta extraña voz. Se detuvo y miró hacia arriba, a un lado y otro. Le pareció que alguien, desde muy lejos lo llamaba.

- Oye, muchacho, soy yo- exclamó el de la voz.

- Y ¿quién eres tú?

- Pues el rey de los murciélagos.- respondió el de la voz- Sigue adelante. Cien

pasos más, y hallarás un rayo de luz. Soy tu protector aquí en esta parte del túnel.

- Gracias amigo murciélago.- respondió y continuó la dificultosa marcha y justo a los cien pasos, lo iluminó desde el techo del túnel un poderoso destello. La claridad le permitió distinguir los detalles de ese camino subterráneo. Paredes de rocas de varios colores, sobre ellas, había petroglifos muy antiguos, de viejos y nuevos animales y aves. Avanzó un tanto, y encontró una redonda, y pequeña poza de aguas muy cristalinas. Se acercó a la orilla y observó que sobre la superficie del agua, como en un espejo se dibujaba su figura. Pero el retrato, reflejado, en realidad, no se parecía exactamente a él. De repente... ¡zas!... de una piedra verde, saltó al borde de la poza una rana dorada.

-- ¡Hola amiguito! ¿Andas perdido?

- No...no sé. ¿Quién eres tú?

- ¿Yo? La rana dorada... en realidad, soy la reina de las ranas. ¿Sabes? También conozco a tu amigo Rambau, al maestro Bonifacio, A Rosita Pérez, al gato Michirre, a los árboles sinfónicos, y las grullas... ¿Te acuerdas?

- ¡No puede ser! Entonces ¿puedes adivinar y saber de muchas cosas?

- Casi de todo...

- Entonces, rana dorada, ¿conoces a mi madre?

- Claro. Tú le dices Mamatina, ¿verdad?

- Y puedes llevarme a donde ella está, pues hace años que no la veo.

- Lo sé, pero mi poder sólo tiene fuerza aquí dentro del túnel...Debes andar mucho más adelante, y salir de este mundo. ¿Sabes? Por aquí llegan, a veces, muchas personas que tú conoces, como las venadas, las palomas, los camarones y las grullas de las cuales el abuelo te habló. Vienen a bañarse en esta alberca milagrosa.

- ¿Y para qué se bañan?

- Para vivir- contestó la rana- ¿Por qué no te echas al agua? ¿No quieres tú vivir como todas las cosas y ser libre también? Esta agua transparente es una poza realmente encantada. ¿Acaso tienes miedo?

- No- respondió el muchacho- Me bañaré- Y dispuso echarse al agua sin desvestirse.

- No, caballero, tienes que quitarte la ropa.

- ¿Así, desnudo, delante de ti? ¿Acaso eso está bien?

- Sí, en este túnel, la vida y la desnudez no son pecados - Razonó la rana.

Chico Perico, se desvistió y se echó sobre la claridad del agua, chapaleó y luego buceó. Abajo encontró maravillas de peces de colores, algas, flores, caracoles, y lo más hermoso... de las plantas emergía música, igual a la que él oía en el campo, ejecutadas por las frondosas copas de los árboles. Al salir a la superficie... ¡Oh! todo estaba iluminado, la rana había desaparecido. “¡Qué raro!- exclamó el muchacho- ¿Acaso será esto un verdadero encantamiento de la Rana?” De nuevo se miró en el espejo transparente y pálidamente verde de la alberca- “Me parezco y no me parezco. Soy y no soy...¿Será acaso la contradicción de la vida de que siempre hablaba el maestro Bonifacio ?”- Siguió el rumbo para salir de ese territorio en donde la rana dorada era reina, pero ya no había ni oscuridad, ni túnel.

- Rana dorada, amiga reina, ¿dónde estás?- preguntó con fuerte voz Chico Perico- Quiero salir de este encantamiento.

Y izas! Reventó la luz de un sol grandísimo que lanzaba relámpagos de oro y plata, y el tupido bosque verde temblaba de pedacitos de luz y pájaros cantores. Todo se parecía al caminito y la música sinfónica de los árboles, con sonoras notas de violines, flautas y oboes.

Chico Perico vio que iba como siempre, con los pies desnudos, que saltaba sobre las rocas, las arenas y el barro rosado. En eso apareció el caballo colorado de su tío campesino y saludó al muchacho.

- ¡Hola, Chico Perico!

- ¿Qué tal caballo rojo?- respondió el muchacho.

- Oye amiguito, ¿de dónde vienes?

- Yo no sé.

- ¿Quieres pasear?

- Claro.

- Pues monta sobre mi, pero no me pongas silla ni freno, porque yo soy libre como el viento.

- ¿Subo, así, en pelo?

- Asimismo. ¿No recuerdas cuando jineteabas y corrías en el llano de las batatillas?

- Sí recuerdo. Pero ¿a dónde me quiere llevar ahora?

- ¡Aja!...Al dichoso país de todas las gracias.

- Oye, caballo rojo, ¿y acaso hay tal lugar? Yo no lo creo.

- ¿Ves allá, por el horizonte azul y casi morado? Pues vamos. Agárrate de mis crines, bien fuerte, porque vamos a toda velocidad.

Al pasar por la loma de las brujas, se encontraron con una grulla.

- ¡Hola Chico Perico!- saludó la grulla migratoria.

- ¿Qué tal grullita? ¿Cómo te va?

- Muy bien...muy bien...Ahora vamos para el norte.

- Siguieron la andadura, y más adelante apareció el perro.

- ¿Qué tal, Chico Perico? ¿Cómo te va?

- ¿Yo? Muy bien montado, amigo perro. Salúdame a tus hermanos.

- Siguieron la carrera. Sobre un arbusto de calabazo jugaban pájaros bin-bines.

Al saludarlos Chico Perico les preguntó: -“Muchachos...¿qué me cuentan del pájaro carpintero cabecicolorado? ¿Y los sangretoros todavía son tan rojos y tan blancas las garzas?

- Todo está casi igual de hermoso, como lo dejaste. Pero ¿no te han dicho que más adelante hay una cosecha de arroz?

- Mira, siento que algo me huele a eso. Vamos allá, caballo colorado.

El caballo volvió a correr, saltó la quebrada, y de pronto, oyeron cantos y gritos de trabajo y de contento.

- ¿Te das cuenta muchacho- dijo el caballo- que le estamos dando vuelta a la vida?

Chico Perico saltó del caballo al terreno. Pronto de arriba, el sol más brillante y redondo que nunca, echó un millón de manotadas de arroz, y mazorcas de maíz, sobre el caminito y las diversas y multicolores arboledas, de nuevo empezó la orquesta la afinación de todos sus transparentes instrumentos. Entonces, súbitamente apareció un chorro de luz libre y clara, por entre el amarillo arrozal... y con los brazos extendidos venían a recibirlo su madre, la abuela, el abuelo, las hermanas y los perros.

Los viejos cargaban apretadas manotadas de espigas de arroz nuevo recién cortado y cuando se encontraron y abrazaron con fuerza y mucha alegría, el fantástico caballo con fuerza habló: -“ Familia...a ver...todos, suban a mi lomo.”

- Es imposible- gritó una niña- sobre tu lomo no pueden ir tantos pasajeros?

- Pues en esto está la gracia de Chico Perico. Suban.

Dicho y hecho. Empezaron a subir. Y cada vez que trepaba un pasajero el caballo rojo se iba alargando como un pequeño tren de caballo. Y así se acomodaron, todos, incluso los fieles perros y las manotadas del oloroso arroz nuevo.

- Bueno- ordenó el caballo rojo- ahora...ivamos a volar! ¡Alas...queremos alas...abracadabras...alas! Y relinchó el caballo con gran alboroto.

Y mágicamente al caballo le brotaron poderosas alas y echó a volar sobre el verdor de la vida, del llanito, de la quebrada y de los árboles musicales. En ese momento, de lejano mangos, corotúes robles y guayacanes emergió la gloriosa Sinfonía Fantástica de Berlioz.

- Oye, caballo colorado...¿hacia dónde nos llevas?- preguntó Chico Perico.

- Es que no te has dado cuenta, querido amigo, que ya vamos llegando al país de todas las gracias?

Entonces, Mamatina- exclamó el muchacho de los ojos achinados- ¿por qué no cantas una tonada de tamborito?

- Sí, mi amor, cantemos todos- y empezó la tonada:

“El amor es cuesta arriba;

el dolor es cuesta abajo...

¡Ajé y ajá...corazón!

Sube, sube, vida mía,

aunque te cueste trabajo.

¡Ajé y ajá...corazón!”

Y el caballo alado y sus pasajeros, perseguidos por un reguero de pájaros transparentes y la música sinfónica de los árboles, se perdía en la curva y dorada luz de un cielo inacabable.

FIN

"Las Gracias y las Desgracias de Chico Perico" es una novela para niños (as) y jóvenes y viejos niños.

Trata principalmente, de las desgracias de un niño que ha sido arrebatado de los brazos de su madre y sometido al maltrato de extraños tutores.

Pero también versa de las gracias y del amor constante a su lejana madre, a su abuelo, a la naturaleza y de las vivencias y peripecias con sus amigos en el campo, el pueblo y la escuela.

Todo el argumento está revestido de realidades y fantasías, del niño que, pese a todo, afirmaba solía oír, desde muy pequeño, música sinfónica ejecutada por los ramajes de los árboles.

La novela es un canto a la vida, a la superación y a la afirmación personal pese al maltrato y a la adversidad, tema de gran actualidad mundial.